



Cristina González

**Te reservo
mis derechos**

**Te reservo
mis derechos**

Cristina González © 2013

Portada © Cora Müller - Folia.com

Índice

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14:

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16:

EPÍLOGO

CAPÍTULO 1

Álvaro había forrado con folios blancos las dos novelas que habían llevado a la escritora Irene Leblanc a hacerse famosa por sus textos de romance.

El joven profesor había leído ambos libros con verdadera adicción y los había releído varias veces en ocasiones posteriores.

No obstante, no quería que su hermano se enterase de que era un apasionado de las novelas románticas de Irene Leblanc. En general, prefería no revelarle a nadie su ferviente interés por aquellas historias de amor y pasión que eran tan populares entre el género femenino.

Por eso ocultaba las portadas tras la opacidad del papel.

Álvaro se incorporó sobre el escritorio de su gran despacho. Abrió su portátil y se preguntó a sí mismo si no estaba llevando aquella obsesión demasiado lejos.

Sin esperar la respuesta, tecleó el nombre de su escritora favorita en el buscador de Google.

Unas cuantas entradas de blogs de novela romántica bombardearon la pantalla.

Tendría que asegurarse de borrar el historial antes de que Jesús se apoderase del portátil.

Su hermano era el editor de Irene Leblanc. Y aún así Álvaro todavía no había tenido la oportunidad de conocerla en persona.

Él, a diferencia de su hermano, había preferido dedicarse a la docencia universitaria.

Estaba orgulloso de haber adquirido una plaza como catedrático con tan sólo treinta y dos años.

Suspiró. Sólo un pequeño flexo de luz anaranjada alumbraba el escritorio.

Deslizó el puntero hacia el buscador de imágenes de Google. Tenía cierta curiosidad por saber cómo era ella físicamente.

Quería comprobar que su imaginación volaba acorde con la realidad.

– Vaya – musitó en el silencio de su solitario apartamento.

Su hermano no mentía.

Irene era una mujer particular.

Álvaro había dado con una imagen de ella de cuerpo entero, sentada sobre un taburete y vestida con un bonito traje de raya diplomática.

La fotografía pertenecía a una entrevista que le habían realizado un año atrás.

Él sabía perfectamente que Irene tenía veintiocho años, había leído su biografía unas cuantas veces.

Lo que más le llamaba la atención era que Irene estaba licenciada en medicina. Y, sin embargo, ella había dejado de ejercer para escribir.

Desde luego, la profundidad de aquellos ojos grandes y castaños debía de proceder de algún lugar.

Tenía el aspecto de ser una mujer compleja. La curva de sus labios finos mostraba a una Irene melancólicamente sonriente.

Álvaro sacudió la cabeza. Era consciente de que elucubraba demasiado acerca de ella.

A medida que había ido leyendo sus libros, había forjado una imagen de la escritora en su cabeza.

Por eso no había querido ver las fotos de Irene Leblanc antes de imaginársela a su manera.

Y ahora que por fin la tenía frente a sus ojos, no le quedaba más remedio que reconocer que no le defraudaba.

Tal vez le hubiese gustado que tuviera el cabello más corto. No se esperaba aquella melena tan espesa y oscura.

– Está bien así... Es como tiene que ser – dijo él.

Con una sonrisa de triunfo, apagó el ordenador y se dirigió a la cocina para cenar algo de verdura cruda.

Mientras rayaba un trozo de zanahoria para añadirlo a su ensalada mixta, su Iphone comenzó a vibrar sobre la encimera.

– Siempre en el mejor momento... – susurró para sí mismo mientras se secaba las manos rápidamente con el paño de cocina.

Descolgó y contestó.

– Diga.

– Abre la puerta – dijo su hermano al otro lado del teléfono.

Colgó y caminó hasta la entrada. Al abrir dijo:

– Los timbres no están hechos para ti.

– Es cierto, sobre todo cuando no suenan – dijo su hermano.

Jesús arrastró su maleta por el pasillo enmoquetado hasta llegar a la habitación de invitados. Un cuarto que en realidad sólo utilizaba él porque su Álvaro no solía invitar a nadie, a excepción de su hermano mellizo.

Álvaro miró el botón del timbre con desconfianza. Tres días. Eso era lo que había tardado en romperse desde que lo cambió.

– Debe ser un mal contacto... – murmuró él con frustración al comprobar que, efectivamente, no funcionaba.

– ¡Asúmelo! – gritó Jesús desde la habitación.

Caminó de nuevo hacia la entrada, a medida que se fue acercando a la puerta principal fue disminuyendo el volumen de su voz

– ¿Sabes? Llamar a un electricista no es algo degradante... Te lo aseguro.

Álvaro lo ignoró y fue a buscar su caja de herramientas. Cuando logró encontrar el destornillador adecuado, regresó junto al timbre averiado, dispuesto a repararlo. Costase lo que costase.

Jesús se reía entredientes mientras su hermano se peleaba con el primero de los tornillos.

– Lo apreté demasiado... – farfullaba Álvaro.

– Mañana lo arreglas. Ahora quiero que cenemos juntos. Tengo que contarte algo genial. ¡Te va a encantar! – dijo su hermano emocionado.

Álvaro abandonó por un momento al timbre y a sus tornillos y le prestó atención.

– Puedes decírmelo ahora... Mientras intento sacar... Esto... – forcejeaba y forcejeaba con el destornillador.

Con resultados desalentadores.

Jesús decidió soltar la perla para hacer reaccionar a su hermano.

– Mañana te presentaré a la mismísima Irene Leblanc.

Fue rápido. Fue inesperado. Fue doloroso.

– ¡Joder! – gritó Álvaro.

Había hecho tanta fuerza con el destornillador que éste se había escurrido hasta acabar rajándole la palma de la mano contraria.

– Me gusta tu actitud. Es muy emotiva – bromeó Jesús.

Álvaro se incorporó y entró en el piso. Cerró la puerta y caminó hacia el cuarto de baño para rociarse con agua oxigenada.

– ¿Y qué te hace pensar que quiero conocerla?

Por supuesto, Jesús no sabía que su hermano era uno de los lectores más acérrimos de Irene Leblanc.

– Nada en absoluto. Pero te la presentaré de todas maneras.

Álvaro apretó los dientes cuando peróxido de oxígeno comenzó a burbujear sobre su herida. Aún tenía en su mente la sugerente mirada oscura de la escritora.

– ¿Y si no quiero? – se apresuró a decir él.

– Ella necesita un buen egiptólogo para documentarse. Está escribiendo un romance ambientado en la época de Cleopatra.

A Álvaro se le iluminó fugazmente la mirada. Afortunadamente, Jesús pasó por alto aquel gesto.

– ¿Y por qué yo? – preguntó él intrigado.

– Porque eres mi hermano y saldrás más barato.

Álvaro resopló. Entonces Jesús dijo:

– Y porque eres de los mejores que hay en esta ciudad.

Ambos hermanos se miraron con complicidad. Después Álvaro le estrechó a Jesús la mano sana y le dijo:

– Yo la conozco primero. Después ya veré si colaboro.

Jesús se fue a dormir contento. Estaba absolutamente seguro de que su hermano aceptaría el trabajo.

Para Jesús, Irene era una mujer particularmente atractiva. Y estaba convencido de que Álvaro sería incapaz de resistirse a sus encantos.

CAPÍTULO 2

Irene sudaba la gota gorda encima del banco de abdominales. No recordaba cuándo dejó que su madre la convenciera para ir al gimnasio.

– Cielo, yo te quiero, y como te quiero, te digo que se te está empezando a poner fofa la barriga – había dicho ella.

Irene, rezongando y maldiciendo, había llamado por teléfono al gimnasio que había a cinco minutos de su pequeño apartamento.

Y allí estaba aquel lunes por la mañana, recuperando la tonicidad perdida.

Esa tonicidad que parecía importarle más a su madre que a ella misma.

– Doce... – dijo a punto de exhalar su último aliento.

Incapaz de forzar sus músculos una vez más, añadió:

– Y doce.

Miró su BlackBerry. Las diez y cincuenta y ocho.

– Llego estupendamente tarde – dijo con resignación.

De camino al vestuario se preguntó la razón por la cual había accedido a escribir una novela que ella no quería escribir.

¡Cleopatra!

¡Arg!

¡Y lo quieren vender como el antiguo Egipto! Pensó Irene Leblanc mientras arrojaba su camiseta sudada en la bolsa.

Y no es que no le fascinaran los egipcios. Había leído “Sinuhé el egipcio” varias veces. Al terminar tercero de medicina, dedicó su verano a aquel clásico.

Admiró una y mil veces al escritor Mika Waltari.

Pero Cleopatra... La pobre Cleopatra estaba ya muy manida.

– ¡Pero lo habrás escrito tú! Y tus historias siempre conmueven a tus lectores – le persuadió su agente.

– Yo he escrito romances medievales... De esos en los que el enamorado siempre tiene ganas de suicidarse porque su amada no le corresponde. Son bonitos, platónicos y sumergen a las lectoras en una fantasía romántica. ¡Pero yo no escribo sobre egipcios, ni griegos, ni romanos! No tengo conocimientos suficientes... No tengo ni pajolera idea de cómo ambientar la trama. Ah y tampoco se me ocurre ninguna trama... – había alegado Irene a su favor.

– Llamaré a tu editor y le diré que busque a alguien que sí tenga esos conocimientos para que te ayude – había respondido su agente con un fingido optimismo.

Y así es como Irene salía corriendo del gimnasio, ataviada con un chándal limpio – que no dejaba de ser un chándal – en dirección a su pequeño Citroën Saxo del año de la polca.

Había quedado con el doctor en historia antigua: Álvaro Ferreras y con su editor – Jesús Ferreras, Chus para los amigos – en el despacho de su agente.

No quería conocer al tal Álvaro, ni quería escribir sobre Cleopatra. No quería escribir sobre algo que no conocía y que no le gustaba.

¡Pero Irene Leblanc tenía que escribir sobre algo que se pudiera vender!

– Tus libros a veces son aburridos. Tienes que ser más dinámica, más actual – dijo su agente a continuación.

– Supongo que Cleopatra es una mujer actual. ¡Ayer leí una entrevista suya en el Yo Dona! – había ironizado Irene.

– Te prometo que se venderá... Además, estás bloqueada, tú misma lo has reconocido. No se te ocurre nada, y necesitamos material para que sigas publicando.

Bien, fueron estas palabras las que hicieron que Irene accediese a escribir sobre la amante de Julio César.

Su agente no quiso discutir más. Sabía que Irene tenía potencial y que había una editorial dispuesta a publicar un romance nacido entre pirámides.

– Los semáforos en las glorietas son un engendro... – se quejó ella al volante de su pequeño Saxo.

Verde.

Irene pisó el acelerador y giró el volante.

Ya estaba llegando a la agencia, un edificio que se encontraba a tan sólo unos metros de aquella rotonda.

Pero entonces un BMW 320d embistió a poca velocidad el flanco derecho de su Saxo.

El golpe, a pesar de no haber sido fuerte, había causado estragos en la chapa.

Ambos conductores se bajaron de sus coches y se miraron con cara de pocos amigos.

– Es bastante grande el “ceda el paso” que tenía usted dibujado en el suelo – dijo Álvaro Ferreras con un tono amenazante.

– Era más grande mi semáforo, que por cierto, estaba en verde. No cómo el tuyo – contraatacó Irene.

– En ese semáforo no pone nada. Está fundido, ¿ve usted? – se defendió él.

Irene observó hacia donde aquel hombre señalaba. Sí, ése estaba fundido. Pero el de su derecha no lo estaba.

– ¿Qué me dices de ese? – dijo ella triunfal. – Dame tu matrícula. Espero que tu seguro me cubra esto...

De repente Álvaro se echó a reír.

– Con menos dinero del que cuesta esa reparación se podría comprar un coche nuevo y mejor.

- Éste es mi coche y tú lo has reventado. Luego, tu seguro va a repararlo – dijo ella.
- Su coche da pena incluso estando intacto.
- Pues anda que tú... Te compras un BMW diesel... Eres el colmo del quiero y no puedo... – dijo Irene con aire retador.
- Y usted qué sabrá de coches – reclamó él.
- Sé lo mismo que tú de semáforos.

Álvaro se dio por vencido. A pesar de que consideraba que él llevaba razón, aquella mujer era condenadamente insoportable como para discutir con ella. Apuntó su matrícula y su teléfono en un trozo de kleenex y se lo entregó.

- Ya estará usted contenta – farfulló él mientras se subía de nuevo al coche.
- Sí, ahora puedo sonarme los mocos. ¡Muchas gracias! – gritó Irene desde su Citroen, con aquel Kleenex en la mano.

Álvaro la observó incrédulo mientras ella le hacía una foto con el móvil al Kleenex y después, efectivamente, se pasaba el pañuelo por la nariz.

Irene en el fondo se lo estaba pasando bien, a pesar de que su coche no se estuviese divirtiendo tanto.

Aquel hombre parecía ser el típico finolis pijo a quien todo le parece inferior a su supuesta categoría.

Su traje negro cubierto con aquella gabardina de paño larga eran sus delatores. Y además, la llamaba de “usted”. ¡En el siglo veintiuno! Irene era una chica joven, no tenía por qué tratarla como a una venerable anciana.

¡Y por Dios! ¡Un BMW diesel! ¡El colmo!

Sí, era divertido haberlo escandalizado. Sobre todo después de haber criticado a su amado Saxo.

Era pequeño, sí. Era antiguo, también. Pero era suyo.

¡Quién se ha creído que es este imbécil!, pensó ella mientras arrancaba su coche de nuevo.

Álvaro, al igual que ella, estaba echando humo por las orejas. Después de tres años sin darle un parte al seguro, iba a tener que reparar la chapa de un coche – huevo anticuado y oxidado.

¡Y esa mujer!

Qué desagradable. Ni siquiera se había fijado en ella. Estaba tan cabreado que no se había detenido a observar su cuerpo ágil y esbelto.

– ¡Bah! – exclamó él antes de arrancar –. ¿De qué le sirve ser atractiva si no es capaz de ceder el puñetero paso? ¡Mujeres!

Álvaro temía que aquel incidente lo retrasara.

Jamás reconocería ante nadie que había pasado la noche dando vueltas en la cama, histérico y ansioso, ante la sola idea de encontrarse frente a la mismísima Irene Leblanc.

Aparcó su BMW con una sola maniobra en el aparcamiento que había frente al edificio de la agencia editorial. Se ajustó la corbata y se miró en el espejo retrovisor antes de bajarse del coche.

Sí, estaba guapo.

Se había afeitado y se había echado gomina en el pelo, para mantenerlo más o menos de punta.

Él se consideraba un hombre atractivo. De hecho, muchas de sus alumnas lo consideraban atractivo. Sólo había que ver la cola que se formaba en su despacho tras las clases.

Lo de Indiana Jones era un juego de niños a su lado.

Sin embargo, Álvaro sabía que Irene Leblanc no era una de sus alumnas. Era una mujer hecha y derecha que tenía pinta de ser difícil de impresionar.

– No, espera – se dijo a sí mismo –. Esto es una reunión de trabajo. Sé profesional.

Y entonces, abrió la puerta del BMW y se bajó de él.

Irene contemplaba con rabia el destrozo que aquel daltónico comesemáforos había ocasionado en su pequeño Saxo. El azul de la carrocería se había distorsionado en un gris amorfo y desgastado.

– Vaya un... Payaso – farfulló ella mientras metía la llave en la cerradura.

Un pitido anunció que el coche se había cerrado correctamente.

Irene Leblanc cruzó el paso de peatones hasta llegar a la acera en la que se encontraba la entrada al edificio.

Llegaba unos diez minutos tarde.

Por suerte, el ascensor estaba completamente vacío, así que no tuvo por qué avergonzarse de su chándal y de su coleta mal hecha.

Sabía que no eran pintas para presentarse ante Álvaro Ferreras, pero había que elegir entre ir mal vestida y llegar media hora más tarde.

Cuando salió del ascensor, la secretaria de la agencia la saludó con una sonrisa desde su escritorio de roble.

– ¿Te estás poniendo en forma Irene? ¡Pero si no lo necesitas! ¡Qué mal repartido está el mundo! – dijo Arantxa bromeando. Claramente, ella no había pasado por alto su indumentaria.

Aquella mujer era de lo más agradable que había por allí.

Irene sonrió y se encogió de hombros.

– Últimamente abuso de la pizza... – respondió ella.

Golpeó la puerta del despacho de su agente.

Álvaro Ferreras se sobresaltó al escuchar que llamaban a la puerta. Tenía que ser Irene.

Miró su caro reloj de pulsera y comprobó que la escritora se había retrasado un cuarto de hora. Ciertamente, pensó él, que lo bueno se hace esperar.

Jesús abrió la puerta, dando paso a la esperada Leblanc.

Álvaro contuvo la respiración.

Y entonces la vio.

Un poco común sentimiento de incredulidad se apoderó de él.

– No me lo puedo creer – susurró para sí mismo.

Irene Leblanc abrió los ojos de par en par cuando vio al conductor del BMW diesel sentado frente a la mesa de su agente.

Jesús sonreía, aunque podía percibir que algo extraño se cocía a su alrededor.

– Irene, este es mi hermano – dijo el editor señalando a Álvaro –. Es uno de los mejores egiptólogos que hay en España y creo que podrá serte de gran ayuda para tu nuevo libro.

Irene Leblanc sonrió con sarcasmo.

– Ya entiendo, en el antiguo Egipto no había semáforos – dijo ella.

Jesús frunció el entrecejo. Por suerte la agente de Irene aún no había llegado, por lo que no iba a poder presenciar la escena.

– Tampoco las mujeres conducían – se apresuró a replicar Álvaro, quien ya se había levantado de la silla.

Egiptólogo y escritora se estrecharon la mano mientras se miraban a los ojos con aire retador.

– Verá, doctor Ferreras, en ocasiones el daltonismo no es diagnosticado hasta la edad adulta – dijo ella con una fingida amabilidad.

– Sí, es en la edad adulta cuando las personas aprenden a comportarse y a... Vestirse – dijo él repasando el chándal gris de Irene con la mirada.

Jesús Ferreras, cada vez más desorientado, decidió poner fin a aquella contienda.

– Vale, bien... Esto es una reunión de trabajo. Y para el que no vaya a trabajar, allí está la puerta.

Claro que el editor jamás hubiese dicho eso si hubiera sabido lo que iba a ocurrir a continuación.

Irene Leblanc se dio media vuelta y dijo:

– Con él no pienso escribir ni media línea.

Y salió desfavorida hacia el pasillo, en dirección al ascensor.

Jesús Ferreras miró a su hermano y después le dijo:

– Explicate.

Álvaro, que miraba hacia la ventana tratando de abstraerse de los últimos minutos de su existencia, no tuvo otra que regresar junto con su hermano y contarle su versión de la historia:

– Se saltó un ceda en la glorieta y chocó contra mi coche.

Jesús desvió su mirada hacia el suelo. Después preguntó:

– ¿Exactamente, quién chocó contra quién?

Álvaro resopló:

– Y qué más da, tu escritora no sabe conducir. Y encima mi seguro tendrá que cubrir su reparación. – Entonces gritó –: ¡Y Yo tampoco quiero trabajar con ella!

Álvaro le pegó un puñetazo a la mesa y abandonó el despacho al igual que Irene unos minutos antes.

Jesús se sentó en una de las sillas aterciopeladas. Se había quedado sólo. Ahora tendría que comerse el marrón de explicarle a Esther, la agente, que su hermano no iba a ser de mucha ayuda para documentar a Irene Leblanc.

Reprimió las ganas de arrearle otro golpe a la mesa, como había hecho Álvaro hacía unos instantes.

Le parecía mentira que dos personas adultas, educadas y, en teoría, civilizadas, no fuesen capaces de comportarse como tal.

CAPÍTULO 3

Además de retrógrado y engreído, era idiota.

Así definía Irene a Álvaro Ferreras.

Se dirigía hacia su Saxo a paso ligero. Quería llegar cuanto antes a su casa para comenzar con los trámites de la reparación de su coche.

Mientras avanzaba por el aparcamiento, Irene reflexionaba sobre la cantidad de hombres que había conocido a lo largo de su vida. Ella sabía tratar con ellos de una manera lo suficientemente profesional como para no crearles falsas expectativas.

Ellos solían ser amables con Irene y respetar sus decisiones.

En general, ella no tenía quejas del sexo opuesto.

Hasta que lo conoció a él. Al pijo, finolis, retrógrado e imbécil de Álvaro Ferreras. ¡Por el amor de Dios! Si el semáforo se pone en rojo hay que frenar, pensaba ella mientras fruncía los labios con fuerza.

Se metió en el coche y encajó la llave para arrancar.

– No pienso trabajar con un daltónico de mierda... – gruñía.

El motor rugió penosamente antes de apagarse de nuevo. El sonido recordaba a la tos de un anciano bronquítico.

Irene lo intentó una y otra vez, sin resultados.

Su Citroen Saxo no parecía tener ganas de moverse.

Alargó el brazo hasta alcanzar un resorte que había bajo el volante para abrir el capó.

Estaba segura de que el problema no estaba en la batería. No había dejado ninguna luz encendida, ni tampoco la radio.

Salió del coche y levantó aquel trozo de chapa desgastado hasta sostenerlo con la varilla metálica que llevaba incorporada.

Resopló.

– ¿Para qué me habré molestado en abrirlo? ¿Para fingir que sé algo de mecánica? – susurró con ironía.

Después sonrió con resignación.

– Cuando crees que el día no puede ir a peor... – dijo después, mientras sacaba su BlackBerry del bolsillo, dispuesta a llamar a una grúa y a un taxi.

Álvaro sonreía con cierta prepotencia desde detrás de su coche. La estaba viendo desesperar delante del motor y se estaba divirtiendo mucho.

Hasta que la varilla metálica se cedió y el peso del capó cayó sobre el hombro de ella, arrancándola un grito de dolor.

Afortunadamente, Irene fue capaz de sujetarlo a tiempo como para que no aplastara su brazo izquierdo por completo.

Sin embargo, a pesar de que hubiese podido detener a tiempo la caída de la tapa, ésta le había golpeado el hombro izquierdo de tal manera que parecía haberse dislocado, o incluso partido – al menos por el dolor que le producía –.

Un par de lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

– Oh Dios mío... – murmuró.

Con la mano derecha había dejado caer el capó y ahora se sujetaba el hombro con ansiedad.

Creía que se le iba a desarmar el brazo de un momento a otro. Cerró los ojos con fuerza y se mordió la lengua para soportarlo.

– ¿Estás bien? – Álvaro se aproximó corriendo para examinar su brazo.

Irene, como aún no había logrado abrir los ojos, no supo de quién se trataba hasta que le tuvo delante.

– No fastidies... – dijo ella entonces.

– Necesitas que te vea un médico, vamos – dijo él secamente.

Ella se apartó con brusquedad para que no pudiera tocar su brazo. No quería saber nada de ese pánfilo del BMW.

Entonces Irene se volvió a meter en el coche para intentar arrancar de nuevo.

Asombrados, comprobaron que el coche funcionaba perfectamente.

Pero Álvaro no iba a permitir que ella se marchara con un brazo a punto de caramelo.

Le abrió la puerta del coche y se apoyó sobre ella para que no pudiese dar marcha atrás.

– Quita de ahí, tengo cosas que hacer – espetó Irene.

– Sí, tienes que ir a urgencias. Creo que ése hombro – dijo él señalando hacia su brazo izquierdo – está pasando por un mal momento.

– Puedo conducir con una sola mano – dijo ella.

Él sonrió.

– ¿Vas a destrozar otro BMW? – preguntó él con una sonrisa maliciosa.

Irene tenía que reconocer que no estaba en condiciones para conducir y además, el dolor aumentaba por momentos.

Giró la llave y apagó el motor.

– Sólo porque me estoy empezando a marear – dijo ella.

Se levantó del asiento, pero enseguida tuvo que apoyarse sobre Álvaro para no caer al suelo.

Él, algo abrumado por el rumbo que habían tomado los acontecimientos, la sujetó por la cintura mientras cerraba la puerta de su coche.

Irene comenzó a perder fuerza y pronto se dejó resbalar casi hasta el suelo.

Álvaro, asustado, la cogió en brazos y la llevó a cuestras hasta su BMW.

– Espera – musitó ella –. No has cerrado el coche con llave.

Él se rió.

– Tranquila, no creo que nadie quiera llevárselo.

– Idio... – dijo ella antes de caer desfallecida en sus brazos.

Álvaro la metió en el asiento delantero del coche y le abrochó el cinturón.

Rápidamente arrancó rumbo al hospital que creyó más cercano.

Álvaro sudaba. Todo había sucedido muy rápido. Y ahora Irene se había desmayado.

No quería reconocerlo en voz alta, pero estaba taquicárdico.

Tardó diez minutos en llegar.

Se saltó unos cuantos semáforos en rojo y se comió unos cuantos cedas. Agradeció interiormente que Irene hubiese perdido el conocimiento.

Detuvo el coche justo en la puerta de las urgencias.

Allí había dos hombres que, por el uniforme, parecían ser auxiliares o celadores. Al ver a Álvaro cogiendo a Irene en brazos, se dieron cuenta de que algo no marchaba bien y le trajeron una camilla.

– ¿Puedo pasar con ella? – preguntó él alarmado.

Ellos negaron.

– Aparque en el parking y acuda a la sala de espera de urgencias, en seguida le avisaremos.

– ¿Cómo se llama la chica? – preguntó el otro.

– Irene Leblanc – dijo Álvaro.

– ¿Y usted?

– Álvaro Ferreras.

Después le hicieron rápidamente unas preguntas acerca de qué le había ocurrido a la joven. Uno de ellos lo apuntaba todo rápidamente mientras el otro ya se alejaba con la camilla.

Álvaro llevó su BMW al parking y lo dejó aparcado – a su juicio, muy mal aparcado – en una plaza de garaje minúscula. Pero no le importó haber dejado el coche de cualquier manera.

Estaba muy preocupado.

Era cierto que la manera de conocer a Irene no había sido especialmente afortunada, pero cuando la vio tan indefensa, pálida y desfallecida en el asiento de su coche, se dio cuenta de que su atractivo era indudable.

Tal vez estuviese poco arreglada y vestida para hacer deporte, pero seguía siendo la mujer que había escrito sus dos libros favoritos.

– Pero es tan terca... – murmuró él, ya sentado en la sala de espera.

Para qué mentir, él se había esperado a una mujer vestida de etiqueta. Que condujera un coche de alta gama y con unos tacones más altos que el edificio Chrysler.

Claro que por estas razones, Álvaro aún no tenía pareja.

Siempre esperaba demasiado de todo. O bueno, también podría decirse que nada ni nadie eran capaces de cumplir sus expectativas porque, simple y llanamente, eran irreales.

Inalcanzables.

No es para tanto, pensó él. “Lo único que ocurre es que no me conformo con cualquier cosa”, reflexionaba mientras observaba el portón por el que las enfermeras decían en voz alta el nombre de los pacientes.

Había pensado, en algún ridículo instante de su penosa existencia, que Irene Leblanc sería la mujer perfecta, la que lograría alcanzar aquel listón tan elevado que él había establecido.

Por eso, no podía evitar sentirse ligeramente decepcionado al ver que la esperada mujer de sus sueños había empotrado su coche vestida de chándal, con el cabello recogido y desastroso; y encima, de muy mal humor.

Claro que tampoco podía comprender que, estando tan decepcionado como él creía sentirse, se encontrase al mismo tiempo tan preocupado por ella y por su hombro como para que su corazón diese un vuelco cada vez que la enfermera gritaba un nombre en la sala.

Sin embargo, no escuchó el suyo hasta pasados unos treinta minutos.

– Álvaro Ferreras – dijo la voz de aquella mujer vestida con un pijama azul claro.

El resto de personas allí presentes contemplaron cómo el egiptólogo se incorporaba y miraba hacia la puerta esperanzado.

Caminó hacia ella con paso firme y decidido.

Una auxiliar joven de cabello negro lacio le guió hasta uno de los boxes, donde Irene ya parecía haber recuperado el color.

Asombrosamente, ella le sonrió por primera vez en todo el día.

– Vaya, gracias – le dijo ella con una voz suave y melodiosa.

– ¿Cómo estás? – preguntó él.

Se arrepiñó al instante de haber utilizado aquel tono autoritario del que siempre se quejaba su hermano.

Ella hizo una mueca de desagrado.

– Sólo ha sido un vagal. Mi diastólica ha decidido darse de baja durante un rato... No te preocupes, mi volemia está estable y al parecer mi hombro sólo tiene el ligamento acromioclavicular ligeramente luxado.

Ahora fue Álvaro quien se sintió desfallecer.

– Que no ejerza no quiere decir que no sea médico – sonrió ella al ver que su “salvador” estaba totalmente aturdido.

– ¿Y ahora quién es el prepotente aquí? – preguntó él con desdén.

La señora mayor que compartía el cuarto con Irene estaba riéndose a carcajadas.

– Lo tienes difícil, hijo – añadió la anciana.

Álvaro le dirigió una mirada de advertencia.

– Llama a Jesús y dile que venga a recogerme – pidió Irene sin rodeos.

Ella no quería continuar dependiendo de aquel historiador, de lo contrario le debería un favor. Se sentiría en falta con él.

No, no podía consentir eso.

Álvaro, sin saber por qué, arrugó el entrecejo y se fue del box muy cabreado. ¡Llamar a Jesús! ¿Y quién se había encargado de llevarla al hospital? ¿Quién iba a ayudarla a escribir una novela ambientada en Egipto?

Sacó su Iphone y marcó el número de su hermano a regañadientes.

No comprendía qué narices pasaba por la cabeza de esa mujer. ¿¿Por qué se comportaba de aquella manera tan infantil!?

– El número al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momen... – bramó el contestador a través del pequeño altavoz.

– Qué mala suerte... – sonrió Álvaro.

Irene iba a tener que soportarle durante un poco más de tiempo. Y, curiosamente, a él le apasionaba la idea.

Regresó al box y le dio a su escritora preferida la mala noticia.

– ¡Vuelve a llamar! – dijo ella indignada –. Es tan sencillo como marcar su número otra vez. ¡No! Espera... En el antiguo Egipto tampoco utilizaban el Iphone ese tan chulo que tienes, ¿a que no?

Irene lucía una sonrisa de triunfo.

– No hay quien te aguante – dijo él mientras miraba la pantalla de su móvil–. Anótame tu dirección – le tendió el Iphone –. Quiero meterla en el GPS para poder llevarte hasta allí.

– ¿Lo dices en serio? ¿No vas a volver a llamarle? – preguntó ella con incredulidad.

– No voy a molestarle cuando no hay necesidad – mintió Álvaro –. Ya estoy aquí, ¿no? Pues yo te llevo a casa.

Irene, resoplando como un asno encabritado, anotó la dirección en el apartado de notas del teléfono de Álvaro.

Quería irse a su casa para meterse en su cama y, con un poco de suerte y fuerza de voluntad, borrar de su memoria aquel día infernal.

CAPÍTULO 4

– ¿Qué es un... vagal? – se animó a preguntar Álvaro mientras conducía el BMW, llevando a Irene en el asiento del copiloto.

Le había costado un buen rato asumir que no tenía ni idea de qué demonios era eso. Pero aún le había supuesto más esfuerzo hacer la pregunta en voz alta.

Ahora Irene pensaría que era un estúpido.

“¿Y qué más da lo que ella piense?”, se reprendió a sí mismo.

Irene sonrió y lo miró con picardía.

– Un síncope – respondió ella resuelta.

Álvaro frunció el entrecejo y contestó con un tono serio e indignado:

– Eso ya lo sé – mintió –. Yo preguntaba que por qué se llama “vagal”.

– Creo que es demasiado complicado para ti – susurró ella con una sonrisa de superioridad.

Álvaro pisó el freno con brusquedad. Iba tan concentrado en la conversación y en no quedar como un idiota delante de Irene que a penas se había fijado en que estaba a punto de saltarse un semáforo en rojo.

– ¡Ah! – gritó Irene agarrándose el hombro –. ¿Eres idiota? ¡Podrías haber pasado!

– Estaba en rojo. Para que veas que no soy daltónico – Álvaro aprovechó la oportunidad para lanzar una indirecta bien directa.

Irene no contestó. El hombro le dolía mucho y estaba mareada, de nuevo. No le había contado a Álvaro que, posiblemente, aquel síncope había tenido lugar porque ella había cometido la imprudencia de salir de su casa sin desayunar.

Así que llevaba sin probar bocado unas dieciséis horas.

– ¿Ves? Ahora está en verde. ¡Genial! Creo que me he curado – decía Álvaro riéndose –. Aunque el médico aquí eres tú...

Al notar que Irene guardaba más silencio del que, seguramente, a ella le gustaría guardar, Álvaro se giró hacia ella.

Comprobó con horror que se había desmayado de nuevo.

– ¡Mierda! – gritó él.

Tuvo que decidir con celeridad entre la opción de llevarla de nuevo al hospital o la de aparcar directamente en el garaje de su edificio y subirla a su casa, para después llamar a un médico que pudiese atenderla.

– Eh... – gruñió ella –. Necesito comer...

Álvaro, algo más tranquilo al ver que Irene aún mantenía la conciencia – más o menos –, se decantó por la segunda opción.

Cuando aparcó, se las vio y deseó para sacar a la escritora del coche y cargar con ella y con su chándal hasta el ascensor.

Terminó cogiéndola en brazos, cual damisela en apuros – en realidad, estaba en apuros –.

Cuando llegó al pasillo donde se encontraba la entrada de su piso, tuvo que depositarla en el suelo – tumbarla, concretamente –, mientras rebuscaba la llave para entrar.

– Joder... – murmuró él al tiempo que rebuscaba en los bolsillos de la americana.

Y, cuando pensaba que nada podía ir a peor, se dio cuenta de que las llaves se habían quedado en el coche.

Con cierto reparo, dejó a Irene tumbada en el pasillo y cogió de nuevo el ascensor para bajar hasta el garaje.

Agobiado, corrió los diez metros que había del ascensor hasta su plaza de aparcamiento y abrió el coche con el botón central del pequeño mando.

En un principio, pensó que habría dejado las llaves de su casa en el lateral de la puerta del conductor.

De hecho, solía dejarlas ahí cuando se montaba en el coche.

– Y, justo hoy, no las dejé ahí – murmuró él con los nervios de punta.

Irene estaba sola, tumbada en el pasillo del edificio. Desmayada, pálida y hambrienta. Y con un hombro dislocado.

Y a él se le habían olvidado las llaves de su casa en el coche.

Un coche que tenía la chapa del capó hecha un desastre gracias al accidente que Irene y él habían presenciado aquella misma mañana.

Álvaro suspiró de alivio cuando vio el destello de una de las llaves bajo el asiento del copiloto. No sabía cómo demonios habrían terminado allí, pero tampoco iba a molestarse en averiguarlo.

De nuevo, corrió hacia el ascensor y lo llamó.

Irene había vuelto en sí. Ella sabía que si no comía algo pronto, volvería a desmayarse de nuevo.

Se sorprendió – y se asustó – al verse en aquel lugar desconocido, tumbada en el suelo y completamente sola.

Lo único que se le ocurrió fue llamar al timbre de la puerta más cercana, para ver si algún vecino del edificio podía orientarla.

– Ferreras... Idiota – farfullaba ella.

Pulsó el timbre. Pero éste no sonó. Lo intentó de nuevo.

Tampoco.

Nada.

Ni los buenos días.

Irene empezó a resoplar. Se mareaba de nuevo. Enfadada, le pegó un puñetazo al timbre en un arranque de desesperación.

Entonces, como si fuera de gelatina, el timbre se descolgó de la pared y cayó al suelo, dejando a la vista una amalgama de cables enredados.

– Oh, mierda – susurró ella alarmada.

A punto de una crisis histérica, comenzó a caminar de un lado a otro sin saber qué hacer.

Se encontraba al borde de nuevo desfallecimiento y sabía que no podía salir así a la calle, pero tampoco aquel vecino le abría la puerta... Y en aquel pasillo no parecía haber más puertas... Salvo la del ascensor.

– Bajaré al piso de abajo para ver si alguien puede ayudarme – dijo ella antes de llamar al ascensor.

Pero entonces, las puertas de éste se abrieron, dejando a la vista a un Álvaro Ferreras sudoroso y casi tan nervioso como ella.

– ¡Tú! – gritó Irene con rabia –. ¡Imbécil! ¡Capullo! ¡Lerdo! ¡Más que lerdo!

– ¡Eh! He tenido que bajar el coche a por las llaves de casa, se me habían olvidado. ¡Y cálmate! ¡Soy yo el que está evitando que termines por ahí tirada!

Irene enarcó ambas cejas y frunció los labios, muy enfadada.

– Me has traído a tu casa... ¿Vas en serio? ¡A tu casa! Yo tengo casa también, ¿sabes? Podrías haberme llevado allí.

– Te desmayaste por el camino y mi piso estaba más cerca que el tuyo – la rebatió él.

Irene sintió que las paredes giraban a su alrededor, pero antes de caer inconsciente de nuevo, dijo:

– Me he cargado tu timbre.

Álvaro tendió a Irene en su sofá y puso varios cojines bajo sus rodillas para que la sangre bajara de nuevo a su cabeza.

Cuando ya había marcado el ciento doce para pedir ayuda a emergencias, ella reaccionó de nuevo. Colgó.

Y, antes de que pudiera hablar, Álvaro la incorporó y la obligó a beberse un vaso de CocaCola – de la que tiene azúcar, que era la que Álvaro le solía reservar a su hermano, quien no se cuidaba tanto como él –.

Como por arte de magia, Irene recuperó el color de sus labios. Estaba muy guapa. Álvaro le había quitado la coleta para poder apoyar bien su cabeza.

Su pelo suelto, medio enredado, pero de un bonito tono chocolate, caía bajo sus hombros.

Se sorprendió a sí mismo observando los labios de la escritora mientras terminaba de tomarse el refresco.

Sacudió la cabeza y miró hacia otro lado.

No estaba dispuesto a quedar como un baboso con la mujer que había siniestrado su BMW.

– Ya está – dijo ella –. Creo que ahora ya puedo irme. Dame el teléfono, voy a llamar a un taxi.

– Primero cómete ese bocata – Álvaro señaló hacia una mesita auxiliar donde había una baguette rellena de jamón serrano.

Irene resopló con ansiedad.

– No tengo estómago, de verdad... – murmuró ella negando con la cabeza.

– Hasta donde llegues – dijo él con seriedad.

Álvaro sonrió con ternura cuando Irene obedeció y se llevó el pan a la boca. Sin embargo, aún le costaba creer que fuese ella la mujer que había escrito los libros más vendidos de todo el país en los dos años anteriores.

– ¿Por qué quieres escribir sobre Cleopatra? – preguntó él de repente.

Aquello le intrigaba. Irene nunca había escrito nada parecido.

Ella le hizo un gesto, para que Álvaro esperase a que hubiera tragado el trozo de bocadillo que estaba masticando.

Después dijo:

– En realidad no quiero escribir sobre ella. Ni sobre Egipto... Ha sido idea de mi agente – sin saber por qué, se sinceró.

Álvaro arrugó el entrecejo.

Irene se fijó por primera vez en el físico del “doctor” Ferreras. Su rostro pensativo le hacía parecer atractivo. Tuvo que reconocer, que, en general, Álvaro Ferreras era atractivo.

De elevada estatura y porte elegante, con ojos acuosos, parecía el protagonista de una de las novelas medievales de Bárbara Cartland.

Pero era un pedante. No podía pasar aquello por alto. Un pedante estúpido y daltónico.

– ¿Y por qué no escribes algo que te apetezca? – preguntó él con curiosidad.

Obviamente, no iba a confesarle a Irene Leblanc, que leía sus libros antes de acostarse. Y que los releía a la semana siguiente de haberlos terminado.

Mucho menos iba a contarle que había buscado fotos suyas por Internet.

Ella desvió la mirada para fijarla en la gran alfombra persa que cubría el suelo del salón.

No tardó en advertir el lujo que ornamentaba la casa de aquel hombre.

– No se me ocurre nada... Estoy... Bloqueada... – murmuró ella.

Entonces se le llenaron los ojos de lágrimas.

A Álvaro se le revolvió el estómago. ¿Qué más podría ocurrir aquella mañana?

¿Por qué Irene se echaba a llorar?

– Tal vez sólo necesites... Tiempo – dijo él, tratando de calmarla –. A todos los escritores les ocurre alguna vez...

– Supongo que sí – dijo ella con voz queda.

Ambos se percataron de que el tono agresivo de la conversación había ido desapareciendo poco a poco.

Irene se levantó del sofá rápidamente y dijo con cierta dificultad:

– Me tengo que ir... Gracias... Por ayudarme...

Después le estrechó la mano tratando de representar una despedida lo más profesional posible.

Irene odiaba deber favores. Sin embargo, tampoco se consideraba a ella misma una desagradecida.

Caminó hasta la puerta sin esperar a que Álvaro se levantara. Él la persiguió.

Logró alcanzarla antes de que abriera la puerta.

– Espera, puedo llevarte en coche... Si quieres.. – se ofreció él.

Irene sintió un retortijón extraño en el estómago. Vaciló durante unos instantes y después dijo:

– No te molestes, seguro que hay algún taxi por aquí cerca.

Álvaro asintió, no valía la pena insistir. Aun así, se sintió ligeramente... Rechazado.

Irene pulsó el botón de la flecha que miraba hacia abajo. El ascensor tardó sólo cinco segundos en llegar.

– Siento lo de tu timbre – dijo ella antes de desaparecer.

Ambos respiraban agitadamente.

Irene se observó a sí misma en el espejo del ascensor y entonces dijo solemnemente:

– Jamás volveré a salir de casa sin desayunar.

Álvaro miraba el embrollo de cables que sobresalían de aquel agujero de la pared, donde una vez había estado el botón del timbre.

No entendía cómo se las había arreglado ella para arrancar aquel trozo de plástico, mucho menos después de que él mismo hubiese intentado sacarlo el día anterior sin éxito alguno.

– Ya se lo había aflojado yo – murmuró él, de camino a la caja de herramientas.

Regresó junto al timbre y examinó los cables. Efectivamente, había una conexión mal hecha, entre dos cables que no tenían que estar unidos.

Tal vez por eso no suena... Pensó él.

Lo arregló y volvió a atornillar la tapa de plástico con el botón.

Lo pulsó.

– Din–dón – sonó.

Y el timbre volvió a funcionar, gracias a Irene Leblanc.

Irene estaba nerviosa. Muy nerviosa.

Cuando llegó a su casa, sobre las doce del medio día, tuvo que tomarse una tila para relajarse.

Álvaro Farreras había resultado ser un esnob muy engreído e idiota. Eso sí, tenía que reconocer que se había comportado como un caballero... Excepto cuando la dejó tumbada en el pasillo, sola e inconsciente.

– Eso no es muy caballeroso que se diga... – murmuró ella con la taza en la mano.

Fue un instante. Irene caminó hacia su pequeño salón, en el cual, además de un sofá y una televisión, tenía un pequeño escritorio sobre el cual descansaba, cerrado, un MacBook blanco de hacía unos cuantos años.

Dejó la taza sobre la madera, al lado de ordenador y lo abrió.

Sólo bastaba una página de Word en blanco. Sus manos se deslizaban solas por el teclado, su imaginación se adelantaba a sus palabras y sus dedos a éstas.

Capítulo 1... Escribió.

Releyó los primeros párrafos satisfecha:

“Estoy aterrizada. Me ahogo en un mar de sudores fríos y temblores. Mis pupilas ambarinas están sumergidas en la niebla de la incertidumbre. Mis cabellos cobrizos parecen ahora un manojo de paja descompuesta por unas lágrimas derramadas ante lo inevitable. Estoy despeinada, desnuda y congelada.

Congelada en estos gélidos aposentos feudales. En los que la luz, más que entrar, se insinúa a través de una minúscula ventana situada en lo más alto. La fría piedra gris de las paredes se cierne sobre mí, amenazante, como si de un momento a otro fuese a precipitarse sobre mis muslos descubiertos y a partirlos por la mitad.

Tengo miedo.

Un grueso tapiz escarlata adorna la cabecera del lecho sobre el que mi cuerpo yace. Pienso que debe de haber costado una fortuna.

Claro, fortuna. De no ser por la fortuna, yo no estaría aquí. Acaricio con mi mano derecha la seda añil que cubre la cama.

Es tan suave, tan brillante.

Tan bella.

Muchos piensan que soy bella. Yo opino que soy diferente a ellos. Mi cabellera es lo suficientemente oscura como para contrastar con el amarillo de las cabezas de la mayoría de los habitantes de este pueblo. Mis ojos son cálidos y leonados, a diferencia de las miradas glaciales y hundidas del resto de la gente.

Mi madre era como yo.

Me pregunto si también fue así su noche de bodas. Si esperó tumbada sobre una cama, si la forzaron a desvestirse y si la encerraron en una habitación oscura y húmeda.

Me pregunto si lloró.”

Sabía que era el inicio de una gran historia, que poco a poco, iba cogiendo forma en su subconsciente para más tarde, ser dibujada en unas cuantas páginas.

– Maldito Ferreras – susurró Irene –. Ahora tendré que trabajar con él.

Porque había sido él quien había hecho despertar de nuevo a la escritora que ella llevaba dentro.

Jesús observaba con detenimiento a su hermano, quien leía con concentración un libro forrado en blanco. Le intrigaba porque no podía leer el título.

– ¿Qué lees? – le preguntó Jesús.

Ambos estaban sentados en sendos butacones. El uno en frente del otro, y entre ambos, una mesita central donde aún había restos del bocadillo que Irene se había comido.

Jesús no sabía lo que había ocurrido aquella mañana.

Álvaro había preferido no compartir la experiencia con su hermano.

– Mitología... Griega – mintió Álvaro, quien había decidido releer uno de los libros de Irene, para ver si encontraba la clave que le resolviera el misterio de por qué ella era tal como era..

Terca, algo brusca, quisquillosa y desmayadiza. Al pensarlo, se dio cuenta de que aquellos adjetivos podrían encajar a la perfección con una gran cantidad de mujeres. ¡Pero Irene no era una más! Irene Leblanc escribía de una manera única y lo hacía soñar. ¿Cómo podía una mujer así, tan hábil con las letras, ser al mismo tiempo tan sencilla? ¿Cómo podía tener si quiera un chándal en su armario y ponérselo para una reunión de trabajo?

Álvaro resopló frustrado. Con el dinero que gana podría comprarse un coche mejor, pensó él.

– Pues la mitología te está matando – dijo Jesús con una sonrisa –. ¿Qué te ha parecido Irene? Al margen de vuestro accidente de circulación... Claro.

Álvaro no respondió.

Un Iphone comenzó a vibrar.

– Es el tuyo – dijo el egipólogo.

Jesús contestó. Al escuchar la voz de Irene, se fue a su habitación y cerró la puerta para que su hermano no pudiese escuchar la conversación.

– Siento lo que ha pasado – se disculpó ella –. Tu hermano es un poco torpe con el coche...

Él sonrió.

– No importa. Espero que la próxima vez hagáis las paces – dijo él.

– Por eso te llamaba – respondió Irene –. Quería saber si podía asistir a alguna de las clases que da tu hermano... Tal vez aprenda cosas nuevas y con suerte, alguna de ellas me ayude a escribir...

Jesús frunció el entrecejo. Qué rápido cambian de opinión las mujeres.

– Mañana a las nueve creo que estará en un aula de la facultad de historia... Espera que le pregunto cuál es.

Jesús se arrimó a la puerta y gritó:

– ¿En qué aula das clase mañana?

A los cinco segundos, la voz de Álvaro retumbó por todo el apartamento.

– ¡En la tres cero tres de la tercera planta!

– Lo he oído – dijo Irene al otro lado del teléfono –. Allí estaré.

Y colgó.

Jesús pensó por un momento en avisar a su hermano de que Irene Leblanc asistiría a su clase como oyente... Pero sería más divertido que lo pillara por sorpresa. Sonrió con malicia.

De vuelta al salón, Álvaro preguntó:

– ¿Quién era?

– Era mamá... Quería venir a verte pero me ha dicho que a las nueve de la mañana es demasiado pronto... Tal vez venga por la tarde a tomar café... – dijo Jesús.

Álvaro se encogió de hombros y después cerró el libro. Fue a su despacho para meter en el *pendrive* las diapositivas que expondría en su clase del día siguiente.

CAPÍTULO 5

Él siempre era puntual. Nunca llegaba ni cinco minutos antes ni cinco minutos después.

Detestaba profundamente a los alumnos que interrumpían sus clases a los diez minutos de haber empezado.

Que si el metro se ha estropeado, que si he perdido el autobús... Sin embargo, sabía que eran jóvenes y que no tenían la misma percepción de la responsabilidad que podía tener él.

Álvaro se sentó en la mesa del profesor, sobre la tarima del aula.

La mayoría de los universitarios allí presentes estaban sacando folios de sus carpetas y bolígrafos de sus estuches.

Álvaro Ferreras era famoso por la cantidad de apuntes que daba durante sus charlas.

Y sobre todo, muy conocido por poner los exámenes más complicados de toda la facultad. Así hacía los honores a esa leyenda que circula por ahí y que dice que los profesores más jóvenes son a la vez los más exigentes. Tal vez porque encuentren difícil la tarea de hacerse respetar de otra manera.

La primera diapositiva ya estaba proyectada sobre la tela blanca que hacía de pantalla, cubriendo parte de la pizarra.

Se ajustó el nudo de la corbata y se desabrochó la chaqueta. Entonces se puso en pie y comenzó a hablarle a sus alumnos.

– Algún día os contaré por qué algunos romanos pensaban que Cleopatra era una zorra revienta–hogares – dijo él.

Los ojos de los alumnos brillaron divertidos.

– Pero hoy no. Hoy hablaremos de la religión egipcia y del culto a cada uno de sus dioses.

Las sonrisas desaparecieron rápidamente de todas las caras y muchos bolígrafos empezaron a derrochar tinta sobre los folios.

Irene también escribía algunas notas en un pequeño cuaderno que se había llevado a la clase.

La verdad es que no sabía cómo el tema de la religión egipcia influiría en su nuevo libro... Lo que sí sabía era que gracias a las idioteces de Álvaro Ferreras había sido capaz de escribir su primera página en meses.

Le observó pasearse por la tarima, mientras explicaba el sádico ritual de momificación. En ocasiones soltaba algunas bromas que hacían reír a sus alumnos... Y también a ella.

Encontró aquella clase muy distendida y mucho más relajada que las últimas a las que ella había acudido en el hospital.

Cuando se estaba especializando en neurología, las clases de las ocho de la mañana eran densas y estresantes y además – lo que menos le gustaba – se respiraba un ambiente tenso, de competitividad insana entre compañeros.

Cierto era que había conocido muy buena gente durante el único año que había cursado de su residencia, pero también había aprendido que no se podía confiar en todo el mundo. Y que había personas que siempre pretendían saber más que el resto. Es más, solía ser esa clase de gente la que disfrutaba ridiculizando a los demás.

Irene sacudió la cabeza, no sabía por qué le habían venido aquellos recuerdos, justo en aquel momento.

Respiró aliviada al comprobar que Álvaro aún no había reparado en ella. Claro que Irene se había sentado casi al final de la clase, en una esquina, con la intención de pasar desapercibida.

Maldijo por lo bajo cuando un chico menudo, con los pelos engominados y unos cascos al cuello, levantó la mano para hacer una pregunta. Era el chico que se sentaba a su lado.

– ¿Pero cuando les cortaban la lengua... No sangraban demasiado?

Irene enarcó una ceja. ¿Pero qué pregunta era esa? Observó de nuevo a aquel chaval que, por cierto, parecía haberse caído de un guindo justo el día anterior.

Álvaro se echó a reír ante aquella interrogativa. Miró a aquel chico con compasión y le dijo:

– Supongo que si el sujeto a momificar aún estaba vivo, sí que sangraba...

La clase entera reprimió una exclamación de asco.

Irene, por el contrario, dejó escapar una carcajada. Si ellos supieran las atrocidades que había visto hacer a los cadáveres... Y a los que no eran cadáveres...

Álvaro continuó observando a aquel chico, tal vez por ello no pasó por alto la risa que se escuchó justo al lado de su alumno.

Al mirarla, se encontró con unos penetrantes ojos oscuros, ligeramente maquillados y enmarcados por unas pestañas alargadas.

El egiptólogo sintió un sudor frío ascendiendo por su espalda. Una Irene de cabello ligeramente ondulado y mejor maquillada y vestida que el día anterior estaba sentada en su aula, escuchando su clase y camuflándose entre sus alumnos.

Álvaro carraspeó y se dio media vuelta. Respiró un par de veces profundamente y notó cómo la gente comenzaba a murmurar.

Se aflojó el nudo de la corbata y para disimular dijo:

– ¿No os parece que ponen muy fuerte la calefacción aquí?

Irene sonrió misteriosamente, ella no tenía ningún calor.

Sin embargo, los alumnos, cuales ovejas que siguen a su pastor asintieron con unanimidad.

Pasados dos minutos, Álvaro logró recuperar el control sobre sí mismo y continuar la clase con relativa normalidad.

Ahora ya no paraba de ojear a Irene de vez en cuando. Quería saber las caras que ponía, si atendía, si no... Si le parecía bien la clase... Si lo miraba embobada o enfadada...

En lo que restó de clase, Irene trató de no mirar directamente a Álvaro. Se sentía incómoda y cohibida, sobre todo porque él la clavaba su mirada cada pocos instantes, obligándola a asentir con la cabeza en ademán de comprensión.

Además lo había pillado mirándola incluso cuando ella desviaba la mirada hacia otro lado.

Entonces él se apartaba rápidamente y se fijaba en otro alumno.

Irene fue incapaz de enterarse de nada más durante aquellos últimos veinte minutos, sólo estaba pendiente de Álvaro, sus gestos y la incomodidad que éstos la producían.

Además, tampoco comprendía por qué tenía que sentirse tan agitada. Tenía la sensación de que, aunque él no estuviese observándola, sabía en cada momento lo que ella estaba haciendo y hacia donde estaba mirando.

Se sentía... Vigilada.

Para intentar distraerse de aquella situación tan tensa, se dedicó a mirar a las chicas de la primera fila. Irene se dio cuenta de que murmuraban y reían entre ellas a la par que le lanzaban sonrisas al profesor.

También vio alguna mirada sugerente y algún escote generoso.

Ella frunció el entrecejo y murmuró para sí misma:

– Ya entiendo por qué se lo tiene tan creído.

Al fin terminó la clase e Irene se apresuró a recoger sus cosas para salir de allí cuanto antes.

No quería tener que intercambiar ni una palabra con Álvaro Ferreras. Aquel juego de miradas le había resultado agotador y necesitaba descansar de él.

Sin embargo, al ver cómo una alumna rubia (de bote), altísima (con tacones), bien maquillada (y muy), con un gran escote (un sujetador push-up debajo, cien por cien seguro), se arrimó a Álvaro con una extraña cara angelical (tirando a demoníaca), Irene se quedó quieta en el umbral de la puerta para ver cómo manejaba el egiptólogo la situación.

Observó, escandalizada, como la alumna en cuestión pasaba una mano por encima de la chaqueta de Álvaro, rozándole el pecho.

Él hizo un gesto para apartarse, pero de manera suave y delicada. Tan suave que la alumna pensó que tenía el semáforo en verde.

Álvaro había controlado todos y cada uno de los movimientos que Irene había hecho al terminar la clase.

Él sabía que la escritora estaba oculta tras el umbral de la puerta, observando cómo una de sus alumnas coqueteaba con él.

Tal vez fue por parecer un hombre deseado delante de Irene, le dio más alas de las que hubiera querido a aquella chica rubia de la primera fila. Y claro, su alumna le dijo:

– Esta noche no tengo planes.

Y a Álvaro se le heló la sangre. Para nada aquella chica se correspondía con el modelo de mujer que él buscaba.

Qué menos que una rubia natural y no teñida.

– Pues vaya, yo sí. Que tengas un buen día – dijo él.

La alumna del push-up se quedó a dos velas e Irene se echó a reír.

Cuando Álvaro la vio en pleno ataque de risa, supo que había hecho el peor de los ridículos.

– Buenos días – dijo Álvaro cuando llegó a la puerta y vio a Irene conteniendo las carcajadas apoyada en la pared.

– Muy buenos – dijo ella con sarcasmo –. Me tengo que ir, que tengas un buen día tú también.

Irene le dio la espalda y comenzó a caminar hacia la salida del aulario, dejando a Álvaro Ferreras con la palabra en la boca. De hecho, iba a explicarle que aquella alumna no era una excepción, que situaciones así las vivía a diario – vamos, que era un hombre solicitado –. Y quería hacérselo saber a Irene, quien, sin embargo, aborrecía a los hombres solicitados.

Según Irene, los hombres que se acostumbran a ser el centro de atención de las mujeres suelen mutar al igual que las células cancerígenas en personas caprichosas y egoístas – en cuanto a las relaciones –.

Son hombres que quieren tener a todas las féminas presentes a su alrededor para que los adoren y los aderecen con sus cumplidos y, de paso, si cae alguna, ha caído. Pero sobre todo, estos hombres quieren saber que pueden.

Irene aceleró el paso. No quería formar parte de aquel circo de alumnas excitadas.

Abrió la puerta del aulario y tomó una bocanada del aire fresco de las diez de la mañana.

– ¡Irene! – gritó un hombre que estaba sentado en un banco, a unos metros de ella.

La escritora entrecerró los ojos para enfocar mejor. Jesús había venido a buscarla.

Caminó hacia él y le dio un abrazo amistoso.

– Gracias por venir – dijo ella.

– Ahora que estás sin coche supongo que agradecerás que te acerque a la agencia.

Irene sonrió con dulzura. Jesús, además de su editor, era uno de sus mejores amigos.

– En realidad pensaba ir a casa a escribir, he empezado algo... Tal vez se convierta en un libro – dijo ella con cierta timidez.

Jesús conocía perfectamente la situación de Irene Leblanc. Hacía unos siete meses que había dejado de escribir. Ella había dicho que todo lo que plasmaba sobre el papel le parecía horrible y que al día siguiente terminaba por borrarlo. Y por eso, terminó abandonando la escritura por un tiempo.

Irene incluso se había planteado terminar la residencia. Pero entonces recordaba lo que había ocurrido con su padre y desechaba la idea.

No fue capaz de convencerle para que fuese al médico, él no quiso escucharla. No se dejó hacer ni una mísera analítica, y, para cuando por fin accedió a revisarse, fue demasiado tarde.

No, Irene no volvería a ser médico... Al menos por el momento.

Además estaba ilusionada, por primera vez no había sentido el irrefrenable deseo de mandar su escrito a la papelera de reciclaje.

Era un triunfo.

Álvaro apareció tras ellos. Algo sudoroso y pálido, pensaba Jesús. Debía de haberse dado un buen susto al ver a Irene entre sus alumnos, pensaba su hermano.

Irene se sintió de pronto cohibida, decidió marcharse cuanto antes.

– Caballeros – dijo ella con sarcasmo –. Me despido. Ya nos veremos.

Álvaro carraspeó.

– ¿Te ha servido la clase de hoy?

Irene le observó pensativa. La primera parte de la clase había sido productiva, la segunda, una pérdida de tiempo – tuvo mucha suerte al haberse enterado de algo entre mirada y mirada –.

– Supongo que sí... Me ha gustado la parte de la balanza... Debe ser espeluznante ver tu propio corazón en una báscula – rió ella.

– ¿Entonces hay acuerdo? – ha preguntado Jesús.

Álvaro e Irene intercambiaron una mirada larga y tensa para después estrecharse la mano.

– Sólo vendré a tus clases – se apresuró a añadir la escritora –. Creo que con eso será suficiente.

– Si tienes dudas siempre puedes preguntarle – dijo Jesús enarcando ambas cejas.

– Sólo si no me pillas ocupado – terció Álvaro con orgullo.

– No será necesario, sé leer libros también... – respondió Irene sonriendo –. Que tengan un buen día, caballeros. Yo me abro.

Mientras Irene se alejaba de ellos, Álvaro contemplaba su silueta bien definida y contorneada por unos ajustados vaqueros oscuros. Su cabello era más largo de lo que le había parecido el día anterior y llevaba unos finos tacones que al egiptólogo no le pasaron desapercibidos.

– Es muy desagradable tío. – dijo Álvaro con tono de lamentación.

– Está muy buena, Álvaro. Muy buena.

Sin conocer la razón, Álvaro tuvo la sensación de que las últimas palabras de su hermano no le habían gustado. Y no porque fuesen malintencionadas, ni porque insinuasen nada.

No.

Obviamente a Jesús le parecía atractiva Irene.

Porque Irene era atractiva para casi cualquier hombre que se cruzara con ella.

Pero a Álvaro no le había gustado ese tono, ni que Jesús hablase de Irene de aquella forma. Sentía que Irene era intocable. De alguna manera tenía el extraño deseo de meterla en una urna para examinarla y averiguar cómo narices había escrito aquellos libros.

Y no quería que nadie la tocase. Sí, sería para él como un espécimen extraño que había que investigar. Un espécimen con tacones, con labios rojos y carácter desafiante.

Álvaro se dio media vuelta y empezó a caminar hacia el aula.

– Luego te veo – dijo Jesús antes de que su hermano desapareciera dentro del edificio.

CAPÍTULO 6

Todo tiene una vida útil. Incluso el amado Citroen saxo de Irene, ya de veinte años de edad.

– Es más cara la reparación que un coche nuevo – dijo el mecánico mientras se quitaba los guantes de trabajo.

Irene observó la carrocería de su pequeño trasto. Estaba muy dañada en su parte trasera, casi podía adivinarse la insignia del BMW de Álvaro tatuada en uno de los flancos.

Pero no era la chapa, ni la pintura quienes habían inutilizado el coche.

El motor había dicho adiós para siempre.

El día anterior, cuando Irene regresó al parking de la agencia para recoger su vehículo, éste había vuelto a dar problemas para arrancar.

– Pero si ayer funcionabas – había susurrado ella mientras giraba la llave una y otra vez.

No tuvo más remedio que llamar al seguro para que viniera una grúa a recogerlo.

Y allí estaba ahora, a la mañana siguiente, en el taller, intentando convencer al mecánico de que le hiciera un precio especial por ser clienta habitual.

Y es que, los coches viejos tienen muchas goteras.

– Que no, Irene. Jamás un mecánico te dirá esto, pero yo sí porque ya estoy cansado de ver cómo te gastas el dinero con este trasto: cómprate otra cosa.

– Pero yo quiero este coche – insistió ella –. Cinco mil euros es demasiado.

– Es lo que cuesta. Y además no prometo que no vaya a dar guerra otra vez – dijo él.

Irene observó cómo aquel señor de cabello cano y barba de tres días se rascaba la oreja antes de encender un cigarrillo. Era el dueño de los talleres Hidalgo, y allí estaba, trabajando como si acabaran de contratarle.

– Mi padre no hubiese querido que lo vendiera – dijo ella tratando de apelar a los buenos sentimientos.

Sin embargo, Hidalgo enarcó ambas cejas y empezó a reír:

– Tu padre hubiese querido que tuvieras un coche que no te dejara tirada en mitad de la autopista, ¿o ya no te acuerdas de eso?

Irene resopló.

Tras unos instantes de reflexión y tristeza, decidió que ya había llegado la hora de despedirse de su pequeño y antiguo Citroen.

– Me compraré un Citroen C3. Es lo que más se le parece – terminó diciendo ella.

Hidalgo había conocido al padre de Irene cuando éste vivía. El Saxo, en realidad, se trataba de una herencia, así que ya era un coche que ya todos habían visto varias veces en el taller.

– ¿Quieres que lo envíe al desguace? – se ofreció el mecánico.

Ella suspiró. Se apartó la melena de la cara con un gesto brusco y asintió con la cabeza.

Antes de irse acarició el coche, lo abrió y miró por última vez los asientos. Su tapicería siempre había sido suave. Salvo una esquina donde Irene, de pequeña, había derramado algo de zumo de limón, que por el motivo que fuera, su padre no había acertado a limpiar del todo.

– Adiós – musitó ella.

Se despidió del dueño con un apretón de manos y un nudo en la garganta. Después caminó rauda hacia su casa, que se encontraba tan solo a diez minutos del lugar.

Una vez en el ascensor, dejó escapar algunas lágrimas.

Se sentía algo estúpida por llorar así. Un coche es un coche, no una persona. No debería llorar por ello.

¡Pero aquella chatarra le traía tantos recuerdos!

Una vez en su piso, encendió su ordenador, dispuesta a escribir como mínimo una página. Ya se le había hecho tarde para ir a la clase de Ferreras, aunque en realidad, tampoco era algo que le hubiese apetecido mucho.

Álvaro le parecía demasiado estirado. Era lo suficientemente atractivo como para fijarse en él, pero no lo bastante como para perder el norte.

Y, aún así, conseguía estresarla.

Sentía cierto reparo al hablarle y mirarle, porque daba la sensación de que cualquier mujer que osara dirigirse a él sería catalogada, por él mismo, como una mujer fácil de llevarse a la cama.

“No se ha portado mal conmigo... No del todo”, pensaba Irene mientras tecleaba las primeras frases:

“Pero llorar no sirve de nada. Mi padre me ha dicho que debo alegrarme. <<Debes sonreír. Tu belleza se acentúa cuando pones algo de luz en tus ojos. Recuerda que, en el fondo, él ha pagado por tenerte y no has de defraudarle >>. Fue la primera vez que mi padre mintió.

Mi instinto me dice que él no quiso entregarme.

<<Ahora ya no tienes de qué preocuparte. No morirás de hambre. Tus hijos crecerán en un entorno cargado de lujos y riqueza. Tú vestirás como una dama. Te respetarán como a tal. >> Mintió de nuevo. Él sabía que mi existencia sería feliz aún llevando un saco de harina por vestido, siempre y cuando no me encerraran en una jaula con barrotes de oro.

¿También le habrían dicho eso a mi madre?

No. Mi madre amaba a mi padre. Además, tenían la misma edad.

Mi matrimonio es algo muy distinto. Yo cuento con dieciséis inviernos y mi, ahora, cónyuge, debe de estar sobrepasando los cincuenta. Me estremezco ante la idea

de compartir mis noches con él.

Lo vi por primera vez hará unos tres años. Su pesada armadura protegía su tronco y sus extremidades. Galopaba sobre un caballo azabache hacia el norte. Quince soldados lo escoltaban.

Lo que más me llamó la atención de aquella estampa fue su diminuta envergadura.

Se trata de un hombre minúsculo, que acompañado de su séquito se asemeja a una hormiga rodeada de sapos.

Ignoro la manera en la que supo de mi existencia. “

Irene se retorció en su asiento. La medicación dejaba de hacer efecto y el hombro comenzaba a doler de nuevo.

Se incorporó y fue a la cocina para tomarse un Nolotil.

En aquel instante la pantalla de su móvil se iluminó mostrando una ristra de mensajes que luchaban por hacerse visibles.

Su agente, Tina, convocaba una reunión para esa misma tarde con Álvaro y Jesús Ferreras con el objetivo de ofrecerle un contrato formal al egiptólogo.

– ¿Un contrato? – preguntó en el silencio de su minúscula cocina.

Álvaro se había puesto una de las camisas más caras que tenía, se había engominado el pelo más de lo normal y su afeitado parecía más certero.

Sus alumnas suspiraban extasiadas mientras les explicaba los métodos de trepanación egipcios. Era un tema muy excitante, sí, pero no tanto como para que las sensuales chicas de la primera fila tuvieran que exhibir sus balcones y canalillos justo ante él.

Además lo distraían.

Álvaro exponía el tema con seriedad. Irene no había acudido. No la había visto en ninguna de las filas de asientos.

Y eso que se había esmerado en buscarla con la mirada, aunque los escotes de la primera fila se lo hubieran puesto algo difícil.

Durante el primer cuarto de hora, Álvaro había supuesto que la escritora se retrasaría, lo cual le parecía incluso divertido. Así podría regañarla.

Pero nada.

No apareció.

Y, cinco minutos antes del final de la hora, Álvaro decidió terminar la clase y largarse a su despacho del edificio del rectorado.

Mientras caminaba por la calle, sacó su móvil y buscó el teléfono de Irene (su hermano se lo había apuntado el día anterior). Sin pensar previamente en lo que estaba haciendo, tecléo un mensaje para la escritora:

“¿Dónde estás? La clase ha terminado”.

Y después se dio cuenta de que aquello no venía al caso. De que ella lo vería como una especie de acosador.

Álvaro tuvo que recordarse a sí mismo que Irene no era una de sus alumnas, por lo que no tenía ninguna obligación de asistir.

¡Y ni siquiera sus alumnas estaban obligadas! Y aunque faltaran, él no las enviaría un mensaje.

Lo eliminó, como si nunca hubiese existido.

Después se introdujo en el edificio de ladrillos blancos del rectorado y subió por las escaleras hasta el departamento de egiptología. Allí abrió su despacho con cierta agresividad y se dejó caer sobre su silla.

Frunció el ceño.

– Esta mujer no se toma las cosas en serio – dijo entonces.

Le corroía que Irene no hubiese hecho acto de presencia en su aula. En su clase. En aquella clase. Porque aquella clase tal vez le hubiese servido para describir alguna escena macabra en su libro o simplemente para inspirarse. Escribir acerca de la realidad egipcia le parecía un reto magnífico para Irene. Pero, obviamente, si ella no estaba dispuesta a colaborar, no había nada que hacer.

– Sin comentarios... – susurró él algo desalentado –. Ya sé...

Álvaro se levantó de la silla y caminó hacia las estanterías que había al lado de la ventana. Allí guardaba algunos de sus libros favoritos: libros de texto, novelas históricas, atlas repletos de mapas antiguos...

Escogió un volumen acerca de la dinastía de los Tolomeos, los primeros faraones “grecoegipcios”, antecesores de Cleopatra, quien también pertenecía a dicha dinastía.

Entonces comenzó a vibrar su Iphone, sacudiendo su bolsillo.

– Buenas – contestó Álvaro.

Era su hermano, quien al otro lado del teléfono le estaba informando acerca de la reunión que Tina, la agente editorial, había convocado para aquella tarde.

Irene se bajó del taxi. Estaba un poco atontada por la última pastilla de analgésico que acababa de tomarse. Sin querer, pisó un charco con sus Converse grises y salpicó sus vaqueros.

Observó con fastidio como la tormenta se intensificaba con cada segundo que avanzaba la tarde.

Llegó al edificio de la agencia y llamó al portero automático. La puerta se abrió.

Irene suspiró antes de llamar al ascensor. Subiría al despacho de Tina, Álvaro firmaría su contrato y ella escribiría ese libro, con la ayuda de éste.

Sin embargo, no estaba convencida del todo de aquel asunto. ¿Realmente quería escribir?

Tal vez aquellos dos años habían sido divertidos e innovadores. Había triunfado, y había pulido su técnica como escritora. Había conocido muy buena gente y también había conocido las peores críticas que alguien podría dedicarle – y las mejores –.

Sí, había sido una bonita etapa en su vida.

Pero ya no encontraba motivación suficiente como para llevar a cabo un nuevo proyecto. Y no sabía por qué, siempre le había gustado escribir.

Y a pesar de que hubiese logrado redactar un par de páginas en los últimos dos días, no estaba para nada segura de que aquello fuese a convertirse en una novela.

¿Había fracasado como escritora?

¿Fracasaría si se decidiera a escribir sólo por el compromiso de hacerlo? ¿Crearía un libro vacío de sentimiento y de corazón? Sí, así solían resultar las cosas escritas por obligación: carentes de ese algo especial que atrapa al lector y lo conmueve.

Irene, por otro lado, tampoco se planteaba regresar a la medicina cuando salió del ascensor y saludó a la secretaria.

Al fondo del pasillo, la puerta del despacho de Tina estaba entreabierta.

Tina la observaba desde su silla de cuero, tras la mesa. Jesús sonreía con complicidad desde la puerta.

Irene sonrió también. No le costó adivinar que Álvaro se encontraba ya sentado, leyendo el contrato que debía firmar si quería trabajar con ella.

– Tienes que comprometerte a guardar silencio sobre el trabajo de Irene y sus ideas... Es importante – insistió Tina.

– Entiendo – decía él mientras proseguía con la lectura del documento.

Irene al fin llegó al despacho y cerró la puerta tras de sí. Se sentó al lado del egiptólogo, quien, fingiendo lo mejor que podía, había pretendido aparentar indiferencia absoluta ante la llegada de la escritora.

Irene se sorprendió a sí misma observando sus manos. Eran varoniles, fuertes y estaban bastante limpias – desde que comenzó sus prácticas clínicas en el hospital le obsesionaba que las manos, tanto las suyas como las ajenas, estuvieran siempre impecables –. Sin embargo, tocaba el papel con una delicadeza que a la escritora le pareció muy particular.

Hubo algo que, por razones desconocidas, le hizo sonreír a Irene: Álvaro Ferreras no llevaba ningún anillo dorado en la mano derecha, ni en la izquierda.

– ¿De qué te ríes? – la chinchó Jesús, quien se extrañaba de aquella misteriosa mueca.

Irene regresó a la realidad. ¿De verdad había pensado en si Ferreras tenía anillo o no? ¿Había estado en su casa! ¿Por supuesto que estaba soltero! Tal vez saliera con alguien. De todas maneras, aunque algunos hombres no lleven anillo no quiere decir que no estén casados. La escritora recordaba que en el hospital, los médicos que se dedicaban a las enfermedades infecciosas nunca llevaban el anillo puesto y estaban casados desde hacía muchos años.

No, Álvaro tenía pinta de estar soltero. ¿Pero acaso importaba aquello?

Ella se convenció a sí misma de que se trataba únicamente de un poco de curiosidad morbosa acerca del hombre con el que iba a trabajar en los próximos meses.

La escritora arrugó el entrecejo. Le dirigió una mirada conciliadora a Jesús, quien respondió guiñándole un ojo.

Ella sonrió.

Tal vez todo lo que necesitase para encauzar su vida de nuevo fuese encontrar a alguien con quien compartir buenos momentos.

“Hoy estoy muy filosófica... Y menstrual... Por qué la progesterona tendrá que bajar tanto...”, pensó ella con fastidio.

Álvaro seguía sin dirigirle la palabra. Ya había firmado y Tina estaba revisando que todo se encontrara en orden.

Irene, por supuesto, no iba a rebajarse a hablar antes que él. Por lo poco que le conocía, daba la sensación de tener un orgullo difícil de sobrellevar.

Inesperadamente él se giró hacia ella y dijo:

– Buenas tardes *pellera*. ¿Has estado jugando al mus en la cafetería esta mañana? – Álvaro esbozó una media sonrisa.

A Irene le había pillado por sorpresa aquel comentario. Rápidamente contraatacó.

– Tenía cosas que hacer – respondió.

– ¿Más importantes que tu trabajo? – preguntó Álvaro con tintes de indignación en su voz.

– No, más importantes que tú – se limitó a contestar Irene con dejadez, como restándole importancia.

No le gustaba que nadie le pidiera explicaciones de lo que hacía o dejaba de hacer. Si apenas se lo consentía a su madre, no iba a permitirselo a un perfecto cuasi-desconocido.

– Entonces deben de ser muy importantes – contraatacó él.

Irene sonrió de nuevo, con algo de picardía y le dijo:

– Extremadamente importantes.

Tina y Jesús se dirigieron una mirada sospechosa.

– Te he conseguido un libro para que empieces a documentarte – Álvaro abrió el maletín que había consigo y sacó el volumen que había escogido en su despacho.

Irene lo observó con marcado interés. Al cogerlo, sus manos rozaron con las del egiptólogo. Ella decidió no darle demasiada importancia a ese contacto.

Él se contempló el dedo índice durante un pequeño instante.

Irene abrió el libro y lo hojeó con cuidado. Le llamaron mucho la atención unas imágenes del faro de Alejandría, capital egipcia en la época de Cleopatra.

Entonces Álvaro puso su mano sobre el hombro de la escritora y le dijo:

– Es mejor que lo leas en casa y tomes apuntes. Si tienes dudas, tendrás que pedir cita previa para que pueda atenderte – dijo él con sobriedad.

Ella le observó.

A pesar de sus palabras distantes, la mano en su hombro lo delataba.

– Pareces un ministro, doctor Ferreras – comentó ella con sarcasmo.

Irene cerró el libro y se levantó.

Tina y ella se dieron dos besos para despedirse y Álvaro y Jesús comenzaron a caminar hacia el ascensor.

– Tina... – comenzó Irene –. No estoy en muy buenas condiciones para escribir... Tengo miedo de que la novela sea un fiasco.

Su agente sonrió.

– Tú sueles hacer las cosas bien... Y recuerda que tu editor se encargará de ayudarte y aconsejarte...Tienes todo el apoyo que necesitas – dijo su agente para infundirle a Irene confianza.

La escritora sonrió con algo de amargura.

Después caminó hasta el ascensor, donde Álvaro y Jesús se encontraban aún esperando.

Los tres descendieron juntos hasta la planta baja, sumidos en un incómodo silencio.

Su editor la rozó la cintura con suavidad para *ayudarla* a salir del portal. Un gesto que Álvaro Ferreras no pasó por alto.

La despedida fue breve, Irene no quería pasar más tiempo del necesario con el egiptólogo y su editor. Por alguna razón, se sentía incómoda en presencia de ambos al mismo tiempo. Álvaro parecía querer atacarla constantemente.

Y Jesús... Irene lo notaba extraño. Como más a la defensiva.

– ¿Vienes a tomar algo? – preguntó Jesús rápidamente al ver que la intención de ella era marcharse lo antes posible.

– No, gracias... Tengo que documentarme un poco... Y apuntar mis dudas ¿verdad señor Ferreras? – bromeó Irene con ambos hermanos.

Álvaro, pese a encontrarla algo desaliñada, con el pelo encrespado y las deportivas húmedas, sintió un escalofrío de satisfacción. Ella se leería el libro que *él* le había prestado.

Irene llegó al fin a casa, empapada por las lluvias que ya comenzaban a amenazar el buen clima de principios del mes octubre. Se quitó la cazadora de cuero y la dejó escurriendo en el tenderete de su terraza.

Como estaba demasiado cansada y el hombro le dolía demasiado como para esforzarse, decidió ducharse al día siguiente.

Se puso un pijama fino de algodón y le quitó la humedad a su cabello con un par de toques de secador.

Llegado el momento, se metió en su cama y abrió el libro que Álvaro le había dejado.

Era grande, voluminoso y muy pesado. No calculó bien y se hizo daño en el hombro, por lo que sin querer lo soltó y éste cayó al suelo.

A Irene le llamó la atención un papel que se había escapado de entre sus páginas.

Al principio creyó que se trataría de algún apunte que alguien había olvidado dentro.

Lláname al 677 889 950 si tienes dudas. Álvaro.

Irene enarcó ambas cejas.

– Creía que había que pedir cita previa – sonrió ella mientras guardaba el número en su móvil –. Sigue soñando Álvaro... No pienso llamarte.

Si tenía dudas, se las preguntaría en el aula de la facultad. Irene decidió que lo mejor sería limitar aquella relación al ámbito de lo profesional.

CAPÍTULO 7

– ¿Puedo hacerte una pregunta? – Álvaro interrumpió a su hermano, quien engullía un plato de macarrones con ansia.

Jesús había regresado del gimnasio veinte minutos antes. Se giró y observó a su hermano con una mirada inquisitiva, invitándole a preguntar.

– ¿Por qué Irene abandonó su carrera como médico? – dijo el egiptólogo.

Jesús meditó unos segundos antes de responder.

– Supongo que como había tenido éxito con los libros... Decidí dejar la medicina a un lado.

– ¿Supones o lo sabes? – inquirió Álvaro.

El editor se encogió de hombros y dijo:

– Nunca lo he hablado con ella. No me parecía importante.

Entonces Álvaro se echó a reír estrepitosamente. ¿Por qué Jesús, quien llevaba trabajando con Irene casi tres años, no sabía nada de aquel asunto?

Se sorprendió del poco interés que demostraba su hermano hacia los temas personales de la escritora.

– ¿No te parecía importante? Es una carrera muy dura como para abandonarla casi a punto de terminar.

– Irene nunca habla de sus cosas, supongo que no lo considera necesario... – respondió Jesús tratando de restarle importancia.

– Tú supones mucho – dijo Álvaro con una mueca de reprobación.

El editor frunció el entrecejo y miró a su hermano con curiosidad.

– ¿Y a qué viene ahora esto?

Fue Álvaro quien se encogió de hombros en aquel momento.

– Simple curiosidad. Me llama la atención que alguien abandone un trabajo tan difícil de conseguir.

Jesús terminó su plato de macarrones y lo introdujo en el lavavajillas. Después observó de reojo a su hermano, a quien ya conocía lo bastante bien como para saber que jamás había sentido curiosidad por nada que no le hubiese importado lo suficiente.

Aquel sábado Irene lo había dedicado a pensar acerca de la trama de la “novela egipcia”.

Ideas tenía y muchas. El romance sin duda sería uno de los temas centrales, pero también podría tratar de representar los problemas de la sociedad egipcia desde varios puntos de vista.

Algunas escenas de “Sinuhé el egipcio” acudieron a su mente unas cuantas veces a lo largo de la tarde.

Siempre le pareció curioso aquel hombre que se encontraba presente en todas las intervenciones quirúrgicas ya que solo con su presencia lograba detener las hemorragias.

Mika Waltari, el autor que trajo a Sinuhé a este mundo, era un genio.

Y ella, una escritora que temía no estar a la altura de su profesión.

Suspiró con frustración. Los romances prohibidos o imposibles estaban ya demasiado vistos. Las guerras también. Las injusticias y la tiranía de la edad antigua también estaban ya muy manidas.

Y Cleopatra... Sin comentarios.

Irene se rindió. Abrió el libro que Álvaro le había prestado el día anterior a la altura del sumario.

Buscó algo que tratara el tema de la sociedad de aquellos tiempos.

No tardó ni dos minutos en cerrarlo para abrir el portátil. Leer aquello sólo le recordaba lo poco inspirada que estaba. Lo que realmente le apetecía era continuar escribiendo la historia que había comenzado hacía un par de días.

Comenzó a teclear, dejó que su imaginación fluyera a través de sus dedos.

“Ignoro la manera en la que supo de mi existencia.

De mí, de la hija del barbero. Una campesina que todos los días madruga para realizar sus tareas, que pasa frío y hambre en invierno. Huérfana de madre y aficionada a la lectura de los pobres manuscritos que mi padre conserva bajo su camastro.

Ojerosa, huesuda y pálida. Bella, dicen. Pero desnutrida a fin de cuentas.

Siempre pensé que mi condición pobre me salvaría de esta clase de situaciones. Supuse que jamás llegaría a casarme. De hecho, vivíamos en una choza tan alejada de la aldea, que dudaba de que algún hombre supiese de mí.

Además, gran parte de mi vida he tenido la mala costumbre de considerarme independiente y fuerte. Siempre he aborrecido la idea de gastar mis días a la sombra de una matrimonio infeliz, de morir por un mal parto y de cocinar y limpiar para un marido.

Prefería cuidar a mi padre hasta que llegase su hora y después ocupar su cargo como barbera –aunque, por desgracia, no estuviese bien visto que una mujer desempeñara determinados quehaceres -.

Mi padre ejerce también de médico. No es que posea en su haber todos los conocimientos necesarios, ni mucho menos, pero es la persona a quien todos llaman cuando hay algún problema.

Es lo único parecido a un doctor que hay en este lugar en varios kilómetros a la redonda. Excepto en Tordaraine.

En Tordaraine sí hay médicos.

Tordaraine es la ciudad más cercana y se encuentra a tres semanas a galope. Casi dos meses a pie – con zancadas grandes -.”

Irene sonrió. No sabía de dónde había sacado el nombre de Tordaraine para denominar una de las ciudades de su trama.

Estaba muy satisfecha. Ya sabía cómo iba a continuar aquella historia.
Lo único que le desalentaba era que no estaba escribiendo la novela que le habían pedido que escribiera.

– Aún así se lo enviaré a Jesús, para que le eche un vistazo...

Comprimió el archivo y lo adjuntó en un correo. Escribió el email de su editor y pulsó “enviar”.

Después se recostó en su pequeño sofá y encendió la televisión.

Hacía tiempo que Irene no salía con sus amigas. Hablaba con ellas por teléfono y de vez en cuando recibía correos electrónicos... Pero apenas las veía personalmente.

Desde que había fallecido su padre, casi tres años y medio atrás, ella había ido aislándose del mundo poco a poco.

Comenzó por rechazar las salidas nocturnas y las compras. Después empezó a faltar al trabajo. Hasta que terminó dejándolo por completo.

Apenas le había dado tiempo a comenzar a especializarse cuando se encerró en su piso a escribir.

Al principio, escribir había funcionado. Escribir había logrado evadirla lo suficiente como para no tener que afrontar determinados hechos.

Sus amigas sabían lo que le ocurría y procuraban mantener el contacto con ella. Sin embargo, últimamente las llamadas habían disminuido.

Irene era consciente de que no había puesto nada de su parte – o casi nada – por corresponder a sus amistades, así que no las culpaba por alejarse de ella.

Su madre, la única persona a la que veía todas las semanas, solía regañarla.

– Aún eres muy joven como para perder la alegría de vivir, Irene – decía ella –. Tu padre hubiese querido verte feliz.

Irene no solía contestar a aquello. Si ella hubiese estado más atenta, su padre viviría.

Si ella hubiese sido lo suficientemente hábil, habría detectado a tiempo su enfermedad. Él lo tenía todo: había perdido diez kilos en los últimos meses, estaba cansado e inapetente. Y le dolía la espalda, por las múltiples metástasis óseas que atacaban a sus vértebras – esto Irene lo supo más tarde, cuando ya no había nada que hacer –.

Su padre siempre había fingido estar bien, pero su cuerpo mostraba todo lo contrario.

Irene debería haberlo previsto.

Pero no lo hizo.

“¿Qué clase de médico no se da cuenta de que su padre está enfermo?”, pensó ella.

Desde entonces no quiso ser médico nunca más.

Cambió de canal y Meredith Gray apareció en la pantalla interviniendo un aneurisma junto con el doctor Sheperd.

Cambió de canal nuevamente.

Entonces sonó el teléfono fijo.

– Sí – contestó ella.

– Hola Ire, soy Claudia.

– ¡Hola! – saludó Irene con mayor efusividad –. ¿Cómo estás?

– Yo bien, ¿y tú? Mira, he estado hablando con las chicas y creemos que necesitas salir de casa y despejarte. El lunes hay una sesión clínica muy interesante sobre ELA*. Le pregunté al jefe si podías venir y como él sabe que tienes un año de neurología, me dijo que no había ningún problema.

Irene sonrió melancólicamente.

– Verás es que... Estoy ocupada con un nuevo proyecto y... No creo que pueda.

– Vale, te espero a las ocho en la cafetería del Doce.

Y Claudia colgó.

Claudia sí que había terminado de especializarse. Trabajaba como neuróloga interina en el hospital Doce de abril. Sin embargo, ellas no se habían conocido en la especialidad, ya eran amigas desde primero de carrera.

Irene pensó que Claudia había sido muy hábil al no dejarla responder.

La escritora suspiró.

Tendría que volver a faltar a la clase de Álvaro.

Su portátil sonó con el aviso de un nuevo correo. Irene se levantó del sofá para sentarse frente al ordenador. Abrió la bandeja de entrada.

Jesús había respondido con su opinión acerca del texto que le había enviado.

Decía así:

“Hola Ire. Ya sabes que tu estilo de redacción me gusta, pero la temática de esta trama me parece muy extraña y poco vendible. Me recuerda a los libros de fantasía del estilo de Eragon o Narnia... Lo que te quiero decir es que te centres en lo tuyo y en lo que te han pedido que escribas. La fantasía déjasela a los demás. Un beso, Jesús”.

– ¿Cómo? – musitó ella con un nudo en la garganta –. No puede estar tan mal... A mí me gusta... Supongo que será porque lo he escrito yo...

Entonces Irene, con lágrimas en los ojos, cogió el archivo y lo envió a la papelera de reciclaje.

“El siguiente libro que escriba será el último...”, pensó ella con abatimiento.

Jesús había leído el texto de Irene. Y le había gustado, pero tenía que quitarle la idea de la cabeza a la escritora. Tenía que convencerla para que escribiera el libro que tenía que escribir.

Por eso le había tenido que decir que la fantasía no era lo suyo.

¿Qué ocurriría si llegara la fecha de presentar el libro y ella, en lugar de un increíble manuscrito ambientado en el antiguo Egipto, se presentaba con una novela fantástica de carácter medieval?

El editor se levantó del escritorio del despacho de su hermano para ir a ducharse. No se molestó en cerrar su email ni en apagar el ordenador. Ya lo haría Álvaro cuando lo viera.

Álvaro había salido con una mujer que le había presentado uno de sus compañeros del departamento de la universidad. Le habían preparado una especie de cita a ciegas. Aunque a Marta él ya la había conocido en una de las fiestas que organizaban sus amigos.

Ambos paseaban por el centro de la ciudad, buscando una cafetería en la que detenerse para charlar un rato. Marta se había puesto unos tacones altísimos, pero apenas sabía caminar con ellos. No era fea, pero tampoco guapa. A Álvaro no le terminaba de gustar la manera en la que se había pintado los ojos. Todo en ella le parecía demasiado artificial. Como si se tuviera que esforzar para captar la atención de los hombres. No le gustaba.

Era simpática y parecía buena persona... Pero no se acostaría con ella ni en un millón de años. Y tenía un cuerpo más o menos atractivo... Pero no. Ni siquiera servía para pasar un buen rato. Era la típica mujer que siempre quería más y más.

Marta parecía la clase de mujer que ansiaba controlarlo todo a su alrededor.

– ¡Mira ese bolso Álvaro! ¡Es ideal! – parlotaba ella frente a uno de los escaparates.

Álvaro, se había detenido en el escaparate anterior, que estaba repleto de libros.

Localizó uno de los libros de Irene Leblanc. Eran tomos gruesos y fascinantes. Las portadas le parecían elegantes y sobrias, muy dignas de representar lo que ocultaban dentro.

Se recreó en las letras que dibujaban el nombre de la escritora.

– Irene... – musitaba él.

Entonces Marta le agarró de una de las mangas de su cazadora de cuero negro y le dijo:

– Yo también he leído un libro de Irene Leblanc... Pero me parecen muy... No sé... Inconsistentes... En realidad a mí me gusta leer biografías.

¿Inconsistentes? Álvaro se giró hacia Marta y la miró con condescendencia. Ella sí que era inconsistente.

– ¿Y qué biografías lees tú? ¿De quién? – preguntó Álvaro temiéndose lo peor.

– Acabo de terminar con la biografía de Madonna.

El egiptólogo entornó los párpados. Llevaría a Marta a su casa y se despediría de ella, tal vez para siempre.

– ¿Sabes? Podríamos ir este verano tú y yo a alguna playa paradisíaca – dijo ella entonces –. Podríamos pasarlo bien... – y le acarició la espalda por encima de la cazadora.

Álvaro se estremeció de miedo. Sí, lo mejor sería que Marta cogiera un taxi hasta su casa.

Álvaro entró en su piso, agradecido porque aquella cita hubiese terminado.

No sabía en qué había estado pensando cuando aceptó a salir con ella. Tal vez en que llevaba demasiado tiempo sin tener una relación seria con nadie... O simplemente porque le apetecía pasar una noche con una mujer. Seguramente fue esto último en lo que pensó cuando accedió a quedar con Marta. En realidad a él no le gustaban las relaciones serias... Porque al final eran eso: serias y aburridas.

Dejó su cazadora en el perchero de la entrada y caminó hacia su despacho mientras se desabrochaba la camisa de rayas que llevaba puesta.

Farfulló algún insulto dirigido hacia su hermano cuando escuchó el rugido del ordenador y vio el monitor encendido. Álvaro pensaba que no era tan difícil apagarlo. Sólo consistía en darle a un botón...

Para Jesús tal vez fuese demasiado pedir.

Al mover el ratón, el salvapantallas desapareció dando paso a la bandeja de entrada de su hermano.

Estuvo a punto de cerrarlo antes de leer el nombre de Irene junto a la palabra “destinatario”.

No pudo evitar echarle un vistazo a aquel correo.

Sin darse cuenta, quedó atrapado en el texto que Irene le había enviado a Jesús. Tanto, que olvidó que se trataba de un simple fragmento y lamentó llegar al final.

– Vaya... – musitó Álvaro con fascinación –. Esto promete.

Sin embargo, Jesús le había respondido que la fantasía no era la suya.

El egiptólogo arrugó el entrecejo y miró fijamente la contestación que le había dado su hermano a la escritora.

Simplemente no se lo creía.

El texto era impecable y enganchara. Y siendo Irene, seguramente tendría en mente una buena manera de continuar con aquella historia.

De repente un nuevo correo saltó en la pantalla.

Irene Leblanc: Ya lo he borrado. Sólo ha sido un lapsus momentáneo.

Álvaro negó con la cabeza, incrédulo. ¿Quién se había creído su hermano que era para decirle lo que tenía que escribir o no a Irene?

Su Iphone vibró y lo distrajo del ordenador por un instante.
Leyó el mensaje.

Irene: "El lunes no iré a clase, me ha surgido algo. Podrías mandarme por mail las diapositivas que vas a utilizar, así no me perderé la clase del todo... Un saludo".

– Un saludo – repitió Álvaro rechinando los dientes –. ¡Un saludo! – exclamó irritado.

De repente sonrió. Aún quedaba un domingo por delante... Y él aún guardaba la dirección de la escritora en su GPS.
Desde luego que le llevaría las diapositivas... Se las llevaría hasta su propia casa.

CAPÍTULO 8

Aquella mañana, las horas discurrían con aburrimiento en la urgencia del hospital... Muchos tobillos torcidos y alguna que otra crisis hipertensiva. Irene ya había repartido unas cuantas nitroglicerinas sublinguales para bajarle la tensión a unos pocos ancianitos con insuficiencia cardíaca descompensada. Las enfermeras charlaban sobre el fin de semana y los médicos adjuntos revisaban analíticas. Entonces sonó la alarma y se encendió una luz azul intermitente. Una parada cardiorrespiratoria acababa de entrar por la puerta. Todos acudieron en masa hacia la camilla que se precipitaba por el pasillo hacia el box de reanimación. Uno de los médicos se encargó de pegar los electrodos del desfibrilador en el ápex y en el esternón del paciente.

- Se recomienda realizar descarga – dijo el aparato.
- ¡No le toquéis! ¡Todos alejados! – gritó el médico antes de pulsar el botón.

El paciente se sacudió en la camilla. Después un enfermero se apresuró a realizar el masaje cardíaco durante el minuto de asistolia que siguió a la descarga. Todos respiraron aliviados cuando el ritmo cardíaco regresó a la normalidad. El paciente al fin tenía un ritmo sinusal seguro y estable. Sus ventrículos ya no fibrilaban. Pero la alarma azul volvió a sonar. Una y otra vez. Nadie pareció darse cuenta. Sólo Irene miraba a ambos lados desorientada.

Sonó de nuevo. Entonces Irene se despertó y saltó de la cama. Su respiración estaba agitada y su corazón parecía estar a punto de salirse por su garganta. Sudaba frío.

No tardó en darse cuenta de que lo que en realidad sonaba era el portero automático. Alguien debía de estar tocando el timbre desde el portal. La escritora caminó hacia la puerta de su apartamento y descolgó el aparato.

- Sí.
- ¿Irene Leblanc? Le traigo una carta certificada – fingió Álvaro agravando su voz.

Ella, que aún estaba demasiado dormida como para recordar que los domingos no hay correo, le dijo:

- Pase.

Y pulsó el botón que abría la puerta.

A los tres minutos el supuesto cartero llamó al timbre de la puerta principal. Irene se cubrió con una bata polar, para no enseñarle al señor de turno su pijama de perritos rosas. Al abrir la puerta se llevó una gran y terrible sorpresa.

- Buenos días, ¿aún en la cama? – Álvaro Ferreras se adentró en el apartamento sin darle tiempo a Irene para reaccionar.

Irene se vio invadida de un momento a otro. ¿Cómo demonios había logrado Álvaro Ferreras colarse en su apartamento?

- ¡Sal ahora mismo de mi casa! – gritó ella fuera de sí.

Álvaro la miró con una pícaro sonrisa:

- He firmado un contrato en el cual me comprometo a ayudarte a escribir.
- Te comprometes a ayudarme sólo cuando yo te lo pida y no te lo he pedido, doctor Ferreras. Así que largo de aquí – contraatacó ella.

Álvaro no hizo ningún caso de las palabras de la escritora. Por el contrario, caminó hacia la mesa del comedor y depositó los dos libros que había traído y su propio ordenador portátil.

- Si no has desayunado, hazlo... Ya sabemos lo que ocurre cuando estás sin comer... Además necesitas fuerzas, nos espera un día de mucho trabajo.

Irene, boquiabierta y muy indignada avanzó hacia él, quien ya se había sentado en una de las sillas. Le agarró de una de las mangas de su camisa y tiró de él para levantarlo.

- Te vas ahora mismo – decía ella mientras hacía fuerza inútilmente.
- ¿Vas a desayunar o no? – preguntó Álvaro con tranquilidad –. Además hueles a sudor... Una ducha no te vendría mal.

Irene emitió un gruñido de impotencia mientras caminaba hacia la ducha.

- ¡Vete a la mierda! – gritó antes de cerrar el baño con un estrepitoso portazo.

Álvaro sabía que se había arriesgado mucho, sin embargo, estaba insultantemente feliz. Había sido divertido ver a Irene ojerosa y con el pelo alborotado. Lo mejor habían sido los perritos de su pantalón de pijama. A Álvaro se le ocurrió que, mientras ella se aseaba, él podría aprovechar para echarle un vistazo al dormitorio de la escritora. Sabía que estaba mal, pero no podía resistirlo. Era como si a un fan de Michael Jackson le ofrecían la oportunidad de conocer la casa del cantante.

Álvaro avanzó sigiloso por el pasillo, se tranquilizó al escuchar el agua de la ducha. Irene, con suerte, aún tardaría unos minutos en salir del baño. Al entrar en la habitación, el egiptólogo arrugó la nariz. Olía a tigre... O a tigresa. En un acto impulsivo, levantó la persiana y abrió la ventana. La luz del día reveló una cama desecha y una estantería repleta de libros gruesos y de ficheros cargados de, supuso Álvaro, apuntes de la carrera. Álvaro decidió pasar por alto el armario abierto lleno de cúmulos de ropa arrugada. Aquello desmentía el mito de que las mujeres son extremadamente ordenadas. En comparación, Álvaro era mucho más maniático del orden de lo que parecía serlo la escritora.

El egiptólogo fijó su vista sobre un enorme libro que destacaba entre todos los demás: el Harrison de medicina interna.

Por lo que había oído, aquel libro era una constante en la casa de todo médico. Era *el libro* que los recién licenciados en medicina utilizaban para prepararse el temido examen MIR.

Álvaro lo sujetó con ambos brazos y se sentó en la cama para poder apoyarlo sobre sus piernas. Era increíblemente pesado.

Al abrirlo, comprobó con gusto que Irene lo tenía lleno de pequeñas notas escritas a lápiz, y que varios párrafos del texto estaban subrayados hasta tres veces. Encontró incluso un folio doblado dentro del libro que describía un algoritmo de diagnóstico de cardiopatía isquémica.

Sin duda tuvo que haber estudiado mucho.

Un grito de sorpresa le hizo levantar la cabeza del libro. Irene había entrado desnuda a su habitación pensando que estaba sola.

Y ahora se escondía detrás de la puerta.

– No hace falta que te diga que salgas, ¿verdad? – siseó ella.

Álvaro se había quedado paralizado. Irene no se había dado cuenta de que por el reflejo del espejo de su armario, él podía ver la forma de ambos senos y la curva de su cintura.

El egiptólogo tragó saliva.

– ¡Ferrerías! ¡Sal de aquí! – gritó ella llegando al límite de su paciencia.

Álvaro reaccionó y abandonó la habitación rápidamente.

Irene estuvo tentada de llamar a Jesús para que viniera a echar a su hermano de su casa... Pero cuando vio el Harrison abierto se dio cuenta de que Álvaro no había entrado para verla desnuda a ella... Si no para curiosear entre sus cosas.

– Qué hombre tan extraño... – murmuró la escritora mientras leía la página en la Ferrerías había abierto el libro –. Como si las hemorragias digestivas fueran tan interesantes...

Mientras se ponía la ropa interior, Irene dejó escapar una pequeña sonrisa... Nadie antes había mostrado tanta curiosidad por ella. Ni siquiera su editor, que era la persona con la que más tiempo pasaba después de su madre.

Álvaro aguardaba nervioso en el salón. Era consciente del tremendo error que había cometido al entrar en el cuarto de Irene. Ahora ella estaría furiosa y Álvaro tendría suerte si no le expulsaba a patadas del apartamento.

La imagen del cuerpo desnudo de la escritora se coló en su mente de nuevo. Parecía tan delicada...

El egiptólogo se sobresaltó al escuchar el sonido de una puerta que se abría con brusquedad.

Respiró profundamente, dispuesto a asumir las consecuencias.

No obstante, Irene pasó de largo y se dirigió a la cocina, sin prestarle atención en ningún momento.

Al rato, regresó con dos tazas y una cafetera.

– ¿Te apetece? – preguntó ella con un tono conciliador.

Álvaro enarcó una ceja y la observó detenidamente. ¿Por qué no le gritaba?

¿Por qué él seguía allí, mirándola? ¿Por qué no le había denunciado ya por acosador?

– ¿Te apetece o no? – repitió ella.

– Sí, sí... – balbuceó él. Advirtió la forma del sujetador tras su camiseta blanca. Tragó saliva de nuevo.

Álvaro trató de reconducirse, no quería parecer un adolescente abochornado delante de ella. Carraspeó para aclararse la garganta y dijo:

– ¿Cuántas páginas llevas escritas ya?

Irene depositó la cafetera en el otro lado de la mesa, lejos de los ordenadores. No sabía cómo confesar que aún no tenía ni una mísera idea.

Así que no dijo nada. Se limitó a sentarse junto al egiptólogo y a hojear uno de los libros que él había traído.

– No has escrito nada – afirmó él tras interpretar el misterioso silencio de la escritora.

– ¿Vienes a regañarme o a ayudarme? – preguntó ella desafiante –. Yo ya conozco mis propios problemas.

Álvaro sabía que no iba por buen camino. Decidió salirse por la tangente.

– ¿Sabes? Cleopatra tuvo cuatro hijos: tres niños y una niña... La niña fue la única a la que no asesinaron.

Irene desvió su atención del libro al egiptólogo. Le observó de reojo, pero él captó el gesto. Sonrió al ver que había captado su atención.

– Continúa – dijo ella.

– Con Julio César tuvo un hijo... Lo llamaron César. Pero lo mataron por considerarlo una amenaza. Ten en cuenta que no dejaba de ser hijo de un emperador, y un posible heredero.

Irene cerró el libro y miró fijamente a Álvaro, atenta a sus palabras.

– ¿Y Cleopatra? ¿No pudo impedirlo?

– No veo cómo, ya estaba muerta.

La escritora entornó los ojos en una mueca de tristeza.

– ¿Y qué ocurrió con la niña? ¿Cómo se llamaba?

Álvaro, cada vez más contento al ver que Irene había entrado en su juego, le dio un sorbo a su taza de café.

– Te lo contaré si me dejas ver algo de lo que hayas escrito últimamente.

Irene volvió a abrir el libro que tenía entre manos. No estaba dispuesta a compartir su trabajo con Ferrerías.

Pero Álvaro, en lugar de esperar la respuesta, agarró su brazo hasta el portátil de la escritora y lo encendió.

– ¿Pero qué demonios haces? ¡Dame eso! – gritó ella con una nota de alarma en su voz.

Álvaro lo sostuvo en el aire y dijo:

– Aléjate o lo deajo caer.

Irene apretó los dientes y volvió a sentarse en la silla. Afortunadamente todo lo que había escrito estaba en la papelera de reciclaje, así que Álvaro tendría que rebuscar mucho para encontrarlo.

O eso creía ella.

Porque lo primero que hizo el egiptólogo fue abrir dicha papelera y rescatar el archivo de Tordaraine, el mismo que había enviado a Jesús el día anterior.

Álvaro lo leyó detenidamente. Y, a medida que él avanzaba, Irene comenzaba a enrojecer de vergüenza.

Odiaba mostrar su trabajo a desconocidos... E incluso a amigos.

Sólo Jesús tenía derecho a leer lo que ella escribía.

– No entiendo por qué lo has borrado... Te había quedado bastante bien – dijo entonces Álvaro.

Irene se sobresaltó al oír aquellas palabras. No era lo mismo que Jesús había opinado al respecto.

– No tenía ningún futuro – dijo ella con poca convicción –. No merecía la pena malgastar el tiempo con eso.

– ¿Sólo porque te lo ha dicho mi hermano? – preguntó él.

A ella le pareció apreciar una nota de enfado en la voz del doctor Ferreras. Y, además, ¿cómo sabía Álvaro lo que había hablado ella con su editor?

– ¿Te lo ha contado él? – dijo ella.

– No, lo leí en su correo electrónico... Siempre se lo deja abierto en mi ordenador...

Irene quiso desviar aquella conversación incómoda hacia otros derroteros.

– Ya lo has leído, ahora dime qué pasó con la hija de Cleopatra.

Álvaro se rió. Se trataba de una mujer impaciente.

– La casaron con un rey africano... Se llamaba Cleopatra Selene. Fue lo único que quedó de la gran *faraona* egipcia.

– Suena interesante – admitió Irene –. Tal vez pueda escribir un libro basándome en todo aquello...

– Puedes y lo harás – dijo él –. Sólo necesitas ideas.

Irene sonrió escéptica. Su mirada se fijó en uno de los cuadros que adornaban su reducido salón.

– Ideas... Cómo si fuera tan fácil – musitó con voz queda.

Álvaro se quedó pensativo unos instantes. Observó la casa de Irene con atención. Era oscura, estaba llena de libros y de mantas... No le costó adivinar que la escritora pasaba más tiempo del recomendable encerrada entre aquellas cuatro paredes.

– Cuando no escribes... ¿Qué haces? ¿Sales? ¿Vas al gimnasio?

Irene sacudió la cabeza. ¿A qué venía aquello ahora?

– No lo sé... Supongo que depende del día... – ella repasó mentalmente sus actividades diarias, hasta darse cuenta, con horror, de que llevaba ya unos meses cómodamente afincada en su sofá.

– ¿No haces nada? – terminó por decir el egiptólogo.

– ¿Y qué más te da? Es mi vida y hago lo que quiero con ella. Mi deber es escribir y mientras lo haga nadie tiene derecho a decirme lo que tengo que hacer. ¿Queda claro?

A lo que Álvaro respondió:

– Ahí está la cuestión: no tienes ideas porque no sales de tu casa. No haces nada, no ves a la gente. ¿De qué vas a escribir si te estás perdiendo la vida? Eso tiene que cambiar, Irene. Hoy mismo vamos a salir – dijo Álvaro, quien estaba disfrutando, de una manera muy extraña, de tomar las riendas del asunto.

Irene rápidamente cayó en la cuenta de que sería muy difícil limitar la relación con Álvaro Ferreras al plano profesional.

Él estaba decidido a ponérselo difícil.

Lo que ella no entendía era el porqué.

Álvaro se quedó a comer en casa de la escritora. Mientras dos pizzas precocinadas se terminaban de cocinar en el horno, el egiptólogo le estuvo explicando a Irene los diferentes puntos de vista que había acerca de la extraña muerte de Cleopatra, de quien se creía, se había suicidado... Mientras que otros expertos opinaban que en realidad había sido asesinada.

También le explicó que las últimas investigaciones acerca de la posible ubicación de la tumba de la faraona habían llevado a unos cuantos arqueólogos a rebuscar en un lugar que en la antigüedad se conocía como Taposiris Magna.

Sin embargo, no hubo éxito. La tumba de Cleopatra es otro de los grandes misterios hoy en día.

Irene le escuchó con atención. En realidad le gustaba todo lo que Álvaro le contaba, sin embargo, no sabía de qué manera encuadrar una novela romántica dentro de todo aquello.

Le parecía exasperante.

Además, la escritora advirtió que a medida que Álvaro hablaba, ella dejaba de prestar atención a sus palabras para centrarse en su camisa o en sus brazos.

Otras veces se fijaba en su cabello corto y engominado y otras... Otras miraba sus zapatos. Unos mocasines bien cuidados de color marrón oscuro.

Y entonces, cuando volvía a atender a la explicación, ya se había perdido la mitad de la historia.

Lo peor ocurría cuando le miraba a los ojos. Eran oscuros y absorbentes, con algún matiz verdoso. También conseguían distraerla de Cleopatra y sus revolcones.

– ¿Dónde me vas a llevar? – preguntó Irene cuando terminó de comerse la última porción de pizza.

Álvaro sonrió y dijo:

– Adivínalo.

Irene enarcó una ceja y dijo:

– De copas.

Álvaro echó a reír.

– ¿Tantas ganas tienes de ahogar tu falta de creatividad en alcohol?

– Eso ha sido un golpe bajo – le recriminó ella, ofendida.

– Está bien... Había pensado ir al museo arqueológico. Tienen muchas baratijas egipcias que podrían ayudarte.

Irene asintió con la cabeza.

– Me parece buena idea.

Álvaro entornó los párpados y por un pequeño instante, posó su mirada sobre los labios de la escritora.

Se había repetido a sí mismo varias veces no caer en según qué tentaciones y en, a ser posible, no ser demasiado obvio con ella.

Tuvo que mentalizarse de que sólo estaba allí para ayudarla y cumplir con su contrato. Él sabía que Irene necesitaba un buen empujón para volver a escribir. Lo sabía desde el día en que Irene, tras desmayarse y despertarse en el sillón de su piso, había reconocido llevar mucho tiempo bloqueada.

Desde aquel día, y por alguna razón que aún no atinaba a comprender, había aparecido en él el deseo de ayudarla y aquello había ido creciendo hasta convertirse casi en una necesidad.

De ahí que se hubiese enfadado tanto cuando Irene no apareció en su clase.

Él deseaba averiguar más cosas acerca de la vida de la escritora.

Álvaro se planteó si aquel sentimiento de pertenencia hacia Irene no había ido formándose a medida que había leído sus libros y había investigado sobre ella en Internet.

Después pensó que, en realidad, prefería no averiguar las razones que lo llevaban a comportarse así con ella sin apenas conocerla.

CAPÍTULO 9

En aquella sala, la número nueve, estaban expuestas las vasijas en las que, hace miles de años, habían reposado las vísceras de alguna de las momias del Antiguo Egipto.

Álvaro le estaba explicando a Irene el macabro procedimiento de momificación.

Y ella le había estado atendiendo hasta hacía unos diez minutos.

Y es que Irene, llevaba ya un buen rato con el ojo puesto en un señor de unos sesenta y pocos años que no hacía más que resoplar y sudar tras ellos.

La escritora vio que lo acompañaban dos niños, que debían de ser sus nietos.

– ¿Irene? – Álvaro se había dado cuenta de que ella estaba a otros asuntos –. ¿Qué estás mirando?

Él dirigió su mirada en la misma dirección. Sólo vio a un hombre mayor algo machacado por el paso de los años.

– Ese hombre no está bien – dijo ella.

Álvaro se encogió de hombros.

– Está mayor... Es normal. Ven, quiero enseñarte algo.

Irene sujetó al egiptólogo del brazo y le dijo:

– Espera... Tengo un mal presentimiento.

Álvaro sintió una pequeña corriente eléctrica fluir a través de aquel contacto.

Después aquel anciano se desplomó sobre el suelo amarmolado de la sala nueve.

Irene notó el torrente de adrenalina recorriendo su organismo mientras se abalanzaba sobre el cuerpo de aquel señor.

– ¡Apártense! – gritó ella en un tono sobrecogedoramente autoritario – ¡Oiga!

Le agarró de los hombros y lo sacudió ligeramente. Le gritó y le abrió los ojos con los dedos.

Pero nada, ningún movimiento... Nada. El anciano no respondía.

– ¡Álvaro! – dijo ella.

Sin esperar la respuesta del egiptólogo, ordenó:

– Llama a emergencias, dí dónde estás, quién eres y que tienes a un señor de unos setenta años inconsciente. Que traigan una ambulancia.

Acto seguido, Irene, con los dedos índice y corazón de la mano izquierda levantó la barbilla de aquel hombre y con la mano derecha le extendió la cabeza hacia atrás para despejar la tráquea.

La escritora se inclinó sobre la boca de aquel señor y puso su oreja justo encima, mientras con sus ojos, observaba el abdomen, para ver si ascendía o si tenía movimientos respiratorios.

No escuchó aliento alguno ni notó ningún aire cálido en su oído.

Entonces aquel anciano inspiró con un ruido agonizante y ensordecedor que hizo a Irene reaccionar de inmediato.

– ¡Y que traigan un desfibrilador! – gritó ella mientras arrancaba los botones de la camisa del anciano.

Una señora, también entrada en años, acababa de entrar en la sala. Irene no la vio porque estaba demasiado ocupada realizando las compresiones torácicas a un ritmo de cien por minuto, tal y como le habían enseñado en el último curso al que asistió de soporte vital básico.

La señora comenzó a gritar. Después corrió y se sentó junto al anciano para agarrarle la mano.

– ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? ¡Padre! – gritaba ella –. ¡Ayúdelo por favor! – le gritó a Irene entonces.

Ella procuró hacer oídos sordos. Necesitaba concentración y fuerza para hacer las cosas bien. Irene comprendía la angustia de aquella mujer y el llanto de los niños que había tras ellos (debían de ser los nietos), pero en aquel momento quien realmente necesitaba atención era la persona que estaba a puntito de tener un paro cardíaco si alguien no le daba un choque rápidamente.

– Irene – dijo Álvaro de pronto –. El guardia de seguridad me ha traído esto, por si quieres usarlo.

Ella elevó la mirada. Sus ojos se iluminaron al ver un pequeño estuche rojo.

– ¡Ábrelo! – gritó ella mientras continuaba con el masaje cardíaco.

– ¿Yo? – preguntó Álvaro asustado.

– ¡Sí! – gritó Irene exasperada.

Ya comenzaba a formarse un corrillo de gente alrededor del anciano, de Irene y de la hija y los nietos de aquel señor.

Álvaro deslizó la cremallera de aquel estuche y ante él apareció un aparato de plástico rojo, con un par de cables conectados a sendos electrodos.

– Ya está, ahora qué hago – dijo él.

Irene, sudando por el esfuerzo y el nerviosismo, respondió, aún sin dejar de comprimir el esternón del anciano:

– Los electrodos son pegatinas, llevan un dibujo... Una va debajo del pecho izquierdo y el otro creo que en pectoral derecho, tú mira los dibujos y pégalos tal y como te indican.

Álvaro observó a la escritora y, de no ser por la urgencia de la situación, se hubiese recreado en admirarla durante unos instantes.

Sin embargo, lo que se preguntaba en aquel momento era cómo diablos se las iba a apañar para colocar los electrodos en la piel desnuda de aquel anciano mientras Irene estaba presionando con ambas manos el esternón.

Resopló nervioso. Tendría que buscar la manera.

Como pudo, pasó uno de sus brazos bajo los de Irene y alcanzó a presionar el primer electrodo bajo la tetilla izquierda del anciano.

El otro electrodo pudo colocarlo sin problemas en la parte superior del pectoral derecho.

– Ahora enciéndelo – dijo ella, sin detenerse en ningún instante.

Álvaro obedeció. Entonces el aparato comenzó a hablar:

– Realizando lectura. No toque al paciente.

Por primera vez, Irene se detuvo y se separó del anciano.

– Por favor, apártese de su padre, podría interferir con el aparato.

La mujer, algo reticente soltó la mano del anciano y se apartó.

– ¡Que nadie lo toque! – gritó Irene para asegurarse de que ningún familiar o morbosos acabase electrocutado.

El desfibrilador automático volvió a hablar:

– Se recomienda realizar descarga.

Irene apretó el botón para que cargara la primera corriente eléctrica. Después el aparato sentenció:

– Dar descarga ahora.

Irene se aseguró de que absolutamente nadie tenía sus manos puestas sobre el anciano, y entonces apretó el botón.

El cuerpo de aquel hombre se sacudió en una convulsión generalizada.

Entonces Irene volvió a hacer las compresiones torácicas. Ella sabía que tras una descarga, el corazón se mantiene en asistolia, o lo que es lo mismo: sin latir, durante al menos un minuto y medio.

Justo en aquel instante, un equipo médico entró en la sala nueve. Tres hombres vestidos con trajes amarillos fosforitos, corrieron hacia ellos.

– Puedo relevarla si quiere – dijo uno de ellos, el más alto.

Irene agradeció la ayuda y dejó que aquel médico continuara el masaje cardíaco.

La escritora, mientras informó de la situación a los otros dos:

– Cayó inconsciente, comprobé si respiraba, no lo hacía, salvo algún estertor agónico y comencé la reanimación cardiopulmonar. Resulta que aquí tenían desfibrilador y lo utilizamos. Le acabo de dar una descarga.

– ¿Tiene usted formación? – preguntó uno de ellos.

Irene sonrió.

– Soy médico – se limitó a responder ella.

Como por arte de magia, el anciano comenzó a toser. Movi6 un brazo y después gritó de dolor.

Irene respiró aliviada.

– Muchas gracias. Lo ha hecho usted muy bien – dijo el más alto de ellos –. ¿En qué hospital trabaja?

Ella bajó la mirada:

– No ejerzo. Ahora me dedico a otras cosas – no iba a confesar que se dedicaba a escribir novelas románticas, no delante de otro médico.

– Pues parece que aprendió usted bien, no se le olvidó el protocolo – dijo él –. Soy el doctor Curcio. Encantado.

Irene le estrechó la mano. No pasó por alto lo atractivo que resultaba aquel hombre. Su cabello liso y claro se complementaba muy bien con sus ojos acuosos y transparentes, sus rasgos le recordaban a Irene a uno de los protagonistas de las novelas románticas de las Highlands.

Parecía tener unos treinta y algunos años... Pero ella sabía que muchos médicos envejecen prematuramente gracias al estrés y a la falta de sueño. Tal vez fuese más joven de lo que parecía.

El doctor Curcio y los otros dos médicos allí presentes lo subieron a una camilla.

– Nos lo llevamos... ¿Los familiares? – preguntaron ellos.

La señora que antes lo había llamado padre, se incorporó y se presentó como su hija. Los niños de allí, eran los nietos (los hijos de aquella señora).

El personal de emergencias informó a aquella mujer del hospital al que lo llevaban y tomaron sus datos.

El doctor Curcio se dirigió a Irene una última vez:

– Vamos al hospital del Norte, espero verla pronto doctora...

– Leblanc – dijo ella.

Ambos se sonrieron. Después la sala quedó vacía. A excepción de algunos curiosos que felicitaron a Irene y de Álvaro, quien aún se recuperaba de aquel episodio.

Unos acordes suaves y discretos se esparcían por el ambiente penumbroso y elegante de aquel local de la calle mayor. Habían abandonado la idea de visitar el museo después de aquel incidente. Fue Irene la que propuso ir a tomar algo para despejarse.

La escritora se estaba bebiendo a sorbitos una copa de Malibú y Álvaro observaba al chico que tocaba la guitarra sobre la tarima del lugar.

El egipólogo aún no se había atrevido a preguntarle a Irene por qué.

Por qué había abandonado su sueño de salvar vidas. O por lo menos, de ayudar a las personas a mantener su salud.

Él estaba seguro de que ella había sido muy buena en su trabajo. Acababa de demostrarle que era capaz de ser fría, decidida y coherente en un momento de máxima desesperación.

Sin duda, había actuado de una manera admirable.

Álvaro se giró sobre su taburete para observarla con discreción. Irene tenía los codos apoyados sobre la barra y removía su cubata con una pajita negra.

Se suponía que ella debería sentirse feliz, pero no. Cualquiera hubiese pensado, al verla desplomada sobre un vaso cargado de alcohol en una postura de abatimiento total sobre la barra del bar, que un hombre acababa de romperla el corazón en mil pedazos.

No, en realidad acababa de reanimar a un anciano a punto de caramelo.

– ¿Quieres que te lleve a casa? – propuso Álvaro ante el aplastante estado de ánimo de la escritora.

Ella se giró hacia él para dirigirle una irónica sonrisa.

– En realidad no quiero ir a ninguna parte.

Álvaro sonrió de repente. Había tenido una idea genial para conocer a Irene más a fondo.

– Entonces te propongo que juguemos a algo – dijo él.

Irene detuvo la pajita y la dejó vagar a sus anchas dentro del vaso. Observó a Álvaro con una pizca de desconfianza.

– Nada de striptease ni besos. Que ya tenemos una edad – se apresuró a decir ella.

– Vaya – contestó él divertido –. Entonces tendremos que jugar a otra cosa – bromeó Álvaro.

Irene dejó escapar una sonrisa genuina. A él le pareció que estaba radiante cuando sonreía.

– Juguemos a hacernos preguntas.

– ¿Sólo eso? – dijo ella.

– Sólo.

– ¿Y si no quiero responder? – preguntó Irene.

– Pues te haré otra. Así hasta que respondas.

Ella le miró a los ojos. Era consciente de que había bebido y de que, por tanto, jugar a preguntas y respuestas sería peligroso.

– Empiezas tú – dijo ella, no obstante.

Irene, por primera vez, reparó en lo mucho que comenzaba a atraerle aquel hombre tan pijo y estirado que decía saber tantas cosas sobre historia egipcia. Llevaba una camisa de rayas que resaltaba sus brazos grandes y definidos, quienes delataban las horas de gimnasio que Álvaro debía de invertir en ellos.

En la penumbra los ojos del profesor se habían vuelto casi vampíricos y lograban estremecer a Irene cada vez que la acariciaban sus pupilas. Tenía un sexy aire de depredador.

Era el alcohol, se decía a sí misma. Irene se repetía una y otra vez que el alcohol en sangre solía enaltecer y exagerar las cualidades físicas de los hombres de su alrededor.

– ¿Cuántos años tienes? – preguntó Álvaro pese a que él ya lo sabía. Quería empezar por algo sencillo.

– Acabo de cumplir veintinueve. Hoy.

Álvaro abrió mucho los ojos. ¡Día doce de octubre! Había pasado el día con ella sin saber que era su cumpleaños.

Lo más extraño es que Irene ni se había molestado en hacer una pequeña celebración. Tampoco había recibido muchas llamadas, al menos no mientras él estuvo presente.

– Felicidades – musitó él abochornado.

– No, no me felicites. No celebro mi cumpleaños desde que murió mi padre. Todos mis amigos lo saben... Por eso no me felicitan.

Ella dio otro pequeño sorbo a su copa. El alcohol, además de exagerar el físico de los hombres, solía hacer de menos los recuerdos dolorosos.

– ¿Y qué tiene que ver eso con que tu padre falleciera? – preguntó Álvaro.

– Hoy hace cuatro años que murió – respondió ella en un tono casi inaudible.

Álvaro lo entendió al instante. Decidió no hurgar más en la herida y cambiar de tema.

– Ahora te toca a ti preguntar – dijo él.

Irene se incorporó de la barra y se sentó recta en el taburete. Formuló su pregunta:

– ¿Sales con alguien?

Y bebió otro poco de su Malibú.

Sin duda todo aquello se debía al alcohol.

Álvaro estaba desconcertado con aquella pregunta. ¿Irene había pensado en salir con él?

– ¿Por qué me preguntas eso? – dijo él.

– Porque apestas a metrosexualidad y tenía curiosidad por saber si eres gay – dijo ella antes de darle otro sorbo a su copa. Maldito alcohol.

Álvaro gruñó por lo bajo. Estuvo tentado de proponerle a Irene una demostración sobre todo lo heterosexual que podía llegar a ser con ella. Pero recordó que la escritora llevaba ya tres copas y que probablemente sus palabras se estuviesen saltando el filtro previo a ser expuestas.

– No soy gay y no, no salgo con nadie.

– ¿Y por qué no sales con nadie? Eres guapo y tienes dinero. Muchas mujeres matarían por tenerte a sus pies – dijo ella.

Álvaro se sintió aún más descolocado. Él estaba seguro de que la escritora no tenía ninguna intención de acostarse con él. De hecho, él sabía, por su hermano, que

Irene no era una mujer muy dada a tener sexo con desconocidos...

A Jesús siempre le había intrigado el hecho de que Irene no buscara tener pareja. Eso le había dicho a su hermano.

– Supongo que busco algo especial, ¿y por qué tú no sales con nadie?

Irene entonces empezó a reírse a carcajadas.

– Podría decirte que los hombres sois todos unos sinvergüenzas... Pero te contaré la verdad: en realidad os espanto.

– Mentira, eres preciosa. Eres médico y escritora. Incluso si te esfuerzas, hasta puedes llegar a ser algo amena.

Irene se sintió ruborizar ante aquellas palabras. Un agradable cosquilleo recorrió su espalda. Sin darse cuenta puso una de sus manos sobre la rodilla de Álvaro, después la retiró rápidamente.

– No soy preciosa, me saco partido sólo cuando es necesario... Y bueno, lo de ser médico... Te sorprenderías al saber la cantidad de hombres a los que les intimida eso... – ella sonrió con tristeza.

Irene no iba a contarle Álvaro que su gran amor decidió abandonarla por otra mientras ella estaba estudiando para los exámenes finales de quinto de medicina.

“No me dedicas tiempo suficiente”, había dicho él.

Ella desde entonces tuvo una relación más que tampoco salió bien.

Al final decidió continuar con su vida y evitar a los hombres, de manera que ella misma se encargaba de espantarlos en cuanto se acercaban. O como mínimo, dejarles claro que no había nada que hacer.

Para colmo, cuando su padre falleció, se hundió tanto en su sofá, en sus novelas y en su propio agujero negro que dejó de conocer hombres, amigas, amigos y en general, personas.

– A mi no me intimida – se arriesgó a decir Álvaro.

Ella evitó mirarle en aquel instante. Mientras removía el mejunje de piña y alcohol le dijo:

– Te toca preguntar.

Álvaro la observó detenidamente. De pronto le pareció que su escritora preferida, de quien había pensado que sería fuerte y que tendría una vida feliz, parecía ahora frágil y deshecha.

De pronto, sintió un fuerte deseo de besarla. Pero tuvo que controlarse. Ella no era si no presa de los efectos del alcohol.

– ¿Por qué dejaste la medicina? – aquella era la pregunta que Álvaro había estado esperando a hacer durante todo el día. Por alguna razón aquel le había parecido el momento más adecuado.

– No voy a responder a eso – dijo ella tras unos instantes de silencio.

– Es que no lo entiendo. Hoy... Hoy has estado alucinante... Se nota que has nacido para ello.

– He dicho que no voy a responder – sentenció ella con un tono muy parecido al que había utilizado aquella mañana con el desfibrilador.

– ¿Quieres bailar? – dijo Álvaro de repente.

Una canción lenta había animado a muchas parejas a salir a la pista de baile para abrazarse y dejarse llevar por el ritmo de la música.

Irene suspiró. Desde luego le pareció mejor idea que continuar con aquella conversación tan extraña.

– De acuerdo.

Álvaro le cogió la mano para llevarla hasta un lugar algo más oscuro y con algo más de espacio para bailar.

Él dudó al abrazarla por la cintura. Sin embargo, ella le rodeó el cuello con sus brazos y recostó su cabeza sobre su pecho.

Irene olía bien. Álvaro enredó sus dedos en el cabello de ella y descubrió con placer lo suave que era.

La escritora notó aquel gesto, pero decidió no hacer nada, más allá de derramar una pequeña lágrima que pasó desapercibida para el egiptólogo.

Maldito alcohol, de nuevo.

Ella, sin buscarlo, recorrió la espalda de Álvaro con uno de sus dedos.

Era ancha y recta. A Irene le gustaba. Entonces recordó que él había estampado su BMW contra su pequeño Citroen.

– Arruinaste la chapa de mi coche – dijo ella de repente.

Álvaro sonrió. No sabía a qué venía aquella frase justo mientras ella le acariciaba.

El profesor estaba haciendo terribles esfuerzos por controlarse. Quería mantener una actitud lo más profesional posible.

No, pensó él. Esto ya no es profesional. Los profesionales no bailan abrazados.

Y hecha aquella reflexión, se inclinó sobre la escritora, la separó de su pecho con cuidado y se abalanzó sobre sus labios.

Irene se encontró de un momento a otro sintió la lengua de Álvaro dentro de su boca, buscando la suya.

Ella se estremeció al notar una de las manos del profesor recorriendo uno de sus muslos.

La escritora decidió intensificar el beso y morder suavemente el labio inferior del egiptólogo, quien, sintiéndose morir por aquellas sensaciones, introdujo uno de sus brazos por debajo de la blusa de Irene hasta llegar a su pecho.

Ella sintió la calidez de las yemas de los dedos de Álvaro bajo su ropa interior. Una intensa sensación desbocada de calor ascendió por el vientre de la escritora, asustándola y excitándola a partes iguales.

– Espera – dijo ella de pronto –. Aquí hay demasiada gente.

Álvaro entonces besó el cuello de Irene casi en un gesto agresivo y la apretó contra él.

Ella gimió, pero el sonido de la música camufló su grito.

Entonces Irene comenzó a perder fuerza y a tambalearse.

Álvaro la notó desfallecer en sus brazos y pensó: “maldito alcohol”.

CAPÍTULO 10

Las sienes de Irene estallarían de un momento a otro, ella estaba segura. Tenía sed. Tenía frío.

Le dolían las piernas. Y ese ruido...

Se refugió bajo el edredón y tapó su cabeza con la almohada con la intención de continuar durmiendo.

– Menos mal – susurró ella cuando el despertador se detuvo.

Sin embargo, se sobresaltó al sentir una mano que le acariciaba el hombro con suavidad.

Entonces la mano presionó con más fuerza sobre uno de los brazos de Irene.

La escritora recordó de golpe cómo la lengua de Álvaro se había colado en su boca la noche anterior. Le pareció volver a sentir las manos del egiptólogo alrededor de su cintura.

Y después, nada.

Abrió los ojos y se incorporó.

La habitación estaba oscura pero podía sentir la presencia de Álvaro junto a ella, pero fuera de la cama.

Irene respiró de alivio. Si él no estaba en la cama con ella, existía al menos la posibilidad de que no hubieran tenido sexo.

– ¿Tienes que ir a algún sitio? Te habías puesto la alarma a las siete... Y son las siete y media – dijo él camuflado en la penumbra.

Ella se apresuró a encender la lamparita de su mesilla.

Un nuevo suspiro de alivio se escapó de sus labios. Álvaro estaba completamente vestido, con su camisa y sus pantalones vaqueros... Ojeroso y algo pálido.

- ¿Has dormido aquí? – preguntó ella, rezando para sus adentros por que no hubiese ocurrido aquello que tenía toda la pinta de haber ocurrido.

Él esbozó una sonrisa cansada.

– En el sofá... Te desmayaste... Habías bebido mucho... Te traje a casa y me ocupé de vigilarte. Ahora tengo que irme – dijo él.

Álvaro había decidido omitir la parte del beso. Aquella parte. Él en el fondo tenía la esperanza de que Irene no recordara nada de aquello.

El egiptólogo no quería que Irene pensara que él era un oportunista. ¿Qué iba a opinar acerca de un hombre que se aprovecha de una mujer emocionalmente destrozada y con grandes dosis de alcohol en sangre? Además, él sólo se dejó llevar por un impulso... En ningún momento buscó la ocasión... Jamás planeó que aquello ocurriera.

No, lo mejor era mentir.

No había pasado nada.

– ¿Pasó algo... Ayer? – preguntó Irene en voz baja.

Él negó con la cabeza.

– Sólo te desmayaste... Me contaste lo de tu padre... Y te empezaste a marear... ¿No recuerdas nada más? – preguntó Álvaro esperanzado.

Ella torció el gesto, descolocada. Claro que recordaba el beso. El beso, su lengua, sus manos y la temperatura... Lo recordaba todo.

¿Por qué él no se lo había dicho?

Tal vez lo considerase un error.

Entonces, algo herida en el orgullo, Irene también mintió:

– No recuerdo nada más...

Intercambiaron una incómoda mirada, tan intensa que ambos les resultó punzante.

– Tengo que ir al hospital – recordó Irene en voz alta.

La conferencia sobre la esclerosis lateral amiotrófica le parecía tan atractiva a la escritora como la posibilidad de estudiarse un texto relativo al estreñimiento crónico. Sin embargo, si no aparecía allí, su amiga Claudia terminaría por dejar de serlo.

Álvaro frunció el entrecejo.

– ¿Quieres que te acerque? – se ofreció él.

Al profesor también le quemaban aún los labios. La sentía cerca de él. Había recorrido la piel de su espalda y de su vientre con sus dedos la noche anterior.

Sabía que iba a ser un recuerdo difícil de olvidar.

Irene meditó un instante si era buena idea continuar cerca de Álvaro durante más tiempo.

Sin embargo, cuando vio que el reloj marcaba las siete y cuarenta y cinco, se dio cuenta de que necesitaba que él la llevase.

En media hora tenía que estar en el salón de actos del hospital en el que trabajaba su amiga. Hospital que se encontraba a cuarto de hora en coche y a tres cuartos de hora en transporte público.

Sólo por esta vez, pensó Irene.

– Está bien. Voy a vestirme... – permaneció pensativa durante un instante –. Hay magdalenas en la cocina... Por si quieres comer algo mientras me arreglo...

Álvaro salió de la habitación rápidamente. Caminó ágil hasta la cocina y buscó con su mirada algo que poder llevarse a la boca.

Había pasado la noche en vela, tumbado en el sofá, mirando el techo.

A ratos se había levantado para comprobar que Irene descansaba tranquila... Y que respiraba.

Le resultó gracioso la facilidad que tenía la escritora para desmayarse a las primeras de cambio. Todavía más gracioso le parecía que siempre le tocara a él rescatarla de sus frecuentes pérdidas de conciencia.

Era algo así como su salvador.

Álvaro sonrió ante aquella idea. Después se llevó una magdalena a la boca.

Mientras masticaba, posó sus ojos en la lavadora, que estaba casi a punto de estallar.

Unos calcetines de escapaban del tambor y la manga de un jersey parecía tener pocos intereses en mantenerse en su sitio.

Se atragantó al distinguir lo que parecía ser un pequeño tanga rosáceo de encaje.

Álvaro empezó a toser. Rápidamente se sirvió un vaso de agua y se lo bebió del tirón.

Decidió no volver a mirar en aquella dirección.

Irene, como por arte de magia, apareció transformada en la cocina. El maquillaje había logrado disimular sus ojeras, un colirio le había retirado el rojo de sus ojos y la sombra oscura sobre sus párpados resaltaba su mirada oscura.

Los tacones de aguja y los pantalones negros ajustados parecían muy apropiados para un acontecimiento profesional.

– Ya estoy – dijo ella mientras metía su BlackBerry en un pequeño bolso, también negro.

Álvaro procuró centrarse en encontrar las llaves del BMW en el bolsillo de su arrugado pantalón. La ropa interior de Irene en la lavadora, y los tacones de aguja resonando sobre el suelo lo distraían de una manera considerable.

Salieron del piso y bajaron, sumidos en un silencio tenso, hasta la planta baja.

Álvaro había tenido suerte al aparcar la noche anterior, su coche les esperaba justo delante del portal.

El egipólogo apretó el botón superior de la pequeña llave y acto seguido se iluminaron fugazmente las cuatro luces de emergencia del vehículo.

Irene abrió la puerta del copiloto e hizo equilibrios con sus elevados tacones para sentarse sin caer sobre el freno de mano. Mientras Álvaro se quitaba la chaqueta, ella comprobó con alivio que llevaba una pastilla de Ibuprofeno 600 mg dentro del bolsillo interior de su pequeño *clutch*.

En breves instantes lo necesitaría con urgencia.

El olor de Álvaro inundó el coche cuando éste se subió. Irene lo percibió como un olor, que si bien tenía tintes de alcohol y tabaco, no dejaba de notarse un ligero aroma a colonia de hombre.

La escritora sacudió la cabeza. Después le observó por el rabillo del ojo. Sus movimientos eran decididos pero a la vez pausados.

Irene pensó que Álvaro sería un buen protagonista masculino de una de sus novelas.

Guapo, moderadamente adinerado, algo desgarbado y misterioso. Y, por supuesto, incomprensible y desquiciante.

– ¿Por qué vas al hospital? – preguntó Álvaro antes de frenar en un semáforo –. ¿Tienes que hacerte alguna prueba?

Ella guardó silencio durante unos segundos. No comprendía a qué venía tanto interés. Se sentía desorientada.

Primero él la besaba, después negaba haberlo hecho (es más, ni lo mencionaba) y luego le preguntaba en un tono que denotaba bastante interés, sobre su estado de salud.

Irene en ocasiones tenía sus serias dudas acerca de si los hombres padecían, también, de alguna especie de ciclo menstrual hasta el momento desconocido.

– No, estoy bien... Gracias – añadió ella tratando de parecer profesional.

Álvaro giró en una glorieta y tomó la tercera salida. De frente y girando en la primera calle a la derecha, encontraría el aparcamiento del hospital.

Él sabía que la situación aquella mañana había sido incómoda para ambos, por eso no quiso culpar a Irene por mostrar aquella actitud tan fría y distante. A pesar de que le hubiese molestado. Y no poco.

Se ordenó a sí mismo dejar de tener una curiosidad, lo que él consideraba más que excesiva, por las circunstancias que rodeaban la vida de Irene.

Lo mejor sería poner distancia y unos cuantos libros de historia en entre ambos.

Trabajo y punto.

Se acabaron las excursiones a los museos, las copas, los besos con lengua y los amaneceres cargados de silencios. Y también se acabaron los desmayos.

Irene musitó un pequeño y lejano “gracias” antes de bajarse del coche para caminar hacia la puerta principal de la clínica sin mirar atrás.

Álvaro observó la esbelta figura de la escritora mientras aquella se alejaba caminando. Entonces supo, muy a su pesar, que tendría que llamar a alguna de las mujeres de su lista de contactos que le reclamaban a gritos (véase, a mensajitos) una segunda y apasionada cita – apasionada para ellas, claro –.

– Idiota – se dijo a sí mismo antes de poner de nuevo el coche en marcha.

Irene vio a lo lejos una figura pequeña ataviada con una bata blanca, de cabello rubio recogido en un discreto moño, y con fonendoscopio naranja fosforito alrededor del cuello.

Le hizo un gesto con la mano a su amiga Claudia, a quién se le iluminaron los ojos momentáneamente.

Ambas se sonrieron ilusionadas por verse de nuevo después de tantos meses.

Claro que Irene no solía poner mucho de su parte para propiciar dichos reencuentros.

– ¡Al fin has salido de tu cueva! – bromeó Claudia mientras abrazaba a su amiga.

Irene sonrió, comprendiendo a la perfección aquellas palabras.

– He tenido una época algo ermitaña – comentó la escritora.

La doctora Claudia Giardin enarcó una ceja. Después cogió a Irene del brazo y la guió por un pasillo sólo permitido al personal sanitario, hasta llegar a una salita, donde había un par de batas blancas colgadas de un perchero.

– Coge una – dijo Claudia –. Aún quedan un par de minutos antes de que empiece la charla.

– ¿Y exactamente qué aspectos de la ELA van a comentar? – preguntó Irene mientras se abrochaba.

– Algo sobre el diagnóstico y esas cosas... Se supone que han salido nuevas evidencias que afirman que no hay diferencias significativas entre hacer una resonancia y no hacerla cuando tienes una elevada sospecha de enfermedad... Esas cosas... – decía Claudia mientras abría la puerta de la salita.

Mientras ambas caminaban en dirección a la sala de conferencias, Irene recapitaba acerca de todo lo que sabía sobre la ELA.

Recordaba las fasciculaciones, la degeneración de las dos neuronas motoras, la parálisis respiratoria... Y sobre todo, lo difícil que era hacer un correcto diagnóstico

diferencial.

Desde luego, la charla sería interesante si lograba arrojar algo de luz sobre aquella cuestión.

Irene se sorprendió a sí misma excitada ante aquella premisa.

Entraron en la sala. Un montón de batas blancas se hallaban escuchando atentamente entre el público.

Irene y Claudia procuraron sentarse rápidamente en una de las filas del final.

La escritora notó sobre ella la mirada de uno de los conferenciantes que estaban sentados en la gran mesa que había sobre el escenario. De repente se sintió algo avergonzada por haber entrado un par de minutos tarde.

En aquel momento estaba hablando un médico de tez pálida y cabello cano que exhibía un cierto halo de experiencia y sabiduría.

A Irene le gustó escucharle.

Después le cedió la palabra a otro más joven – quien había observado a Irene con reprobación al entrar –.

La escritora observó el modo de hablar que tenía aquel hombre. Era serio y cortante. Tenía una leve, pero certera, arruga transversal en su entrecejo. Sus ojos eran cristalinos, de un azul tan claro que le hacían parecer de hielo.

Pero era objetivamente guapo. Su cabello negro y los puntitos de la barba, que se marcaba por ser tan oscura, le aportaban mucho carácter a sus gestos.

Entonces aquel hombre fijó su mirada glacial sobre ella y la mantuvo así durante al menos veinte segundos.

Segundos durante los cuales a Irene le costó respirar.

– ¿Quién es ese? – le preguntó a Claudia en un susurro.

Claudia resopló e hizo un gesto de desprecio. Irene elevó ambas cejas de manera interrogante.

– ¿Y bien? – insistió la escritora.

– El doctor César Echegaray... – después Claudia añadió rebosando ironía –: El gran doctor Echegaray.

Irene sonrió divertida.

– ¿Y eso qué quiere decir?

– Que se cree que es el único neurólogo que existe en el mundo... Pero por desgracia tiene sus méritos... Así que es difícil, si no imposible, bajarle los humos.

– Ah – susurró Irene.

El doctor Echegaray volvió a fijar su mirada sobre ella de nuevo.

Irene, esta vez, no fue capaz de mantenerse firme.

La conferencia como tal se acabó convirtiendo en una especie de guerra personal entre la escritora y el neurólogo. De manera que Irene se las vio y deseó para lograr enterarse de algo acerca del diagnóstico de la ELA.

Ella se mantuvo alerta durante las dos horas que se extendió la charla. Sabía que en cualquier momento, César Echegaray volvería a posar sus iris helados sobre la mirada cálida de ella.

Aquel médico tenía una forma de mirar muy intensa.

Irene se preguntó si no se debería al extraño y exótico color de sus ojos.

Finalmente aquella tortura terminó.

Todos los allí presentes empezaron a realizar comentarios entre ellos y los conferenciantes se estrecharon la mano en un gesto de deportividad.

Irene conocía aquellas miradas marcadas por la ambición de ser el mejor, de llegar más lejos que el resto. Se recordó a sí misma que aquel fue uno de los motivos por los cuales decidió retirarse de aquel mundillo.

Porque detrás de los pacientes y de las terapias se escondía el oscuro y competitivo mundo de la investigación, de las publicaciones y de las zancadillas entre “compañeros”.

Claudia le dio un pequeño toque en el brazo a su amiga y ambas se deslizaron hacia la salida.

Una vez fuera de la sala de conferencias, Irene respiró profundamente.

El doctor Echegaray había logrado impresionarla.

Ambas amigas se dirigieron hacia la máquina de café más cercana. Y, mientras Irene le comentaba a Claudia lo mal que lo había pasado últimamente al no ser capaz de tener ideas nuevas, alguien apareció tras ellas.

– Buenos días doctora Giardin – dijo una voz grave a sus espaldas.

Irene se giró sobresaltada. Entonces se encontró con el gélido azul del doctor César Echegaray.

Se quedó tan absorta que no percibió el gesto de fastidio que realizó su amiga cuando se vio obligada a saludar.

– Buenos días – espetó ella antes de darle un sorbo a su café.

– Eres el buen humor personificado – ironizó él –. Soy el doctor Echegaray.

Y entonces le estrechó la mano Irene y le dedicó una enigmática y seductora sonrisa.

Irene se limitó a responder:

– Hola.

Claudia contuvo una pequeña risita. Su amiga no estaba pasando por una de las etapas más elocuentes de su vida.

– No te he visto por aquí... ¿Eres nueva? – preguntó el neurólogo de los ojos vítreos.

Irene tuvo que procesar con lentitud aquellas palabras.

- No... Estoy de visita solamente – dijo ella.
- ¿También eres neuróloga? – insistió él.

Claudia frunció el entrecejo. El doctor César Echegaray era un experto en humillar a profanos de la materia neurológica y no quería que su amiga, dadas sus circunstancias personales, tuviese que aguantar aquello.

- Es escritora, y tiene mucho éxito. Ha venido a documentarse – cortó Claudia –. Si nos disculpas, nos estamos poniendo al día.

César sonrió con autosuficiencia y rozó sutilmente la mano de Irene antes de marcharse.

- Menos mal que te conozco, si no pensaría que eres una amargada – bromeó Irene.
- Te he salvado el pellejo, ese hombre es un lobo disfrazado con piel de cordero...

Fueron a la cafetería para charlar un rato. Después Claudia subió a continuar con su jornada e Irene se dispuso a abandonar el hospital para intentar escribir el primer capítulo de aquel dichoso libro egipcio.

Fue cuando atravesó el portón de cristal de la clínica cuando encontró al doctor Echegaray fumando un cigarrillo al aire libre.

Ella procuró hacerse la sueca, ignorar su presencia y fingir que no le había visto.

- Pero si es la escritora – dijo él entre risas.

Ella farfulló para sus adentros. No tenía fuerzas ni ganas para enfrentarse a aquellos ojos tan extraños ni a aquel carácter tan soberbio.

- Que pase un buen día – dijo ella tratando de parecer amable.

Intentó continuar, pero él se adelantó y se puso frente a ella.

- Disculpa si antes he sido demasiado directo... Es que como nunca te había visto por aquí... Simplemente tenía curiosidad.

Irene le observó con desconfianza. Después esbozó una sonrisa de compromiso y dijo:

- Ha sido solo una visita, no creo que vuelvas a verme por aquí.
- ¿Qué escribes? – terció él.

Ella no quiso hablar de la literatura romántica. Sabía que aquel era un tema por el que muchos de sus compañeros en la carrera se habían mofado de ella – hasta que empezó a ganar dinero y fama, claro –.

El caso es que no quiso hablarlo con el doctor Echegaray.

– Verás... Yo terminé la carrera de medicina, y empecé la residencia de neurología... Pero mis libros empezaron a tener éxito y decidí plantearme mi vida de otra manera. Es todo.

César Echegaray miró los labios de Irene. Después regresó a sus ojos.

- ¿Escribes divulgación? – preguntó él.

Ella sonrió.

- Algo así – mintió la escritora.

– ¿Sabes? Tengo abierto un estudio de casos de pacientes con patología similar al Alzheimer... A lo mejor te interesaría escribir sobre ello. O bueno, si quieres unirme a la investigación...

– Suena interesante – dijo Irene intentando avanzar hacia la parada del autobús. Estaba a tan solo unos veinte metros de allí, pero César Echegaray no parecía dispuesto a dejarla ir tan fácilmente.

- Podemos cenar esta noche, y así te lo comento más en detalle.

Irene se puso a la defensiva rápidamente. César lo percibió.

- Lo siento, no pretendía ser tan... En fin, olvídale. Supongo que una mujer como tú ya debe de tener planes.

Irene recordó fugazmente el beso de Álvaro, sus manos, y la mentira que él había decidido introducir entre ambos.

Entonces la escritora cometió un grave error:

- Está bien.

CAPÍTULO 11

Irene lanzó una camiseta negra contra la cama. Y luego otra.

Lo hacía con agresividad.

Ella quería suponer que la razón de su enfado era que no tuviese nada que ponerse para ir a cenar con el doctor César Echegaray.

Sin embargo, a ratos recordaba las manos de Álvaro acariciando su cintura bajo su blusa, y entonces se enfadaba más y lanzaba aún con más fuerza la ropa contra el edredón azul que cubría el colchón.

– Y encima mentiroso... – susurró ella al tiempo que descolgaba un vestido negro de una percha.

Lo repasó con la mirada. Era ajustado, no demasiado corto y tenía un escote en palabra de honor elegante y sugerente al mismo tiempo.

Ella sonrió con picardía. Quería verse sexy, quería comprobar, mirándose al espejo, lo equivocado que había estado Álvaro al mentir aquella mañana.

¿Qué tenía ella de malo como para no haber reconocido que se habían besado? ¿Tanto le asustaba?

Se enfundó en aquella tela oscura y se calzó unos Stiletto negros y elevados.

Decidió hacerse unas atractivas ondas en su melena larga repleta de reflejos marrón chocolate. Después maquilló sus ojos en tonos marrones y negros, resaltando sus iris castaños y brillantes.

Suspiró al darse cuenta de que tal vez el doctor Echegaray pensara que la escritora se había arreglado demasiado. Dando entender, así, que tenía interés en algo más que en una mera conversación acerca de la demencia senil.

Irene se encogió de hombros. Si necesitaba un beso del atractivo doctor de los ojos azules para deshacerse de los constantes recuerdos de Álvaro Ferreras recorriendo su cuerpo, que así fuera.

Sonó el portero automático. Irene caminó con decisión, clavando los tacones en la alfombra.

– Sí – contestó ella.

– Soy César. ¿Te espero abajo? – preguntó con una voz muy varonil.

– De acuerdo. Dame un minuto – y colgó.

Irene se miró una vez más en el espejo del recibidor. Satisfecha (y algo asustada) cogió su clutch y salió de su piso. Cerró la puerta con llave mientras esperaba al ascensor.

Se ordenó a sí misma no volver a pensar en Álvaro Ferreras en lo que restaba de noche.

Y a ser posible, también en lo que le restaba de vida.

– Vaya – dijo el doctor Echegaray cuando vio las piernas descubiertas de Irene.

– Buenas noches – dijo ella fingiendo una sonrisa.

La escritora admiró momentáneamente el Porsche 911 del neurólogo. Pero la admiración duró poco. Irene se preguntó cuántas horas de trabajo en alguna clínica o consulta privada habría tenido que dedicar César Echegaray para reunir aquella cantidad de dinero.

Irene también contempló la posibilidad de que Echegaray, en lugar de nadar en dinero, se encontrase nadando en deudas.

Ella, por experiencia propia y ajena, sabía que la neurología en España no era uno de los trabajos mejor pagados del mundo.

Se guardó sus reflexiones para ella y simplemente dijo:

– Es muy bonito, además este color oscuro le favorece.

César sonrió, complacido.

Ambos se subieron al coche. Irene tuvo la sensación de encontrarse fuera de lugar.

Observó que César vestía de traje y corbata. Llevaba un reloj bastante caro y el pelo, bastante corto, tenía algo de gomina.

Sin embargo, sus ojos azules seguían impresionando a Irene. Le resultaban muy imponentes.

– He reservado una mesa en un restaurante que inauguran hoy. Habrá mucha gente, pero no tendremos ningún problema gracias a la reserva ¿te parece bien?

– Estupendo – respondió Irene al instante.

Irene estaba nerviosa. No sabía qué decir, qué hacer, ni de qué hablar. Sentía como si el doctor Echegaray estuviera en otra esfera diferente a la suya. Como si no encajaran.

En realidad, ella no sabía por qué demonios estaba allí con él.

“Maldito orgullo”, pensó ella. Si no se hubiera sentido tan rechazada cuando Álvaro le dijo que no había ocurrido nada entre ellos, Irene no habría aceptado a las primeras de cambio el salir con César Echegaray.

– ¿Y qué libros has publicado? – terció entonces el neurólogo.

Ella iba a comenzar a hablar cuando él cambió de tema:

– Allí hay un sitio, hemos tenido suerte. ¿No te quejarás, verdad? Vamos a aparcar a la primera.

Irene enarcó una ceja, se suponía que debía contestar a aquella pregunta, pero no.

La escritora fue consciente de que, para ella, el atractivo de aquel hombre expiraba por momentos. Su “éxito” andaba cerca.

Cuando el doctor logró aparcar el pequeño Porsche, le dedicó a Irene una mirada de ojos cristalinos aderezada con una sugerente sonrisa.

Ella se sobrecogió. Aquella mirada la estremecía. Era rematadamente guapo.

Suspiró con disimulo y después se bajó del coche. De camino al restaurante, y haciendo sonar sus elevados tacones sobre los adoquines grises de la acera, en aquella calle bien iluminada y repleta de tiendas del centro de la ciudad, Irene se sobresaltó al sentir el contacto de la mano de César sobre la suya propia.

Ella apartó la mano instintivamente, dando a entender al neurólogo que iba demasiado deprisa.

– ¿Te gusta la comida italiana? – preguntó él para romper aquel silencio.

Irene sonrió.

– Prefiero la china... Pero la pizza me gusta.

César hizo una mueca de asco.

– Pero si los rollitos de primavera son asquerosos...

– Y los espaguetis no saben a nada – contraatacó Irene.

El doctor Echegaray sabía que no estaba llevando aquella conversación a buen puerto. Le dio un giro de ciento ochenta grados.

– Háblame de tus libros – le sugirió él.

Irene inspiró. No debía hablar de novelas románticas o sería rápidamente objeto de burlas fáciles.

Bien, la novela histórica es en teoría más respetable, pensó ella.

– Son históricas... Me gusta la Edad Media... Ya sabes: la peste, la quema de brujas... Esas cosas que dan para tanta literatura... – Irene pensó que debía de desviar aquel tema hacia otro menos peligroso –. ¿Y tus investigaciones?

César Echegaray sonrió con cierto aire de suficiencia.

– Ahora mismo no tengo nada interesante entre manos. Lo último lo publiqué hace un par de meses.

– ¿Y de qué trataba? – le animó a continuar Irene.

Él la observó con fijeza. Tuvo que recordar que pese a sus labios rojos y a sus piernas esbeltas, era una mujer cultivada que entendía lo suficiente de medicina como para poder hablar con ella de sus últimos hallazgos.

Y aquello le parecía muy atractivo.

– Era un estudio acerca de la probabilidad de metastatizar en la corteza cerebral de distintos tumores primarios... En función de su localización, los genes implicados, su acceso a la diseminación hematógena... Utilizamos el historial de casi tres mil pacientes que nos cedieron amablemente de varios hospitales para completar el estudio.

– Vaya, es espectacular, es una muestra muy grande... Seguramente tus datos serán de los más válidos que existan hoy por hoy en esa materia – comentó ella, visiblemente impresionada por aquella cifra de pacientes tan elevada.

César observó los labios de ella. Sabía que su cumplido era cierto y que no lo decía sólo para adorarle e inflarle el ego. Quiso poseerla.

Él era así, quería las cosas y las quería en el momento.

Pero tendría que esperar. Irene no iba a dejarse tan fácilmente.

Llegaron al restaurante. Y, como había comentado antes César Echegaray, estaba abarrotado de gente.

Él agarró de la mano a Irene, quien no tuvo opción de rechazar aquel contacto, y tiró de ella hacia el interior de aquel tumulto. Un par de minutos después consiguieron llamar la atención de un camarero que les atendió con la mayor celeridad posible.

La escritora agradeció sentarse al fin en una de las mesas más alejadas del local. Sus pies lo agradecieron aún más.

– ¿Qué desean? – otro camarero, de menor estatura y con más pelo, se acercó para tomarles nota.

César ojeó la carta y le pidió una botella de vino. Irene asintió, conforme.

– Luego regreso para que me indiquen el primer plato – dijo mientras apuntaba en su libreta.

La escritora le observó.

A Irene le gustaba analizar a las personas con las que se cruzaba. Le fascinaba observar la ropa y preguntarse por qué llevaban un jersey roto o una falda manchada. También miraba el cabello: corto, largo, rubio, pajizo o brillante. Y hacía cálculas sobre por qué a la mujer que tenía delante le podía gustar más el tinte rubio que su moreno natural.

Esta práctica la había llevado a cabo sobre todo durante sus años de carrera de medicina. Lo solía hacer en el tren, porque podía observar a mucha gente y pensar.

Después escribía relatos acerca de alguno de ellos o les escogía como personajes secundarios para la novela que tuviese entre manos.

Le parecía divertido.

Justo en aquel instante la escritora observaba la falda ajustada roja que llevaba una mujer que esperaba en pie a que alguien la atendiera.

Sus tacones bajos y sus medias de rejilla le hicieron pensar a Irene que tal vez tuviese la intención de provocar estragos en algún posible acompañante.

La escritora desvió su mirada hacia los pantalones grises del hombre que la acompañaba.

Estaban algo arrugados, señal de que probablemente, viviese solo o de que su madre se negase a planchar su ropa. Continuó ascendiendo hasta llegar a un cinturón negro. Parecía recién estrenado, por el brillo.

Continuó subiendo. Una camisa gris de botones largos cubría lo que parecían ser unos hombros anchos y varoniles.

Desde luego, aquella mujer rubia tenía buenos motivos para querer sorprender a su cita.

Continuó subiendo. La barba. No tenía mucha, pero estaba claro que por la razón que fuese, aquel hombre había decidido no afeitarse en un par de días.

Subió más. Y se encontró de frente con unos ojos verde oscuro demasiado familiares.

– Joder – musitó Irene.

Rápidamente, ella desvió su mirada hacia el plato. Suplicó para sus adentros que Álvaro no tuviese intención de acercarse, y ni mucho menos, de saludar.

Afortunadamente, César se encontraba absorto leyendo la carta y no se había percatado de los extraños gestos de Irene.

Ella respiraba con dificultad, estaba segura de que él la había reconocido. ¡Cómo no iba a reconocerla! Se habían mirado a los ojos, fijamente, durante tres segundos.

Tres segundos bastan para reconocer a una persona a la que has besado apasionadamente y después acariciado con intenciones.

– Vaya, qué casualidad – dijo una voz masculina al lado de ellos.

Irene dejó caer sus párpados para mentalizarse, también durante tres segundos, de la complicada noche que le esperaba.

Después giró su cabeza hacia arriba y se encontró con la mirada acusadora de un alto y atractivo profesor de historia.

¡Hasta en la sopa!, pensó ella indignada.

– Oh – Irene se hizo la sorprendida –. Álvaro, qué sorpresa.

La escritora se levantó y le dio dos cordiales besos – como si fueran amigos de toda la vida –. Después saludó con una sonrisa muy falsa a su acompañante (la mujer

de la falda roja y las medias de rejilla, quien de repente se le antojó con un pésimo gusto para vestirse y muchas ganas de calentar braguetas ajenas).

César desvió su atención de la carta por primera vez.

– Buenas noches – dijo él mientras se ponía en pie para estrecharle la mano a Álvaro.

– Soy Marta – dijo la chica de la falda roja para presentarse con César.

Marta el zorrón, pensó Irene. La escritora sacudió la cabeza. Álvaro tenía derecho a salir con otras mujeres al igual que ella tenía derecho a salir con otros hombres.

¿Pero tiene que ser con... Ésta pánfila?, pensó Irene justo después.

– Soy un colaborador de Irene... Ya sabes, la asesoro en sus proyectos. Soy doctor en historia antigua – se apresuró a explicar Álvaro.

Irene se había quedado muda. Existía la mala suerte, sí. Pero ella no recordaba haber derramado un frasco de sal, haber pasado por debajo de una escalera, haber roto un espejo o incluso haber abierto un paraguas dentro de casa.

No, estaba cien por cien segura de que no había cometido ninguna de tales imprudencias.

¿Entonces qué maldito pecado he cometido? ¿Acaso fui un dictador tirano en otra vida?, pensaba ella.

– ¿Por qué no pedimos una mesa para los cuatro? – propuso César Echegaray con una gran sonrisa.

La escritora abrió mucho los ojos y apretó los dientes con fuerza. Notó como se contrajeron los músculos de sus piernas en un intento por salir corriendo.

Pero no se movió.

En su lugar dijo, lo más angelicalmente que pudo:

– Por supuesto.

Álvaro la observaba con interés. También él se había sorprendido al ver allí a Irene. Y tampoco le había gustado ver que estaba acompañada de un hombre que, físicamente, le sacaba dos cabezas.

Se preguntó si no hubiese sido mejor haberla besado aquella mañana y confesar la verdad después.

Álvaro miró de soslayo a Marta y se avergonzó, por enésima vez aquella noche, del atuendo que ésta llevaba.

Al lado de Irene le parecía insulsa y artificial. Digna de ponerse en una esquina.

No, Álvaro se reprendió por pensar así.

Marta era una buena chica.

Era buena... Era cariñosa (tal vez demasiado) y muy habladora (también demasiado).

En realidad no tenía idea de qué hacía allí con ella, más allá de tratar de alejar a la escritora de su mente.

– Estaría genial – dijo Marta.

Al egipólogo le resultó imposible negarse. Irene le observaba con cara de susto.

Él vio complacido, como la escritora también repasaba a Marta con la mirada. La fulminaba, más bien.

César le pidió amablemente a un camarero que les buscara una mesa para cuatro personas. Para no complicarse, éste decidió juntar la mesa más cercana a la de la escritora y el médico.

Pusieron dos sillas más y Álvaro se sentó al lado de Irene. Mientras que Marta lo hizo al del doctor Echegaray.

Se hizo el silencio.

Un torrente de miradas se dispararon entre los cuatro comensales. Irene no se atrevía a mirar a Álvaro directamente, mientras que éste diseccionaba con detalle al acompañante de la escritora.

Marta, sin embargo, en lugar de mirar a Irene, sonreía tímidamente ante el doctor, quien, algo ajeno a la verdadera situación, había vuelto a quedarse absorto en la carta de vino.

– ¿Qué celebráis? – preguntó entonces Álvaro Ferreras.

César levantó la mirada y contestó:

– Que nos hemos conocido.

– Oh – dijo Marta aparentemente conmovida –. Qué romántico. Álvaro, nosotros no lo celebramos así en su momento.

Irene contuvo una náusea. Después contuvo sus ganas de arrancarle el pelo a mechones a la chica de la falda roja.

Álvaro contestó, algo molesto:

– No había nada que celebrar.

Irene enarcó una ceja, tampoco se trataba de ser desagradable.

– ¿No? ¿De verdad? Bueno, es lógico, para ti cuando las cosas ocurren es como si nunca hubiesen ocurrido... – dijo la escritora mientras doblaba la servilleta de papel en varios sectores.

– ¿Qué quieres decir con eso? – preguntó Álvaro de repente.

El egipólogo por un momento había pensado que aquel comentario se debía al beso nocturno que, bajo el consenso de ambos de mantenerlo en secreto, nunca había sucedido.

No, no se refiere a eso, pensó Álvaro en un intento por tranquilizarse.

Entonces Marta dijo:

– Álvaro me ha dicho que le gustan mucho tus libros, Irene. Debe de ser fantástico estar rodeada constantemente por tus admiradores.

Por primera vez desde que se habían sentado juntos, Irene miró directamente a Álvaro.

– Y será verdad... – musitó ella con una media sonrisa.

Álvaro agrió el gesto de su cara y le dedicó una mirada gélida a su acompañante.

– Es una exageración. Además, mi género preferido no es precisamente la novela romántica – apuntó él.

César entonces levantó la cabeza de nuevo, pero esta vez para mirar a Irene.

– ¿No me habías dicho antes que escribías novela histórica?

Irene sintió que le hervía la sangre. Había estado toda la noche intentando evitar hablar de ello.

- Son históricas de núcleo romántico. Pero son históricas – dijo ella, tratando de sonar profesional.

Álvaro rió, triunfal.

- De hecho yo soy profesor de historia, por eso le ayudo.

César continuó haciendo sangre del tema:

- Pero, ¿escribes escenas al estilo de Cincuenta sombras de Grey?

Al instante Irene gritó:

- ¡Por supuesto que no!

La escritora comenzó a enrojecer por la vergüenza. No quería hablar de sexo ni con Álvaro ni con Echegaray, y ni mucho menos, con la mujer aneuronal de las medias de rejilla.

- A mí me gusta el sexo de Grey y Ana Steel... Me parece excitante el bondage – dijo entonces Marta.

Irene sintió que los objetos giraban a su alrededor. Se acercaba otro de sus habituales desmayos, pero aquella vez bien justificado.

Álvaro dijo:

- Yo jamás pegaría a una mujer en la cama... Ni por el placer mío ni por el de ella... Me gustan las cosas más románticas.

Tras decir eso, Irene sintió una mano – la de Álvaro – rozando sutilmente su muslo derecho. Un subidón de adrenalina se descargó de sus cápsulas suprarrenales para agravar su mareo y acelerar su corazón.

Entraré en taquicardia ventricular y tendrán que desfibrilarme, pensó ella llevándose una mano a la frente.

Y, cuando César dijo:

- A mí me gustan las mujeres abiertas a experimentar con el sexo.

Irene se levantó y dijo:

- Voy al baño.

Y, de camino al servicio, murmuró para sí misma:

- Y con suerte, no volveré.

Irene tenía hasta ganas de desmayarse para así poder dar la excusa perfecta para marcharse a casa.

La zona de piel de su muslo que había sido rozada por los dedos de Álvaro hacía unos instantes aún quemaba.

Y, ¿qué demonios quería decir César con lo de experimentar con el sexo?

“Tendrás suerte si llegas al sexo, entendido como coito vaginal y punto”, pensó ella con indignación.

Entró al baño, con tan mala suerte que había un niño de unos tres años tratando de liberarse de su opresión intestinal a grito pelado:

- ¡Mamá! ¡Ya sale!

- Muy bien, cielo, recuerda que te tienes que limpiar bien – dijo su madre cariñosamente desde el otro lado de la puerta.

El olor espantó a Irene de aquel baño. La escritora decidió meterse en el servicio de minusválidos para aclararse la cara y el cuello con agua fría, y de paso, para continuar mentalizándose de lo que quedaba de noche.

Respiró profundamente y abrió la puerta para salir.

Se chocó con Álvaro.

- Sólo venía a ver si estabas bien – dijo él observándola fijamente con sus iris verdesos.

Ella se perdió en su mirada. Después reaccionó y dijo:

- Estoy estupendamente, sólo ha sido un pequeño vahído, aquí hace mucho calor.

Álvaro la rodeó la cintura con sus manos y dijo:

- Si te encuentras mal podemos irnos. Sé que la situación es incómoda.

Aquel contacto sí que resultaba calurosamente incómodo.

Irene agarró a Álvaro de las muñecas para intentar retirar sus manos de su espalda.

- Esto no está bien... – murmuró ella confundida.

Él se acercó a sus labios.

- ¿Por qué sales con ese idiota? – preguntó Álvaro muy cerca de su oído.

Entonces la madre con su hijo de tres años salieron del baño, obligándoles a apartarse el uno del otro.

Irene cerró los ojos un par de segundos para reencontrarse consigo misma y tomar decisiones rápidas.

- Volvamos – dijo ella.

Estaba nerviosa, con una extraña sensación de querer ser besada por el hombre equivocado y a punto del desmayo por exceso de contacto con Álvaro Ferreras.

¿Por qué la torturaba de aquella forma?

Afortunadamente, no se volvió a hablar de sexo durante el resto de la cena.

Se comentaron temas políticos, de educación, de sanidad, de salarios, de pensiones y otras cosas que son lo suficientemente profundas como para hacer parecer intelectuales a los integrantes de la conversación, pero lo suficientemente superficiales como para no tener que comentar detalles de la vida de ninguno de ellos.

Por suerte, y como todo en esta vida, la cena llegó a su fin.

Irene suspiró con alivio cuando salieron del restaurante.

Álvaro ya no había vuelto a rozarla durante el tiempo que estuvieron sentados juntos, aunque en ocasiones, ella había mirado las manos del egiptólogo con ciertos deseos de que lo hiciera.

Él, por otro lado, había sido especialmente atento con ella. Le sirvió el vino todas las veces que fue necesario y también el agua que habían pedido para contrarrestar el alcohol.

Irene había procurado no mirarle a los ojos demasiado, pues tenía miedo de que la intensidad de sus pupilas delatara aquellos sentimientos que parecían acabar de empezar a revolverse dentro de ella.

Salieron del restaurante y el aire frío les golpeó en la cara. Marta se abrochó su cazadora de cuero e Irene se puso su fina chaqueta de encaje.

Álvaro, sin pensar bien sus palabras le dijo a la escritora.

– ¿Te acerco a casa?

César le dirigió una mirada aplastante y Marta enarcó una ceja.

– Es a mí a quien tienes que llevar – dijo con ella con un tono particularmente deficiente.

Como esos tonos repipis, chillones y aparentemente moderados que usan los empollones para hacerle preguntas al profesor en clase.

Álvaro resopló. Tendría que esperar al día siguiente para hablar con la escritora.

Irene acarició el brazo de César, para tranquilizarle:

– Ya es por costumbre, siempre me acerco a casa después de estar trabajando.

Álvaro observó el gesto de Irene y después apretó uno de sus puños inconscientemente.

No, no quería meter a Marta en su coche una vez más. Así que sacó su teléfono del bolsillo interior de su chaqueta de traje y fingió que leía un SMS.

– Mi madre está ingresada. En urgencias. Lo siento Marta, me encantaría acercarte, pero me es imposible. Me voy. Que paséis una buena noche.

Le dio un beso a Irene en la mejilla y del resto se despidió con un pequeño aspaviento con su mano.

Marta arrugó el entrecejo y el doctor Echegaray respiró profundamente, cual león que va a cazar una cebra.

Irene deseó con todas sus fuerzas que acabara aquella terrible noche.

Finalmente, Marta se vio obligada a coger un taxi ya que en el Porsche 911 del neurólogo sólo cabían dos personas, y César tenía sus prioridades.

Cuando finalmente, llegaron al portal de la escritora. El doctor Echegaray le propuso una cosa:

– Tengo entradas para ver mañana una exposición de arte moderno... Podrías acompañarme.

Irene enarcó ambas cejas.

No iba a decirle al médico sexy de ojos azules que ella odiaba el arte moderno y que en general, cualquier tipo de arte le solía resbalar bastante. A excepción de la música o la fotografía (lo cual no estaba segura de si se podía considerar arte como tal).

– Yo... Tengo cosas que hacer... Estoy ocupada con las clases de historia y tengo que escribir.

César sonrió.

– Eres una mujer solicitada... ¿Y a qué hora son las clases?

– Creo que a las ocho, en la facultad – musitó ella.

– La exposición es a las diez, creo que si te recojo en la universidad entre las nueve y las nueve y media nos dará tiempo.

– Eh... – Irene se sintió aturdida y aplastada por aquella actitud tan imponente.

– De acuerdo.

Y de repente, el neurólogo soberbio y guapo de los ojos azules se abalanzó sobre los labios de Irene y la besó.

Ella trató de cortar aquel beso lo más rápido posible.

Lo sintió frío y artificial. Definitivamente, no era lo que ella quería.

Y no, no le había ayudado a olvidarse de Álvaro.

Aquella noche, el nombre de Álvaro se paseó más de la cuenta entre sus pensamientos.

Álvaro aparcó su BMW con tanta brusquedad que raspó todo el lateral izquierdo del coche con una de las columnas.

Le pegó un puñetazo al volante y gritó:

– ¡Joder!

Después respiró profundamente y se bajó del coche.

Estaba perdiendo el control.

CAPÍTULO 12

Las huelgas de estudiantes son, cuanto menos, sorprendentes, más que nada porque su sueldo no existe, así que, ¿quién queda perjudicado porque los estudiantes falten a clase además de ellos mismos?, se preguntaba Álvaro mientras caminaba bajo la lluvia en dirección al aula.

Aún más sorprendente era, sin embargo, que existiesen profesores que acudieran a sus clases para explicarle el temario a las paredes (dado que los alumnos al estar en huelga, han decidido no aparecer por allí).

Álvaro era uno de esos profesores.

No quería perder un día entero de sueldo por negarse a ir a trabajar. Bastante cara estaba ya la vida como para desperdiciar unos pocos cientos de euros.

Se adentró en aquel edificio desierto y caminó hacia su clase. Abrió la puerta y se adentró en la estancia con paso decidido.

– Buenos días – le dijo al único estudiante que se hallaba sentado en aquella inmensa aula –. Gracias por venir.

Aquel chico de piel oscura y cabello negro tenía unos cascos de color pistacho puestos sobre sus orejas y a tal volumen, que desde unos tres metros de distancia, Álvaro podía escuchar el reggaeton que emanaba de ellos.

De repente, aquel alumno se percató de que tenía compañía.

– Yo no vengo a clase, vengo a estudiar porque la biblioteca está hasta arriba de gente –. Dijo él.

Álvaro enarcó ambas cejas, no obstante, decidió encender el ordenador y proseguir adelante.

Además, aún faltaba alguien importante por llegar... Alguien que, con suerte, no estaría en huelga aquella mañana.

Si es que anoche no ocurrió nada de lo que deba arrepentirse.. Otra vez... Pensó él con preocupación.

Sin embargo, dos minutos más tarde, una mujer con botas de agua y pelo chorreante, con aspecto de acabar de pasar bajo la ducha, irrumpió en el aula y masculló un agrio “buenos días”.

– Llegas tarde – dijo Álvaro mientras encendía el cañón.

En cuestión de segundos las diapositivas aparecieron en el telón blanco que había frente a la pizarra.

Irene no respondió.

Álvaro Ferreras dijo, con un matiz de irritación en su voz:

– Hoy toca hablar de la estructura familiar.

Irene tomó asiento cerca de aquel chico de los cascos verdes. Se quitó su cazadora de cuero y sacó un cuaderno y un bolígrafo para tomar apuntes.

Tuvo un pequeño deja-vu. Por un instante creyó haber regresado a las clases de la facultad. Una sensación de calidez acompañó a aquel recuerdo.

Sus colegas, sus padres – ambos –, las prácticas, la primera vez que vio un cadáver... Todas aquellas situaciones se sucedieron en su mente a gran velocidad. Después regresó junto con Álvaro Ferreras y escuchó algo acerca de las madres egipcias.

Irene apuntó la fecha en su cuaderno.

– ¿Te estás enterando? – preguntó Álvaro de repente.

Ella se sobresaltó.

Miró a su alrededor y comprobó que, efectivamente, se dirigía a ella y no al chico del electrolatino.

– Lo suficiente – respondió ella tajante.

Álvaro no lo soportó más.

Se lo había estado callando. Se había contenido estoicamente y había tratado de ser profesional.

Pero se acabó.

– ¿Qué pasó anoche? Responde, Irene – preguntó con agresividad.

Ella elevó la mirada del papel y se encontró con los ojos verdosos de Álvaro que tenían una expresión a medio camino entre la exigencia y la súplica.

– ¿Disculpa? – dijo ella sin dar crédito a lo que oía.

Álvaro descendió de la tarima y caminó hacia la escritora, que se encontraba sentada en la tercera fila de asientos.

– No me gusta ese tío – dijo él –. Y a ti tampoco debería gustarte.

Irene se levantó y le fulminó con sus ojos castaños.

– No te importa lo que hago o dejo de hacer – dijo ella.

Álvaro negó.

– Sí me importa.

Ella notó el aliento del profesor sobre su frente. Otra vez sintió que una extraña corriente eléctrica recorría su estómago y se desplazaba hasta sus brazos. Tanto que incluso dolía.

– ¿Ah, sí? ¿Y a Marta también le importa mi vida? Porque creo que está dispuesta a experimentar mucho con el sexo, según lo que dijo ayer – espetó Irene de golpe.

Se sintió extrañamente aliviada tras exteriorizar aquel pensamiento.

Parte de la noche había estado meditando – y comiéndose las uñas – acerca de por qué narices Álvaro había elegido a una mujer tan escasa de neuronas para salir con ella.

Él volvió a aproximarse a Irene tal y como lo había hecho la noche anterior.

– A mí Marta no me importa – dijo él.

La escritora fue consciente de lo que el egiptólogo trataba de decirle.

Su cercanía, sus manos sobre su espalda y cintura... Su tacto, su aliento.

Ella desvió su mirada y giró la cabeza hacia otro lado. Tembló.

– Es mi vida, Álvaro. No te metas.

Él apretó los puños, sin retirar los brazos del cuerpo de Irene.

– No entiendo cuál es tu problema... – dijo él con desesperación.

Ella aún recordaba la mentira. Y también recordaba cómo habían terminado las cosas con sus dos novios anteriores.

– ¡No entiendo cuál es el tuyo! ¿¡Por qué no me dijiste que me habías besado?! ¡Me mentiste, Álvaro! – gritó ella de repente.

No fue capaz de callarlo durante más tiempo.

Álvaro empalideció. No había previsto aquello.

– No quise confundirte más – se excusó él –. Estábamos los dos distintos, extraños... Te desmayaste. Me pareció precipitado.

Irene cerró los ojos y dejó escapar una pequeña lágrima.

Las manos de Álvaro sobre su cintura quemaban.

Entonces le miró.

– No es una buena idea. No lo es. No... lo es – decía ella bajando cada vez más el volumen de su voz.

Álvaro no quería reconocer que la verdadera razón por la que había ocultado los sucesos de aquella noche era que no quería que Irene le viese como un aprovechado.

No quería que nada más se interpusiera entre ambos.

La observó.

Irene parecía estar sumida en un debate interno. Entonces la atrajo hacia así y dejó que ella apoyara la cabeza en su pecho.

– Lo siento mucho, es tu vida y no tengo derecho a meterme en ella – dijo él, resignado.

Irene le rodeó con sus brazos y se dejó llevar por aquel momento.

Estaba confundida, enfadada, estresada – por la novela que tenía que escribir y no estaba escribiendo – y emocionalmente desorientada.

Sintió aquella corriente eléctrica de nuevo, en sus pies... En su vientre.

Quiso separarse de él, pero le resultó imposible.

Él respiró con fuerza sobre su pelo.

Durante un minuto, ambos permanecieron en silencio y abrazados, sumidos en un mar de nuevas sensaciones.

Entonces Irene recapacitó. No estaba preparada. Es más, tenía miedo.

No sabía qué le estaba ocurriendo, y no quería exponerse a que le hiciesen más daño.

Y su padre. Recordó a su padre. Aún no lo había superado.

Definitivamente, abrazar a Álvaro Ferreras no era lo mejor que había hecho en su vida.

Le soltó.

Y trató de distanciarse unos centímetros.

– Creo que la clase ha terminado – susurró él.

El egiptólogo tuvo por un instante la necesidad de acariciar uno de aquellos mechones oscuros. Pero se contuvo.

Era mejor no forzar las cosas.

Ella le sostuvo la mirada. Después asintió lentamente con la cabeza. No pudo disimular su respiración acelerada. Su pecho ascendía y descendía rápidamente.

Él se percató de ello.

– ¿Quieres que te lleve a casa? Tal vez podríamos empezar a organizar algunos capítulos de tu novela – dijo él.

Despacio, fue retirando las manos de la cintura de Irene. Se alejó unos diez centímetros de ella y trató de recuperar la actitud profesional... Esa actitud que había perdido hacía ya un buen rato.

– He quedado, vienen a recogerme a la universidad... Tal vez mañana.

Álvaro frunció el entrecejo, pero se abstuvo de preguntar. Tenía que dejarle espacio a Irene o la espantaría.

De pronto sintió miedo de que eso pudiera ocurrir.

Irene recogió su cuaderno y sus bolígrafos. Los metió en su bolso y después se puso la cazadora.

Álvaro se dirigió hacia el ordenador y, tras cerrar la ventana del Power Point, lo apagó.

Irene salió del aula y le esperó fuera. Álvaro apagó la luz y cerró con llave.

Ninguno escuchó los gritos de aquel chaval que se había quedado encerrado.

Caminaron juntos y en silencio hacia la salida. Irene suspiró al ver que diluviaba. La lluvia caía con más fuerza que cuando entró en el aulario hacía más o menos una hora.

Ninguno de los dos llevaba paraguas.

Se miraron por un instante.

– Irene... – comenzó a decir Álvaro.

Ya no sabía cómo hablar con ella. De qué hablar con ella. Si hacía bien en hablar con ella... De repente tenía tantas dudas. Tanta inseguridad.

Ella le miró interrogante.

– ¿Seguro que no quieres que te acerque a alguna parte?

Irene sonrió con dulzura y musitó un suave “no, gracias”.

Él se paralizó ante aquel gesto.

Entonces un hombre que al egiptólogo le resultó desagradablemente familiar, a través de las puertas acristaladas del edificio.

– ¡Irene! – dijo el doctor Echegaray entusiasmado.

La escritora le hizo un gesto con la mano. Después se retiró uno de sus mechones para colocarlo detrás de su oreja.

Álvaro les observaba a ambos alternativamente.

Y entonces se enfadó.

Ella había vuelto a quedar con él. Con ése. Con el neurólogo.

Con el neurólogo al que le gustaba experimentar con el sexo a lo Christian Grey – según lo que había dicho la noche anterior–.

Qué asco, pensó Álvaro.

El egiptólogo apretó la mandíbula cuando vio a aquel hombre darle dos besos a Irene.

Ella tampoco tenía buena cara.

Se está haciendo daño, pensó él.

Apretó uno de sus puños y cerró su mandíbula aún más fuerte. Una vena se marcaba levemente en su sien izquierda.

– Que paséis un buen día – dijo con tono cortante antes de salir despavorido de aquel lugar.

Irene observó a Álvaro con impotencia. Sintió un extraño pinchazo en el pecho cuando le vio desaparecer tras las puertas.

– Tengo el coche aquí cerca – dijo César Echegaray interrumpiendo sus pensamientos.

– Éste es fabuloso... – comentó César.

Ella asintió sin ganas. Simplemente se trataba de otro cuadro. O más bien de un lienzo repleto de garabatos que en teoría encerraban un significado profundo acerca de la vida y de las cosas.

Un significado, que Irene no atinaba a descifrar. Aunque tampoco le quitaba el sueño.

El viaje en coche había sido incómodo. Para ella sobre todo.

Él le había estado hablando acerca de lo bien que lo había pasado la noche anterior en la cena y de la cantidad de trabajo que tenía en el hospital.

Ella había asentido a todo y había hecho los típicos comentarios de: “Ah, estupendo”, “Ajá”, “¡Vaya!”...

Lo que más deseaba era marcharse a su casa y pensar. Pensar y pensar.

Dejarse llevar por sus pensamientos hacia lo que le estaba sucediendo con Álvaro y reflexionar acerca de cómo podía evitarlo.

Pero no...

– Sí, tiene algo... – comentó Irene acerca de aquel cuadro que no le producía nada más que indiferencia absoluta.

César se atusó el pelo.

Sus pantalones de pinzas y su camisa rosa claro de Tommy Hilfiger combinaban con el ambiente de aquellas salas.

El doctor Echegaray parecía pertenecer al museo.

Sin embargo, Irene cada vez se sentía más fuera de lugar.

Tenía que cortar aquello. Mientras caminaban hacia otra salita, ella decidió que acabaría con aquella relación que apenas acababa de empezar.

No podía salir con aquel hombre. Irene sólo había aceptado a cenar con él porque estaba dolida y despechada por la mentira de Álvaro.

Pero ahora no tenía ningún sentido.

– César... – comenzó ella –. Tenemos que hablar.

Él percibió el tono de Irene. Sabía lo que iba a ocurrir. Tenía que reaccionar a tiempo para evitar el huracán.

– Yo tengo algo que proponerte – dijo él enigmáticamente.

Clavó sus ojos azules sobre los de ella. Irene se sobresaltó.

– ¿El qué? – preguntó ella con impaciencia.

No veía el momento de darle largas. Cada momento tenía más claro que se había equivocado.

– Sé que hiciste un trabajo de fin de carrera muy interesante... Lo leí.

– ¿De verdad? – preguntó entonces ella, con un interés renovado.

Irene había hecho un estudio epidemiológico acerca del Alzheimer y su relación con la actividad física y la edad.

Era algo muy básico pero útil y logró publicarlo en una revista de baja categoría.

Nunca lo había considerado nada especial y por eso le sorprendió que Echegaray conociese aquella publicación.

– Tal vez quisieras entrar a formar parte de mi grupo de investigación – dijo él entonces.

Irene abrió mucho los ojos y olvidó repentinamente lo que había estado a punto de decirle.

Álvaro cerró la puerta de su piso con un sonoro portazo. Entró en la cocina, abrió la nevera y sacó dos botellines de cerveza.

Se bebió el primer trago, y después, rompió uno de ellos contra el fregadero en un arrebato de rabia.

Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas y miedo.

Por primera vez fue consciente de que está profundamente enamorado de Irene Leblanc.

Tenía que hacer algo al respecto.

CAPÍTULO 13

Irene llevaba ya dos semanas encerrada en su apartamento, tratando de ponerse al día con la novela egipcia que se había comprometido a escribir.

No había contestado a las llamadas de Álvaro, ni tampoco de Jesús.

El doctor Echegaray aún la buscaba, pero ella no estaba segura de la oferta que éste le había hecho. Porque... ¿qué pretendía obtener a cambio?

¿Le hubiese propuesto investigar con él si ambos no estuviesen en una especie de relación semisentimental?

– Quiere sexo – dijo de pronto la escritora, rompiendo el silencio que la rodeaba.

Resopló y bebió un sorbo de agua. Su salón se hallaba en una cómoda penumbra y la principal fuente de luz no era otra que la de la pantalla de su ordenador portátil.

Dejó a sus dedos descansar durante unos minutos. Observó que ya llevaba cien páginas escritas.

Cien páginas que habría que reescribir, editar y a las que Álvaro tendría que echar un vistazo para completar detalles que ella era incapaz de añadir por su falta de conocimientos acerca de historia egipcia.

Álvaro...

Lo cierto es que no había pasado una noche en la que no recordase aquel beso... Y aquella mirada de ternura que él le había dedicado en ese aula vacía...

Por eso había decidido alejarse durante unos días. No quería verle.

Estaba asustada de todo lo que él le hacía sentir. Se le antojaba demasiado fuerte. Como si se tratara de una de sus protagonistas enamoradas y sufridoras natas.

– Es solo un capricho – se dijo en alta voz –. Es un hombre atractivo, tiene dinero y un buen trabajo. Cualquier mujer se plantearía tener una relación con él.

“A pesar de lo prepotente que es a veces”, completó para sus adentros.

Miró el reloj. Eran las seis de la tarde y se sentía absolutamente incapaz de escribir ni una letra más.

Álvaro se había arriesgado.

Las posibilidades de que Irene rechazara la idea de viajar con él a Marruecos eran muy altas. Pero debía intentarlo. Ya había comprado los billetes y reservado el hotel.

Estaba dispuesto a intentar hacerla feliz.

Se bajó del coche y caminó despacio, relatando en su mente las palabras exactas que le diría a la escritora cuando ésta le abriese la puerta de su casa.

Transcurridos unos minutos, llegó al portal y pulsó el botón metálico del portero automático.

Contuvo el aliento.

Irene se sobresaltó al escuchar el timbre. No esperaba ninguna visita.

Su madre se había marchado a Benidorm con sus amigas y Claudia no había dicho nada de ir a verla en el último mes.

Álvaro tampoco había avisado. Ni Jesús.

Por un instante tuvo miedo de que fuese César Echegaray que el que estuviese llamando a la puerta. No tenía ganas de verle ni de darle explicaciones acerca de por qué no respondía a sus llamadas.

– Sí – dijo ella.

– Irene, soy Álvaro... ¿Me abres? – preguntó él con suavidad.

Ella notó su corazón rebotando contra su pecho. Trató de respirar al tiempo que pulsaba el botón verde que abría la puerta del portal.

En un escaso par de minutos se encontraría frente a ella un hombre al cual no sabía ya cómo tratar.

Habían ocurrido demasiadas cosas – y otras tantas que sólo habían sucedido en su imaginación – que le impedían hablarle como a un simple compañero de trabajo o conocido.

Ni siquiera podía verle como a un amigo.

Sonó el timbre.

Irene cogió aire antes de, vestida con un chándal gris y arrastrando unas zapatillas rosas, abrirle la puerta al hombre al que ya no se atrevía a mirar fijamente.

– Qué tal – saludó ella tímidamente al ver a Álvaro por primera vez en tantos días.

Se regañó mentalmente por ser tan poco original.

– Ya te echaba de menos, no sé qué sería de mí sin ese chándal gris – dijo él con una sonrisa de medio lado.

Irene entonces se atrevió a mirarlo. Pensó que tal vez, tantísimo tiempo sin verle, le había hecho idealizarle más de la cuenta en su cabeza. Ya casi había olvidado los comentarios picajosos y desagradables del profesor.

– Estoy en mi casa, me visto como quiero – argumentó ella con un ligero tono amenazante en la voz.

Álvaro sonrió y entró en el pequeño apartamento. Sabía cómo romper el hielo. En el fondo adoraba aquel carácter tosco de la escritora y sabía muy bien como explotarlo en su favor.

Irene cerró la puerta.

– Tengo cien páginas escritas, cuando quieras te las lees y las corriges – dijo ella con carrerilla –. He hecho café, ¿quieres?

Observó el traje azul oscuro que vestía el profesor, su corbata oscura y su cabello ligeramente desordenado, con una pizca de gomina.

Y de pronto, la escritora se sintió enrojecer.

Él no respondió. Se limitó a sentarse en el sofá y a observarla con una mirada traviesa.

– He dicho que si quieres café – repitió ella subiendo un poco la voz.

Álvaro echó a reír.

– ¿Qué te pasa? ¿Has venido a reírte en mi cara? – preguntó Irene, incrédula.

– Ven, siéntate a mi lado. Tenemos que hablar.

Ambos se observaron durante unos instantes. Pero al final Irene cedió y se dejó caer al lado de Álvaro.

– Escucho – dijo ella mirando al suelo.

El profesor inspiró profundamente. Tenía que ser directo y decidido, pero sin parecer que quisiera presionarla. Irene era muy suya y en cuanto se sintiese acorralada saldría huyendo, cual hámster.

- He pensado que podría interesarte viajar...
- ¿Viajar? ¡Estás loco! ¿Y el libro? No me va a dar tiempo a terminarlo – le interrumpió ella a voces.
- ¿Quieres relajarte? – dijo él, tratando de armarse de paciencia.

Álvaro, en un acto instintivo, alargó su mano hacia la mejilla de ella. La acarició suavemente. E Irene, lejos de alejarse, inclinó su cara hacia aquel contacto.

- Llevas mucho tiempo sin salir de aquí, ¿me equivoco? – preguntó él con ternura –. Parece que en cuanto puedes te refugias bajo las mantas del resto del mundo.

La escritora asintió y contuvo las lágrimas. Después se enfadó consigo misma por ser tan vulnerable y sensible, y sobre todo por mostrarse tan débil ante Álvaro.

Pero se sentía tan falta de energía, tan sola... Sin ganas de nada.

- Es que cuando me pongo a escribir, desconecto del mundo – se excusó ella.
- Eso ya lo sé – respondió él sonriente –. Por eso estoy aquí, para sacarte de casa, aunque sea agarrada por los pelos.
- ¿Y cuál es tu genial idea? ¿Vas a llevarme al museo otra vez? – preguntó ella, quien aún mantenía la mano del profesor junto a su mejilla.

Álvaro sonrió ante aquellas palabras, en realidad Marrakech podría ser un museo gigante y al natural... Después, el egiptólogo se recreó en la piel suave del rostro de Irene, quien sostenía su mano contra ella.

Ambos eran conscientes de aquel contacto, pero no hablaron de ello.

- He comprado dos billetes para ir a Marrakech. Sólo cinco días. Así verás cosas nuevas, gente, saldrás... E incluso te servirá para inspirarte y escribir a la vuelta con más ganas – argumentó él utilizando un tono conciliador.

Entonces ella se retiró de la mano de Álvaro y se apartó ligeramente de él, sin llegar a levantarse del sofá.

- No lo sé... No creo que sea buena idea – dijo ella de pronto.

¿Qué haría Irene a solas con Álvaro en un hotel? “De ninguna manera”, pensó ella. “¿Pero y si tiene razón? ¿Y si vuelve la inspiración?” trató Irene de recapacitar.

Le observó.

Estaba muy guapo.

Y se preocupaba mucho por ella. Tal vez demasiado.

- Prométeme que al menos lo pensarás – pidió Álvaro, al observar la reacción tan evasiva de la escritora.
- Lo pensaré – dijo ella –. Pero me temo que al final voy a tener que decirte que no.

Álvaro contuvo sus ganas de salir de aquella casa dándole un gran portazo a la puerta. ¿Por qué tenía que ponérselo tan difícil?

¡A qué mujer en este mundo no le gustaba viajar a todo tren!

- Vamos a un buen hotel, tendremos un guía... Es una oportunidad Irene. Aprovéchala – dijo él.

Álvaro de pronto pensó en Marta y en el millón de mujeres que había conocido que se parecían tanto a ella.

Cualquiera de todas aquellas féminas hubiese saltado al cuello del egiptólogo si éste les hubiese propuesto semejante oferta.

Pero no.

“Irene no”. “El deporte preferido de Irene es el de llevarle la contraria a todo el mundo”, pensó él, cabreándose por momentos.

- Da igual, Álvaro. Yo tengo que escribir. Y estoy agobiada. Tal vez ni siquiera disfrute del viaje. Olvidalo.

Entonces, el egiptólogo, que ya estaba llegando a su límite de paciencia, se levantó del sofá y caminó hacia la puerta.

La abrió.

Irene le observó, impotente. Sabía que estaba enfadado, pero aún así ella no iba a ceder.

No iba a marcharse de viaje con un hombre por el cuál sentía cosas extrañas y con el que podría, fácilmente, perder el control.

- El vuelo sale dentro de dos días, el viernes... Estaré atento al teléfono por si cambias de opinión – dijo él antes de dar aquel sonoro portazo con el que llevaba ya unos minutos soñando.

Irene se sobresaltó ante aquel ruido.

Y después dejó caer un par de lágrimas.

El resto del día fue tranquilo. Las horas transcurrieron para Irene mientras ésta, sentada en su sofá y con una manta por encima, se dejaba consumir viendo documentales en el Discovery Max.

Las extravagantes teorías de alienígenas ancestrales, con suerte, terminarían por ayudarla a dormir aquella noche.

El portátil se apagó solo, se gastó la batería e Irene se sintió incapaz de de conectarlo de nuevo.

No comprendía que ocurría con sus fuerzas. La estaban abandonando.

Entonces, cuando dieron las diez de la noche y ella aún continuaba lamentando su falta de inspiración en el sofá, comenzó a vibrar su Blackberry sobre la mesita de café.

Decidió ignorarla.

Pero cuando, pasados diez minutos, el aparato continuaba sin callarse, Irene se dio cuenta de que tenía que ver de qué se trataba. Tal vez hubiese algún problema familiar. O quizás habría muerto alguien.

Número desconocido.

Lo cogió.

- Hola Irene, soy César Echegaray... Hace mucho que no hablamos.

Ella resopló.

César Echegaray también era un muerto.

Otra clase de muerto.

- Hola... – respondió ella sin mucho interés.

Lo cierto era que la escritora había reflexionado acerca de entrar a formar parte de un equipo de investigación con el doctor Echegaray.

Y su conclusión había sido la siguiente: “si no me quisiera meter en su cama, tampoco me querría en su equipo”. Y decidió que no trabajaría con un hombre con el cual estuviese saliendo (o hubiese salido). Porque la escritora ya no tenía nada claro que entre el neurólogo y ella existiese ninguna clase de relación sentimental. Al menos, no por parte de Irene.

- Es que, me he cambiado de número, guarda éste. Con el que te acabo de llamar, ¿de acuerdo?

- De acuerdo. Buenas noches, César – quiso colgar ella.
- ¡Espera! – gritó él –. También quería proponerte algo.

Irene puso los ojos en blanco. Desde luego, fuese lo que fuese, diría que no.

- Escucha, no creo que sea buen momento – advirtió ella, procurando suavizarle el golpe al doctor Echegaray.
- Es una tontería. Es solo que he comprado entradas para que vayamos juntos a la ópera, el viernes.
- Pero, las has reservado... ¿no? ¿No las habrás comprado? Son carísimas – dijo ella con el corazón en un puño.

No quería ir con César a la ópera, claro que no. Pero se había gastado tanto dinero en las malditas entradas que quedaría como una desagradecida si no accedía a ir con él.

- Sí, claro que las he comprado. Quería darte una sorpresa. Como llevas tantos días desaparecida...

“Piensa, Irene...”.

- Es que, verás... El viernes me voy de viaje a Marrakech... Es un viaje de trabajo – añadió.

Irene escuchó silencio al otro lado del teléfono. Rezó porque César se lo hubiese tomado bien.

Porque, a pesar de que no quisiera salir con él, no dejaba de ser una persona que estaba intentando amablemente acercarse a ella – tuviese las intenciones que tuviese –.

- Vaya... Entonces ha sido culpa mía, por no preguntarte primero.
- No te preocupes. Ya hablaremos – contestó ella tratando de no alargar más aquella conversación.
- ¡Espera Irene! No cuelgues. Si quieres puedo llevarte al aeropuerto el viernes – dijo él.

La escritora abrió mucho los ojos. Y tragó saliva. Respiró hondo y se apresuró a responder.

- No será necesario, de verdad. No te preocupes.
- Insisto, Irene. Tengo muchas ganas de verte.
- De verdad, César, creo que no deberías molestarte – la escritora cruzó los dedos.
- ¿A qué hora sale el avión? – preguntó él.

Aquella pregunta amenazaba con desmontar toda su mentira.

Entonces se le ocurrió.

- Espera que voy a mirar el billete, estoy algo despistada. No cuelgues – dijo ella.

Irene se incorporó rápidamente del sofá y se fue a la cocina. Entonces, marcó el número de móvil de Álvaro desde su teléfono fijo, mientras la Blackberry reposaba en el sofá, boca abajo para que César Echegaray no pudiese escuchar la conversación entre la escritora y el egiptólogo.

Sonaron dos timbrazos y Álvaro respondió.

- Diga.
- Álvaro, soy Irene... Te llamo desde el teléfono de casa.
- ¿Has pensado lo del vuelo? – preguntó él rápidamente.
- Sólo quería preguntarte que a qué hora sale el avión – gruñó ella –. Pero no significa nada.
- Ya... – dijo él mientras reía –. Sale a las nueve de la mañana.
- Muy bien – dijo ella.

Y le colgó.

Entonces Irene saltó sobre el sofá y cogió de nuevo la BlackBerry.

- Sale a las nueve de la mañana – dijo ella –. De hecho creo que el otro día ya encargué un taxi para esa hora.
- No pasa nada, yo iré a las siete y media a recogerte – dijo César.
- No, no vengas César. No. No es necesario – insistió ella.
- Hasta el viernes entonces – rió él.

Y el neurólogo colgó.

Entonces Irene, agarró con fuerza uno de los cojines de su sofá, sumergió su cara en el terciopelo blandito y gritó unos cuantos insultos en voz alta.

“Ahora sí que voy a tener que ir a Marrakech”, se temió ella.

- Esto me pasa por gilipollas. Con lo fácil que hubiese sido decir que no y punto – dijo en voz alta.

El silencio de las paredes de su apartamento le dio la razón.

Entonces llamó por teléfono a Álvaro y le bufó:

- Iré.

Escuchó el silencio de él.

- ¿Y si yo ahora no quiero ir contigo? – preguntó él con un tono amenazante.

Irene sentía que el mundo se le caía encima. En cierto modo, sólo había decidido ir al viaje porque César la había presionado mucho.

Sin embargo, Álvaro no sabía que el verdadero motivo de que Irene no quisiera viajar con él era precisamente que estaba asustada ante la idea de acabar con él, en una cama, enamorada y destruida.

- ¡Y una mierda! – le gritó ella al auricular del teléfono –. ¡Vas a ir conmigo y punto! ¡A tomar por el culo!
- ¡Relájate por Dios! Era una maldita broma – dijo él cuando la escuchó tan histérica –. Tienes que estar en la terminal dos a las ocho de la mañana. ¿Quieres que te recoja?
- ¡No! ¡Ni se te ocurra recogerme! – gritó ella exaltada.

“Ya solo faltaba que se encontrasen estas dos criaturas en la puerta de mi casa: el neurólogo/neurótico y el profesor chiflado. La película.”, pensó ella para sus adentros.

- De acuerdo mandona. Te espero allí – dijo él con ternura.

Y el egiptólogo colgó.

Álvaro sabía que aquellos gritos de Irene y su repentina necesidad de ir a Marrakech tenían que tener un motivo muy concreto.

Pero él se lo agradeció al cielo igual.

Al final, tendría la oportunidad que necesitaba para hacerla reaccionar ante sus sentimientos.

CAPÍTULO 14:

Llegó el esperado viernes.

Irene se había resignado a hacer la maleta el día anterior, por si las moscas acababa volando camino de Marrakech.

Le había dicho a Álvaro que se subiría en el avión con el objetivo de que, si éste se llegase a encontrar cara a cara con César, resultara creíble la pantomima.

Pero ella no quería ir a Marrakech. No quería dormir en el mismo hotel que Álvaro Ferreras y ni pasar más tiempo del estrictamente necesario a su lado.

“A quién quiero engañar”, pensó entonces. “Si me presento allí y luego le digo que no voy, me matará”.

Entonces Irene se sentó en la cama, al lado de su maleta rebosante de ropa. La miró: había introducido en ella varios vestidos finos, largos, primaverales. También había guardado ropa interior, la más nueva que tenía.

Unas sandalias, unas deportivas e incluso un bikini, por si había piscina.

La escritora reflexionó, aquella no era la maleta de una persona que no quería viajar.

– En el fondo, quiero marcharme... Y cuanto más lejos mejor – se sorprendió a sí misma diciendo en voz alta.

Pero Álvaro...

Quizás había llegado el momento de arriesgarse.

De volver a vivir. De demostrarse a sí misma que se merecía darle una oportunidad al amor. O por lo menos, a pasar una semana agradable en compañía de un hombre que le despertaba cosas.

– Cosas – susurró ella.

Sonó el timbre. Eran las siete y media de la mañana e Irene sabía que César Echegaray la estaba esperando en la calle.

Agradeció porque el neurólogo no hubiese insistido en subir a su casa.

Después cerró la maleta – tuvo que sentarse encima de ella –, se ató los cordones de las deportivas y revisó que todo en el apartamento estuviera en orden: fuegos apagados, gas apagado, caldera apagada y todo lo que fuese susceptible de incendiarse: apagado.

Luces apagadas.

Y salió de casa.

Cerró la puerta con cuatro vueltas de llave y llamó al ascensor.

Se sorprendió a sí misma al encontrar ciertos retortijones en su estómago: nervios. Ansiedad. Y también se dio cuenta de que tenía ganas de ver a Álvaro.

Tal vez para zarandearlo y estrangularle por tener la idea de llevarla de viaje sin preguntar primero, pero las ganas de verlo estaban ahí. Se encogió de hombros.

Contradicciones de la vida.

Según bajaba en el ascensor y recordaba que César la esperaba en la calle, las mariposas de su estómago desaparecían y se transformaban en bloques de hormigón Muy pesados.

Como Echegaray.

– Qué guapa estás – fue lo primero que el neurólogo dijo al verla.

Ella captó al vuelo el peloteo.

Su rostro de recién levantada sin maquillar y su moño mal hecho no le hacían parecer la mujer más hermosa del planeta.

“O está ciego o miente como un bellaco”, pensó ella mientras sonreía por cortesía y dejaba que César cogiese su maleta para meterla al maletero.

Irene pensó que aquel hombre debía de tener mucho empeño en tener algo con ella.

Por la razón que fuera.

Le observó. Con camisa de rayas, ajustada y unos pantalones de pinzas.

“Va hecho un pincel para ser tan temprano”, pensó ella conteniendo una sonrisa.

Después le observó conducir, de camino al aeropuerto.

Entonces pensó que el encanto que tenía Álvaro para saltarse los semáforos era único: lo hacía con suavidad. De manera natural.

César, por el contrario, aceleraba el coche bruscamente, como para demostrar que aquel cacharro tenía todo el motor que a él le faltaba.

Era muy agresivo conduciendo. Los volantazos sobresaltaban a la escritora, quien se veía obligada a mantener una conversación superficial con el neurólogo.

– Entonces, ¿vais Álvaro y tú solos? – preguntó César antes de aparcar.

Irene había procurado no tocar aquel tema. No quería echar leña al fuego.

Simplemente estaba tratando de poner distancia y tierra entre Echegaray y ella. Estaba siendo cordial, pero fría. Amable, pero distante.

La escritora había tenido tiempo para reflexionar aquel par de días acerca de cómo ser elegante dando calabazas a César.

Era un hombre que, pese a su chulería y cierta soberbia, no parecía tener mal fondo.

Pero era la clase de persona que a Irene no le atraía en absoluto. Y de ello se había dado cuenta en el momento que había ido a cenar con él. Sólo que había querido esperar a conocerle mejor.

Para no prejuzgarle.

O tal vez para darle celos a Álvaro.

– Sí, vamos él y yo. Espero que el viaje me aclare las ideas – terminó por decir ella.

– Cuando vuelvas... Podríamos hacer algo juntos. Me gustas mucho Irene – dijo entonces él.

El coche aún se encontraba en doble fila y César le miraba fijamente.

Una encerrona.

“¿Debería estar prohibido presionar a la gente así!”, pensó ella.

Sin responder, Irene bajó del coche y caminó hacia el maletero para descargar su equipaje.

Él se bajó también y se aproximó.

– Sé que soy muy insistente. Pero entiéndeme. Pocas personas significan tanto para mí – dijo entonces él.

Ella enarcó una ceja.

– Apenas nos conocemos – repuso la escritora –. Me caes muy bien, pero no lo suficiente como para tener una relación... – al ver la expresión decaída de César, ella añadió – : Eres un buen hombre, pero no puedo darte lo que me pides.

– Entiendo – musitó él –. Acabo de hacer el ridículo.

Irene no comprendía como una persona adulta, civilizada y madura no alcanzaba a comprender según qué cosas. “Que haga el favor de no victimizarse”, suplicó la escritora para sus adentros.

– No quería ser tan brusca. Perdóname.

– Sé que me has estado evitando. Al menos podrías decirme ¿qué he hecho mal?

Ella le miró, con los ojos como platos.

– Esto no se trata de hacer las cosas bien. Se trata de que no siento nada por ti. Y no porque tengas ningún defecto, es sólo que no puede ser – dijo ella.

Era extraño, siempre evitó enfrentarse a aquel tipo de situaciones, pero ahora que por fin le plantaba cara a aquel hombre y decía claramente lo que pensaba de la situación, Irene se sentía mucho mejor.

Algo estaba cambiando en ella.

Intentó besarla e Irene se apartó.

– Déjalo ya, por favor – insistió la escritora –. Estoy segura de que hay muchas mujeres que estarían encantadas de salir contigo.

– Pero tú no – continuó él –. ¿Por qué?

Ella quiso rodearle el cuello para comprimirle los senos carotídeos y causarle un desmayo transitorio. “Con suerte se callaría”, pensó.

– ¡Irene! – se escuchó una voz masculina que gritó desde una distancia de unos cinco metros.

Ambos se giraron. Álvaro Ferreras corría hacia ellos arrastrando una pequeña maleta gris.

Cuando llegó a su altura, le dio un beso en la mejilla a la escritora, quien enrojeció momentáneamente.

– Tenemos que facturar las maletas – dijo él –. Buenos días...

El egiptólogo le tendió la mano al doctor Echegaray, fingiendo de paso que no se acordaba de su nombre.

– César – completó el neurólogo.

– Me alegro de verle – mintió Álvaro con una gran sonrisa de triunfo.

El profesor se sentía como si estuviese rescatando a una dama en apuros.

Una dama que había decidido viajar en chándal a Marrakech. “Querrá ir cómoda”, pensó él.

– Ya hablaremos – sentenció César antes de volver a meterse en el coche.

Ella evitó mirarle directamente y suspiró de alivio cuando el Porsche desapareció del lugar.

Irene sonrió con sarcasmo mientras observaba el panorama a través de la ventanilla del avión.

Álvaro la observaba.

– ¿Por qué has decidido venir? – se arriesgó él a preguntar.

Ella se giró y le miró fugazmente.

– Era la única manera de darle largas a Echegaray – respondió Irene conteniendo la risa.

Él frunció el entrecejo y cogió la barbilla de ella para obligarla a que se mirasen a los ojos.

– Pues conmigo nunca has tenido dificultades para darme largas. A todo me dices que no – susurró él observando los labios de ella.

Irene sintió que su respiración se aceleraba.

– Porque siempre te las apañas para darle la vuelta a la tortilla... Así que qué más da lo que te diga – repuso ella, tratando de cortar aquella situación.

– Ya entiendo. Cuando dices que no, es que realmente es un sí. Y cuando dices que sí, es que realmente es no.

– A César le acabo de decir que no – dijo ella firmemente.

– Uf – rió Álvaro –. Entonces ha tenido que ponerse muy pesado.

Ambos rieron.

Entonces Álvaro decidió que era hora de coger el toro por los cuernos. Pasó el brazo sobre los hombros de ella y la obligó a recostarse sobre su regazo.

– ¡Eh! – se quejó ella, tratando de evitar sonreír a toda cosa.

– Tienes que dormir, tus ojeras son espantosas – dijo él mientras le acariciaba el cabello.

Irene pensó en apartarse, pero tuvo que reconocer que el calor del cuerpo de Álvaro y la ternura con la que la sostenía, hacían de aquel lugar un sitio bastante confortable para cerrar los ojos y dejarse llevar. Le gustaba sentir los latidos de su corazón y el ritmo de su respiración: la relajaba.

– Tienes que leer las cien páginas que he escrito – musitó la escritora antes de abandonarse al sueño.

Álvaro la observó mientras ella respiraba profundamente. Se había acurrucado en sus brazos y de pronto, Irene le pareció tierna, dulce y débil. Como una mujer delicada a la que él tenía que proteger.

Entonces se dio cuenta de que, en realidad, era él quien la necesitaba a ella.

Aterrizaron al fin.

Irene se desperezó mientras Álvaro le colocaba con suavidad los mechones de cabello que se habían escapado de su moño.

Ella fingió ignorar aquel gesto, pero le aceleró el corazón.

Ambos bajaron del avión y se encaminaron hacia la terminal del aeropuerto, donde tuvieron que esperar a que la cinta de equipajes trajera sus maletas.

– ¿Qué es lo que vas a enseñarme de Marrakech, profesor? – preguntó ella con una sonrisa pícaro.

Él adoptó una expresión pensativa, de concentración.

Parecía tomárselo en serio.

- Primero te diré que Marrakech se fundó en el año 1062... Y fue la capital de Marruecos hasta el año 1911 que pasó a ser Rabat.
- Oh – respondió ella, sin saber qué decir –. Cuéntame más.
- En Marrakech vivieron almorávides, almohades, y benimerines. Después llegaron los Wattasi y por último los Jerifes, descendientes de Mahoma. Todos llegaron al poder a base de guerras.
- Qué violentos – susurré yo.
- Era la manera que había entonces de convocar elecciones – rió él.

Ella le miró de soslayo.

Sus miradas se encontraron súbitamente pero ninguno de los dos dijo nada.

- Las ruinas del palacio Badi son mis favoritas – dijo el profesor unos minutos después –. En las mezquitas no podemos entrar, puesto que no somos musulmanes. Y el resto de las construcciones son bastante recientes, en comparación.
- ¿Y cuál es el problema? ¿Sólo te gustan las cosas que tienen por lo menos quinientos años? –preguntó Irene, curiosa.
- Me gustan las cosas que no conozco bien. Me gusta investigar todo aquello que se escapa a mi entendimiento. Como tú, eres infranqueable... – añadió él, a sabiendas del efecto que podrían causar aquellas palabras.

Irene arrugó las cejas. Entonces las maletas de ambos aparecieron en la cinta y la conversación se extinguió.

Capítulo 15

Era la primera vez que Irene probaba el humus. Ella sólo había comido garbanzos en forma de cocido madrileño, con su chorizo, jamón, morcillo... Lo hacía su madre todos los fines de semana durante el invierno.

Sin embargo, aunque el humus no dejase de ser puré de garbanzos, su sabor le resultaba distinto. Como si llevase pimienta, pimentón... O algo por el estilo. Lo saboreó despacio.

Álvaro la miraba con una sonrisa de expectación.

– ¿Te gusta? – preguntó él.

Irene tenía la boca llena. Su cara parecía un globo hinchado.

El profesor, al ver el ansia de la escritora al comer, dedujo que la elección había sido un éxito.

– Yo lo hago muy a menudo en casa – dijo él –. Pero no le echo comino.

Ella tragó lo que estaba en su boca. Después miró al egiptólogo con cierta incredulidad.

– ¿Sabes cocinar? – preguntó, atónita.

El único hombre con el que Irene había convivido había sido su padre, quien era un firme defensor de que la cocina sólo era para las mujeres. Y que cualquier hombre que se preciase no debía cocinar.

Por supuesto, a Irene aquella idea le parecía completamente absurda, pero en su subconsciente había calado tanto, que aún le sorprendía la idea de que un hombre fuese capaz de empuñar un cazo.

– Sí – rió él –. Todos los días... O me moriría de hambre si fuera por mi hermano.

– Jesús no cocina – dijo ella con una sonrisa de burla –. Creo que solo hace macarrones, ¿no?

Ambos rieron. Álvaro asintió con la cabeza.

La escritora estaba relajada. Habían bajado a comer al buffete del hotel después de dejar las maletas cada uno en su respectiva habitación.

Ella había temido que Álvaro se hubiese aprovechado de la situación reservando un único cuarto con cama de matrimonio, pero afortunadamente él ya había anticipado que aquello no hubiese sido una gran idea, por lo que había reservado una habitación individual para cada uno.

Irene suspiró de alivio cuando tuvo la llave de su cuarto en su poder.

No obstante, una vez superado aquella sensación de alivio, descubrió en ella cierta decepción.

“No soy coherente”, se decía a sí misma. “Quiero que durmamos separados. ¿No?”, se repetía constantemente.

– ¿Qué te parece que hagamos hoy? – preguntó Álvaro.

Irene aún terminaba de rebañar el exótico puré de garbanzos en su plato. Le miró.

– ¿No querías ver las ruinas del palacio Badi? – preguntó ella.

– Acabamos de llegar. Hay un spa en el hotel, podríamos probarlo y así descansamos del viaje – propuso el egiptólogo.

Irene le miró de soslayo mientras desmenuzaba un trozo de pan.

Entonces, recordó que estaba completamente depilada y se tranquilizó. El hecho de no lucir los pelos de sus piernas frente a Álvaro era alivante.

Recordó a su madre diciendo: “la depilación láser está muy barata... Por trescientos euros puedes hacerte las piernas”. Irene nunca había sido una mujer que viviese para la belleza.

Estaba conforme con su cuerpo y como médico que era, tenía consciencia de que los pelos formaban parte natural de él. Al igual que las arrugas, las ojeras y la celulitis.

Ella simplemente comía sano y procuraba no echarse geles ni cremas agresivas en la cara.

Jamás hubiese pensado en ponerse tetas de silicona o en hacerse una liposucción.

El secreto estaba en aceptarse a ella misma.

Eso sí, no quería lucir las melenas de sus ingles frente al hombre que, por mucho que le costase reconocer, le gustaba.

“Tal vez cuando llevemos diez años casados se haga a la idea”, pensó ella. Rápidamente rectificó: “¿Por qué narices tengo que pensar eso? Arg.” “Podríamos no casarnos”.

“Mierda”.

Después recordó la propuesta del spa. Álvaro aguardaba su respuesta.

– Está bien... Pero mañana quiero empezar a ver cosas – advirtió ella.

– A sus órdenes – rió él.

La escritora le lanzó el trozo de pan a la cara a modo de venganza.

Una venganza cariñosa.

Subieron cada uno a su habitación.

Irene rebuscó en su maleta hasta encontrar uno de sus bikinis. Era de color malva y se lo había comprado hacía cinco años de rebajas de finales de temporada en El Corte Inglés. Como no lo usaba mucho y además lo cuidaba muy bien, lavándolo después de cada chapuzón, aún se mantenía en perfecto estado.

Varias tumbonas mullidas y cubiertas con toallas blancas descansaban alrededor de una enorme piscina climatizada. Sólo había allí una pareja de ancianos que había venido a disfrutar de la jubilación.

Irene había estado nadando un rato y había pasado por una especie de jacuzzi de burbujas que, en lugar de relajarla, la había puesto muy nerviosa.

– Es que soy asmática – le dijo a Álvaro cuando tuvo que abandonar aquella bañera burbujeante –. Y siento como que me falta el aire... Me cuesta respirar con un millón de chorros golpeando mi cuerpo.

La escritora se sintió algo avergonzada en aquel momento. Tal vez fuese la única mujer sobre la faz de la Tierra a la cual las burbujas del spa le producían crisis asmáticas.

En fin.

Se encogió de hombros. “Álvaro lo tendrá que asumir”, pensó orgullosa para sí antes de recostarse sobre una de aquellas mullidas tumbonas.

Entonces el egiptólogo se sentó en la tumbona de al lado.

Ella le miró de soslayo. Álvaro tenía un torso bastante normal.

Era delgado, pero no se le marcaba ni un solo músculo. E incluso tenía cierto vello corporal que, gracias a Dios, no se había molestado en quitarse.

Le pareció un hombre muy natural, pese a que por fuera, con su gomina y su afán por la corbata y el traje, daba la impresión de ser obsesivo con su imagen.

Sin embargo, ahora no se lo parecía. Y, curiosamente, le gustaba. Le gustaba así, tal cual era.

Sin parecer un hombre sacado de un anuncio de Dolce & Gabbana – una imagen muy irreal y difícil de alcanzar para todos aquellos que se inflan a arroz y pollo en los gimnasios –.

Ella se estremeció. Álvaro la miraba fijamente.

– ¿Puedo hacerte una pregunta? – dijo él.

Irene se giró hacia él.

– Depende de cuál – respondió ella con una media sonrisa.

Pero Álvaro se mantuvo serio.

– ¿Por qué abandonaste la medicina?

A Irene aquella pregunta le resultó familiar. Sí, recordaba vagamente que él ya se la había hecho antes.

La noche que se besaron.

Pero ella no quiso responder. Y seguía sin estar segura de querer hacerlo.

– Mira que eres pesado – se le escapó a la escritora junto a un bufido.

– Es que no lo entiendo. De veras que he intentado comprenderte, pero no lo consigo. Es una profesión que puede ser bonita, estudiaste, le dedicaste tu tiempo y tu esfuerzo. ¿Por qué lo dejaste? – insistió él con pasión.

Irene suspiró, mirando hacia el infinito. Tenía la piel de gallina, su bikini estaba todavía húmedo y tenía frío.

Pensó que, tal vez, sincerarse y contar todo aquello que le pasó por la cabeza cuando su padre murió podría ser bueno para librarse de una vez por todas de aquel sentimiento de culpa que la carcomía día tras día.

– Mi padre murió de un cáncer diagnosticado mal y tarde – comenzó ella –. Yo no fui capaz de verlo.

Álvaro vio una pequeña lágrima que se deslizó de manera imperceptible por la mejilla de Irene.

– Continúa – pidió él –. Por favor.

– Cuando le vi tan inapetente... Y tan consumido... Con aquellos dolores de espalda, me alarmé. Y le pedí que fuese al médico, y yo misma le llevaría a urgencias, le verían mis compañeros – ella contuvo el aliento momentáneamente antes de concluir con un leve –: pero se negó.

– Entonces no entiendo por qué te culpas – apreció Álvaro.

– Porque debí haber insistido... – musitó ella.

Irene se había sentado en la tumbona, cara a cara con Álvaro. Aún así, le rehuía la mirada. Estaba nerviosa, hacía mucho tiempo que no se abría de aquella manera con nadie.

– Seguramente no hubieses conseguido nada – afirmó él.

Ella negó con la cabeza, compungida.

Entonces el profesor se cambió de tumbona, dejándose caer a su lado, para poder pasar un brazo sobre los hombros de la escritora.

Irene se recostó sobre él, tratando de contener las lágrimas.

– Perdona... No quería ponerme así – dijo ella.

– Escucha – comenzó Álvaro –.

Irene lo miró, con los ojos empañados y muy atenta; como si él estuviese a punto de dar una de sus clases.

– Cada uno de nosotros sólo podemos responsabilizarnos de nosotros mismos. Podemos tomar decisiones sobre nuestra vida en base a nuestro conocimiento y experiencia... Pero no podemos interferir en la vida de los demás, por muy cercanos que sean, jamás podremos obligarlos a hacer algo que no quieran hacer... Aunque sea para bien. ¿Entiendes? Tú no tenías posibilidad de ayudar más a tu padre. Él no quiso recibir ayuda. Así que no debes sentirte culpable – terminó él.

Irene le observó de nuevo.

Se miraron a los ojos. Álvaro sonrió con ternura y ella se sintió reconfortada por sus palabras. Entonces, el profesor acarició el cabello de la escritora con suavidad.

– Gracias – susurró Irene.

– No me des las gracias – dijo él –. Sólo intenta dejar de sentirte culpable. Hazte ese favor a ti misma.

Ella asintió lentamente.

Y entonces, Álvaro la besó. Con delicadeza y cariño. Intentando transmitirle todo lo que sentía en aquel contacto.

Irene respondió.

Se abrazaron.

Y, después de unos veinte minutos de caricias y silencio, cada uno subió a su respectiva habitación. Habían quedado para cenar en una hora.

Una vez Irene se hubo puesto su vestido blanco de lino, elegante y sencillo al mismo tiempo, inspiró con profundidad y se dispuso a bajar al restaurante.

“Sólo es el primer día”, pensó... “Cómo será el último”.

Encontró a Álvaro sentado ya en una mesa para dos. Estaba guapo. Pero no porque se hubiese arreglado en especial.

De hecho, llevaba el pelo algo despeinado y se había puesto una camisa informal, algo arrugada, de color beige.

Estaba guapo porque de repente Irene lo veía así. Irresistible.

Tuvo que respirar despacio y contar hasta diez para controlar sus nervios antes de que él la viera.

Capítulo 16:

Sus ojos verdosos brillaron momentáneamente cuando Irene se sentó frente a él a la hora del desayuno del sábado.

El día anterior, durante la cena, ninguno de los dos comentó nada acerca de aquel beso.

Pero Irene no era lo único en lo que había pensado. “Un beso es un beso, y cualquiera puede dártelo”, fue su reflexión.

Lo que más le sorprendió a la escritora fue el interés de Álvaro por conocer más de ella: sus preguntas, sus respuestas y el visible interés que tenía por apoyarla.

El beso había sido el broche de oro que cerró aquella conversación.

Irene había dormido en paz por primera vez en mucho tiempo. El poder hablar de aquella culpabilidad que tenía tan arraigada en su interior por el diagnóstico tardío del cáncer de su padre, le había hecho mucho bien.

Ella sentó que Álvaro tenía algo de razón: no se podía ayudar a las personas que no deseaban ser ayudadas.

Entonces recordó a algunos de sus pacientes – de cuando acababa de empezar la residencia en el hospital y aún no había dejado la medicina –: muchos decían que querían curarse a cualquier costo. Que pagarían médicos y pastillas. Que se someterían a quimioterapias espantosas y demolidoras con tal de superar *su* cáncer.

Pero cuando les hablaba de cambiar la dieta, de dejar de fumar, aprender a relajarse o de hacer ejercicio aeróbico: salir al parque, ir a un gimnasio o aprender a bailar... Todo se volvía distinto.

Ella se dio cuenta entonces de que ser médico no era tal y como lo había imaginado. Se percató de que la salud de una persona depende casi únicamente del interés de aquella por mantenerla. De ser disciplinado con el cuerpo y la mente.

Era uno de los motivos por los que Irene estaba algo desencantada de la medicina actual: el ansia de solucionarlo todo con una pastilla.

“Y esa no es la solución”, pensaba la escritora. “Todos debemos cuidarnos bien, y cuanto antes empecemos mejor”.

También se frustraba mucho al no ser capaz de transmitirle a la gente lo horroroso que era el hábito de fumar: luego veía un TAC con una masa sospechosa que solía terminar siendo un tumor maligno con su correspondiente ominoso pronóstico.

Se preguntó entonces por qué no había aplicado esta reflexión a la muerte de su padre. Lo cierto es que siempre había sido un hombre testarudo y que pretendía llevar la razón en todas las ocasiones.

Era amoroso con su hija y la trataba bien, pero no se le podía llevar la contraria. Era la clase de paciente al cual no se podía aconsejar, porque las palabras caerían en saco roto.

“Tal vez tenía que pasar”, pensó ella antes de dormirse el día anterior, mientras recordaba los brazos de Álvaro rodeándola con ternura.

– ¿Has dormido bien? – preguntó él con una media sonrisa.

Irene asintió.

– Hacía tiempo que no descansaba así de bien – dijo ella antes de beber un sorbo de café.

Álvaro terminó de comerse su tostada.

– ¿Al final te compraste un coche nuevo? No he vuelto a verte conduciendo – dijo él.

La escritora recordó entonces el primer encuentro que había tenido con el egiptólogo. Momentáneamente sintió algo de indignación, pero después aquella se desvaneció... En el fondo lo recordaba con cariño.

– Sí. Me compré un Citroen C2... Me hubiese gustado tener un híbrido para no contaminar... Pero como uso el coche tan poco... Creo que uno pequeño contaminaría igual. Y además es barato.

– Me sorprende que te conformes con tan poco – comentó él mirándola fijamente –. Con los hombres te pasa igual. Sigo sin entender que le ves al neurólogo.

Álvaro sabía dónde apuntar. No fallaba una.

Irene no se esperaba aquel ataque gratuito.

– Eres un experto en estropearlo todo, Álvaro Ferreras – le dijo con agresividad –. Podría decirte yo lo mismo de la tal Marta y su enorme y extensa superficie de materia gris...

Irene respiró hondo. No le gustaba hablar mal de la gente. De hecho a Marta no la odiaba. Simplemente no le gustaba que Álvaro la hubiese utilizado para darle celos.

– Perdóname – dijo ella de pronto –. Prefiero que no hablemos de esto. Supongo que hasta encontrar a la persona adecuada, a veces se cometen errores.

Álvaro clavó sus ojos verdes en la escritora. Aquella respuesta era menos guerrillera de la que él esperaba. Súbitamente sintió una emoción contenida. Irene estaba admitiendo abiertamente que el doctor del descapotable había sido un error en su vida.

Decidió no tocar más el asunto. En su lugar se levantó de la silla.

– Hoy vamos a ver las ruinas de Badi – dijo él.

Irene terminó su café y se levantó. Entonces Álvaro no dudó en coger su mano con la mayor naturalidad del mundo para caminar con ella hasta la salida del hotel.

Él había reservado entradas para el monumento antes de salir de Madrid, por tanto no tendrían que esperar ninguna cola interminable para poder ver aquel paraíso arqueológico.

El palacio Badi estaba ubicado en el casco antiguo de Marrakech, después de la visita podrían ir al Museo o pasearse por el bullicioso zoco en busca de algún recuerdo de la ciudad. La famosa plaza Djemma el Fna.

Cuando llegaron allí, el sol ya comenzaba a brillar en lo alto de un cielo azul pálido y relajante. Serían las once de la mañana y ya empezaba a hacer calor.

Álvaro no había soltado la mano de Irene excepto para pagar al taxista y para entregarle la entrada al guarda de las ruinas.

Pasearon tranquilamente a lo largo de aquel patio. A ambos lados podían ver plantaciones de naranjos y un estanque a lo lejos.

La escritora admiró aquellas enormes construcciones que, a pesar de estar semiderruidas, dejaban entrever lo grandiosas y espectaculares que habían sido en un pasado.

Álvaro le iba contando a Irene la historia de aquel lugar, y ella escuchaba con atención.

El palacio databa del siglo XVI y había sido construido para conmemorar la batalla que ganó el sultán Ahmed al-Mansour sobre el ejército portugués.

– Llegaron a tener trescientas habitaciones, Irene. Trescientas – decía Álvaro entusiasmado –. Llenas de oro, turquesas... Piedras preciosas. Mucho lujo.

Se notaba que tenía pasión por la historia. En general, Álvaro era muy apasionado con todo aquello que disfrutaba.

Irene rió.

– ¿Qué te hace tanta gracia? – preguntó él.

– Pues que no sé para qué querían tanto oro, tantas habitaciones, tanto de todo. Un poco extravagantes, creo yo. Con la de gente que habría pasando hambre

durante su reinado, él se rebozaba en joyas y dinero... – hizo una pausa y pensó –. Aunque a decir verdad, hoy en día sucede más de lo mismo: gobiernos que se enriquecen a costa de un pueblo humillado y maltratado. En fin.

Álvaro abrió mucho los ojos, impresionado. Después miró a Irene con cierta admiración. En realidad, cuando la escritora hablaba sin tapujos y expresaba abiertamente su opinión, le parecía increíblemente atractiva.

– Estás muy guapa – dijo él mientras llevaba su mano hacia la oreja de ella –. Estos pendientes te quedan bien.

Ella se estremeció. Después sonrió tímidamente. Entonces Álvaro creyó volverse loco.

Continuaron caminando en silencio. Él apretó con fuerza la mano de ella al llegar a uno de los muros que quedaban en pie.

– Mira, aún quedan algunos mosaicos – señaló el egiptólogo –. Que pena que no haya podido conservarse el palacio en mejor estado.

Ella observó lo desgastados que estaban aquellos minúsculos azulejos blancos y amarillos. Habían perdido la capa de brillo y apenas se mantenían pegados a la pared. Incluso estaban curvados por la erosión.

Los tocó. Estaban ásperos.

Siguieron caminando. El silencio se le hizo un mundo a Irene, pues no había sabido reaccionar al repentino acercamiento del profesor. Estaba nerviosa.

Así que decidió hacerle una pregunta para iniciar una nueva conversación.

– ¿Por qué te especializaste en el angituo Egipto?

Él la observó, medio sorprendido. Después arrugó el entrecejo.

– Tal vez te rías de mí si te digo los motivos – aventuró Álvaro.

– ¿Por qué iba a reírme? – preguntó ella, mostrando el atisbo de una sonrisa burlona.

– Porque no es exactamente la pasión por los egipcios lo que me llevó a querer saber más. Al menos, no sólo fue por eso – dijo él enigmáticamente.

Irene descubrió en sí misma el deseo de saber más acerca del profesor. Cada minuto que pasaba le parecía un hombre más y más interesante.

– Te escucho – dijo ella con aire retador.

Él, aún con la mano de Irene entrelazada con la suya, la llevó hasta un banco, donde pudieron sentarse y beber algo de agua – Irene se había encargado de llevar una botellita en el bolsillo, ya que allí, por prudencia, sólo bebían agua embotellada –.

– Verás, cuando era joven yo me sentía muy perdido – comenzó Álvaro.

– ¿Perdido en qué sentido? – preguntó la escritora.

– Tal vez te haga gracia o no lo entiendas... Es que me sentía desubicado. ¿Alguna vez te has planteado qué sentido tiene que estemos vivos justo aquí y ahora? ¿Cuál es el sentido de nuestra existencia?

Aquello le sorprendió a Irene. Mucho. No se esperaba esas preguntas. Pero lo cierto es que aquella idea se le había pasado por la cabeza más de una vez.

– Supongo que sí lo he pensado. Pero cómo me siento incapaz de responder, me frustró y procuro hacer otras cosas – respondió ella con lentitud.

– Yo creo que vivimos para algo más que para tener un buen trabajo, una casa, un matrimonio... Vivimos para algo más, no para acumular dinero, ni despilfarrar en cosas que al final nunca nos hacen felices. El caso es que yo con veinte años me sentía como si nada tuviera sentido.

– Ajá – le instó ella a continuar –. Estoy de acuerdo.

– Se solía decir que en el Antiguo Egipto tenían todas las respuestas. Guardaban secretos del pasado del hombre, de cómo habíamos llegado a ser lo que somos... Y tenía curiosidad.

– Es interesante – comentó Irene.

El rostro de Álvaro había cambiado radicalmente de expresión. Su mirada estaba perdida. Se había sumido en sus pensamientos.

Sabía que estaban hablando de algo muy importante para él.

– Estudié la mitología... Me encantaba el dios Thot. Era el dios de la sabiduría para ellos. Se decía que él inventó la escritura, el tiempo, la luna... Que era aquel que Ra había dejado para dar luz en su ausencia. Me refiero al conocimiento. Yo aquí prefiero entender que con luz se refieren a conocimiento.

– Me gustaría saber más. ¿Por qué no me hablaste de ello cuando iba a escribir la novela?

– Porque Cleopatra aquí no tiene mucho que ver – dijo él medio sonriente –. Tengo muchos libros en casa, te los puedo dejar, si quieres.

– Hablas como si Thot fuera la respuesta a todas tus preguntas – comentó ella, aún fervientemente interesada en aquel tema.

– Creo que antiguamente se sabían muchas cosas que se han perdido. Y que habría que recuperar... Lo triste es que muchos descubrimientos arqueológicos, en lugar de compartirse, se usan para beneficio y poder de unos pocos...

Ella puso la mano sobre su espalda. Él entonces la agarró con la suya y sostuvo sus dedos con fuerza.

– ¿Ves? No me he reído de ti – dijo Irene.

Entonces Álvaro se dio cuenta de que, aunque la escritora hubiese llevado puesto el chándal más feo del mundo, de que no se peinara, ni se maquillara, y de que no fuese la mujer perfecta que él había creído andar buscando... Seguía siendo la mujer de sus sueños.

De improviso, se lanzó sobre ella y la besó. Ella respondió, acariciándole mientras tanto su cabello.

Aquel contacto fue algo más intenso que el del día anterior. Él tenía ganas de más. Quería todo de ella. Quería sentirla suya.

Irene se dejó llevar, y cuando se separaron, Álvaro la mantuvo junto a él, abrazándola con fuerza.

No hablaron mucho durante el resto del recorrido. Se limitaron a caminar juntos, cogidos de la mano y a observar las ruinas con curiosidad. Se rozaban y acariciaban sutilmente, de manera natural. Compartían miradas de complicidad de cuando en cuando. Pero en silencio.

Un silencio tranquilo y apacible.

Álvaro ya no se sentía capaz de explicarle más cosas a la escritora acerca de la historia del palacio de Badi. Estaba turbado por aquel beso y en lo único en lo que podía pensar era en más.

Cuando salieron de allí, fueron al famoso mercado de la plaza Djemma el Fna. Como siempre, hasta arriba de turistas y visitantes que observaban obnubilados a un señor que parecía estar tragándose, literalmente, un cuchillo.

– Creía que esto sólo existía en la película de Aladdin – dijo Irene riéndose –. Es alucinante.

Álvaro la miró, feliz por hacer que ella estuviese pasando un buen rato.

Quería besarla de nuevo, pero decidió controlarse y esperar el momento propicio.

Pasaron el día entero en el casco histórico de Marrakech. En el zoco, Irene compró dos fulares de colores vivos: uno turquesa para ella y otro fucsia para su madre. Ambos con bordados de hilo dorado y brillante.

Después, comieron algo en un restaurante más alejado de la muchedumbre y regresaron al hotel caminando cuando ya casi anochece y el calor había aflojado un poco.

– Lo he pasado muy bien – dijo ella mientras cenaban –. ¿Dónde me vas a llevar mañana? A mí me gustaría entrar en el museo... Pero tú mandas.

Álvaro frunció el entrecejo.

Irene le daba “el poder”.

– ¿Desde cuando mando yo? Eso es nuevo – ironizó él riéndose.

– Olvidalo – sonrió ella –. Era broma. Si no me llevas al museo te sacaré los ojos y se los cambiaré por un camello al primero que pase.

Álvaro estalló en carcajadas nuevamente.

– Está bien. Sin ojos no podría mirarte.

Irene enrojeció de pronto. Él había acariciado su mano por encima de la mesa.

Al fin regresaron al hotel.

– ¿Quieres tomar una copa? – preguntó él.

Ella negó.

– No quiero beber. Ya sabes lo que pasa cuando lo hago – bromeó la escritora.

Álvaro sonrió pícaramente.

– Por eso quiero emborracharte.

Estaban muy cerca. Irene podía sentir la respiración del profesor. Olfía levemente a colonia.

Él pasó un brazo por la cintura de ella.

– Podríamos... – empezó Irene con timidez –.

– ¿Qué..? – susurró él en su oído.

– Dormir juntos – murmuró ella antes de apoyar su cabeza sobre el hombro de Álvaro.

Irene no se terminaba de creer que fuese ella misma quien hubiera propuesto aquello. Pero no quería separarse de él. Se había acostumbrado a su compañía. Y en tan solo un día había corroborado lo que ocurría con sus sentimientos.

Si no estaba enamorada, lo más parecido.

Subieron en el ascensor. Y Álvaro no pudo contener más las ganas de abalanzarse sobre los labios de la escritora.

Afortunadamente, estaban solos.

Irene se giró en la cama. Él dormía. Su expresión denotaba un relax absoluto. Sus boca estaba ligeramente abierta y su pelo desordenado. Ella se recostó sobre el pecho de Álvaro y respiró profundamente, disfrutando del contacto de su piel con la del profesor.

No podía dejar de mirarle.

Memorizó la forma de sus labios, y el lunar que tenía justo encima de la ceja derecha.

Recordó aquella pregunta que él le había hecho durante la visita a las ruinas del palacio:

“¿Alguna vez te has planteado qué sentido tiene que estemos vivos justo aquí y ahora?”

Nunca había tenido una conversación así con ningún otro hombre. Le acarició la punta del flequillo y pasó sus dedos por la frente de Álvaro.

Él, en un acto instintivo, cogió la mano de la escritora al vuelo y la apretó .

Irene sonrió.

Había sido tan insegura, tan tonta, tan testaruda. Se había metido en su mundo mental, y no había dejado entrar a nadie en él.

Álvaro había forzado la llave y se había colado en su interior, no cabía duda.

Habían hecho el amor de una manera especial. Él había sido cariñoso, respetuoso y tierno, pero a la vez apasionado, sin rozar la agresividad.

Irene cerró los ojos y durmió plácidamente acurrucada junto a él, con la absoluta certeza de que había encontrado lo que buscaba.

EPÍLOGO

Irene nunca escribió ninguna novela en la que apareciese Cleopatra, y ni mucho menos ambientada en Egipto.

Su agente editorial montó en cólera y el contrato se rompió en mil pedazos.

– ¿Te has vuelto loca? – le había dicho ella –. Te será muy difícil volver a publicar una novela en una editorial seria.

Ella se había encogido de hombros. Se había marchado de aquel edificio y se había prometido a sí misma no volver a escribir jamás ningún texto por imposición.

De ahora en adelante escribiría para sí misma, y de tener intención de publicarlo, le dejaría a Álvaro que lo leyese y después se buscaría la vida para autopublicarse de alguna manera.

Sin embargo, Irene ya no iba a tener tanto tiempo para crear novelas.

Una vez se mudó a la casa de Álvaro y comenzaron a vivir juntos, ella volvió a estudiar para el examen MIR. Eligió la especialidad de oncología, con la esperanza de tener acceso a algo de investigación y de darle algún tipo de apoyo a las familias heridas de muerte por un cáncer.

Nunca se volvió a saber de César Echegaray. Irene supuso que un hombre como él era lo suficientemente inteligente como para no humillarse más de lo necesario.

Agradeció que jamás volviese a llamarla.

Sus amigas se pusieron muy contentas cuando Irene les contó sus planes. Volvió a salir más con ellas. Recuperó parte de su vida anterior, anterior a la muerte de su padre.

Dejó de lado sus inseguridades y abandonó durante un tiempo su lúgubre silla frente a su portátil.

Decidió que debía vivir.

Y, después de cinco años, cuando la doctora Leblanc pasó a ser médico especialista, Álvaro se arrodilló ante ella, en una playa, a las ocho de la mañana, cuando habían salido a correr juntos.

Llevaba el anillo escondido en el bolsillo de su camiseta de correr.

– Sabes desde hace tiempo que quiero casarme contigo – dijo él –. Me da igual, aunque no nos casemos, quiero estar contigo el resto de mi vida.

Irene se sorprendió, ella hubiese esperado una cena romántica. Mariachis. Rosas, un vestido.

Pero no, allí estaban: descalzos, en chándal y sudados por la carrera que llevaban encima.

Iban a correr juntos casi todas las mañanas. Y cuando se iban de vacaciones, solían hacerlo por la orilla de la playa.

Ella le cogió de las manos y le levantó de la arena. Después se abrazó a él, quien sutilmente colocó el anillo en el dedo de Irene.

Entonces, ella le cogió del brazo y le hizo perder el equilibrio hasta caer en el agua.

– Qué mala eres – dijo él empapado.

Irene le besó apasionadamente y se abrazó a él. Estaban llenos de arena y casi sumergidos en el agua salada.

– ¿Algún día volverás a publicar algún libro? – preguntó él.

– Tal vez cuando me jubile – rió ella.

– ¿Me lo dedicarás? Seré tu marido, el que te apoyó incondicionalmente durante toda tu vida profesional – dijo él en su oído.

– Te cederé mis derechos y te dejaré que hagas lo que quieras con ellos – murmuró Irene con dulzura –. Aunque primero te dejo que hagas lo que quieras conmigo.

Álvaro sonrió.